

se

Un misterioso legado



CARA COLT **Lectulandia**

Abby Blakely había heredado la casa de sus sueños debido a un misterioso legado. Y, de repente, entró en su vida un policía malhumorado al que su pequeña escogió como padre perfecto. Guapo y atractivo, Shane McCall era un buen candidato para casarse. Sólo que él tenía problemas con aquella palabra que empezaba con m&

Matrimonio. Con solo escuchar esa palabra, sentía amargura en la boca. Le traía recuerdos de una vida maravillosa que se había roto, y que había dejado su alma marcada por el dolor. Pero ahora, aquel hombre inquietante sentía que Abby y su adorable niña despertaban sentimientos que él había enterrado hacía mucho tiempo. Sentimientos que quería negar.

Lectulandia

Cara Colter

Un misterioso legado

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Husband by inheritance*
Cara Colter, 2002

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

—Enseguida la atendemos, señorita Blakely.

—Gracias —murmuró Abby.

Miró a su alrededor y se sintió incómoda. Las luces eran tenues y el mobiliario la impresionaba: la mesa de café de madera de nogal, los sofás de piel marrón clara, las alfombras aterciopeladas de color burdeos.

Abby nunca había estado en la oficina de un abogado, y si no hubiese sido por el billete de avión que le habían mandado, probablemente no estaría allí en aquel momento. ¿Quién querría hacerle un regalo?

Eso era precisamente lo que decía la carta certificada: que era la beneficiaria de la sustancial donación. Cuando llamó a la oficina solo le anticiparon que el donante era anónimo, pero no dieron más información e indicaron que debía estar allí, en el bufete de Sweet y Hamilton, en Miracle Harbor, Oregon, el quince de febrero a las diez en punto.

—¿Quiere un café, señorita Blakely?

La recepcionista sonrió con amabilidad, y Abby se dio cuenta de que no estaba disimulando demasiado bien la incomodidad que sentía. Sabía que no tenía aspecto de pertenecer a aquellos lujosos entornos. Últimamente su ropa se limitaba a prendas que se lavaban con facilidad y que podía ponerse para ir al parque. Aquel día llevaba una falda azul marino con una blusa a juego y una cazadora. Se lo había hecho todo ella misma por menos de cincuenta dólares.

Se vio a sí misma reflejada en la mesa de café y se arregló un poco el pelo, rubio y corto. Ni siquiera el corte tenía estilo. Además, aunque apenas llevaba veinticuatro horas separada de su hija de dos años ya la echaba de menos.

Eran casi las diez y media. Sintió haber aceptado la extraña invitación, intuyendo que, de alguna forma, su vida iba a dar un giro inesperado. ¿Por qué ahora, cuando lo único que quería era una vida estable para su hija, Belle?

Pero la verdad era que también había ido allí por eso. Aunque era escéptica, algo en su interior deseaba que la donación le permitiese dar a su hija la vida que quería para ella: una casa propia, un vecindario mejor, un parque cerca de casa; y para ella misma, una nueva máquina de coser.

Esa esperanza era lo que le había hecho cruzar el país, desde Illinois hasta aquel pequeño pueblo de Oregon. Miracle Harbor, asentado en la falda de una colina frente a una bahía, parecía de postal, con hileras de bonitas casas de teja plana, rododendros salvajes y un aire cálido impregnado del aroma del mar.

—¿Hay algún problema? —preguntó a la recepcionista.

—No. Estamos esperando a que lleguen las demás partes.

—¿Las demás partes? —preguntó Abby confusa.

Aquella era la primera noticia de que hubiese otras partes beneficiadas. Ahora era la recepcionista quien parecía incómoda, como si hubiese dicho más de lo que debía.

Así que cuando la puerta se abrió, tanto Abby como ella, aliviadas, dirigieron hacia allí sus miradas.

Entró una mujer con gafas de sol y chaquetón de piel, cuyas largas piernas realizaba una falda de seda de color verde jade. Se movía con desenvoltura y llevaba un elegante peinado, aunque la forma en que el pelo le caía por los hombros le daba un aspecto algo salvaje.

Abby sintió que le resultaba increíblemente familiar, e inmediatamente se dio cuenta de que aquella mujer tenía el mismo físico que ella. Incluso el color del pelo era muy parecido, con tonos de color trigo mezclados con tonos color miel.

—Hola —saludó—, soy Brittany Patterson...

Al mirar a Abby de reojo, se le heló la voz. Entonces se dio la vuelta para mirarla de frente y se quitó las gafas de sol lentamente. Abby sintió que el color se le iba del rostro y por un momento creyó que se iba a desmayar.

Porque la cara que estaba mirando era exactamente igual a la que veía todos los días en el espejo; con un maquillaje más atrevido y las cejas cuidadosamente depiladas, aquella mujer era más bella, pero al mismo tiempo idéntica a ella en todo.

La puerta se abrió de nuevo y Abby apartó la vista de aquella cara sintiéndose completamente confundida.

Entró una segunda mujer, tan distinta a la primera como la noche al día, pues llevaba vaqueros y cazadora vaquera, ambos algo descoloridos, y el pelo recogido en una descuidada coleta.

Sin embargo eran idénticas en algo: en la cara y el color del pelo. Incluso en los ojos, azules con una estrella de color avellana alrededor de la pupila.

Como si estuviera soñando, Abby se levantó del sofá y se acercó a ellas, pero empezó a temblar y se volvió a sentar. En silencio, las otras dos mujeres también se sentaron. Las tres se miraban alternativamente, con el asombro reflejado en los ojos.

La recepcionista les trajo café. Si no fuese por lo estrafalario de la situación, Abby se habría reído al ver cómo las tres se preparaban el café de igual manera: una pizca de leche, tres azucarillos y un ligero soplido para enfriarlo.

—Bueno —dijo finalmente la mujer del chaquetón de piel—, a no ser que esto sea una broma de la televisión, supongo que estamos emparentadas.

—Más bien parece una película de ciencia-ficción —dijo la que llevaba cazadora vaquera, y las tres se rieron.

Aunque con distintos acentos, las voces de las dos mujeres eran idénticas en el tono. Abby había reconocido su propia voz al oírlas hablar.

—¿Os lo habíais imaginado? Yo sabía que me habían adoptado, pero... —dijo con voz temblorosa la del chaquetón de piel.

—Yo también sabía que me habían adoptado, pero no que tuviese hermanas —dijo la de la cazadora vaquera—. Viví con mi tía Ella hasta los diez años. Me contó que mis padres, nuestros padres, murieron en un accidente de coche.

—Es obvio que somos más que hermanas. Debemos ser trillizas —comentó la del

chaquetón de piel, y se miraron unas a otras sorprendidas y asombradas.

—Yo me llamo Abigail. Abby —dijo con la voz sobrecogida por la emoción.

—Yo soy Corrine. Corrie.

—El señor Hamilton las espera —interrumpió la recepcionista.

La siguieron a lo largo del pasillo hasta el despacho, mirándose contentas y sorprendidas.

El señor Hamilton era un hombre de aspecto distinguido, con modales autoritarios. El pelo canoso y las profundas arrugas alrededor de los ojos le daban el aspecto de una persona ya jubilada. La sorpresa se reflejó en su cara cuando las tres mujeres entraron y tomaron asiento frente a él.

—Discúlpenme por mi extrañeza —dijo—, pero como tienen distintos apellidos no podía imaginar que...

Bajó la vista hacia los documentos que tenía ante sí, intentando mantener la compostura. Cuando levantó la cabeza, miró a cada una detenidamente.

—¡Trillizas! —dijo finalmente—. ¿Se conocían?

Ellas negaron con la cabeza.

—Lo siento de veras —dijo él con el semblante serio—. De haberlo sabido no las habría reunido sin advertirles previamente. No sé por qué ella... —se interrumpió sin acabar la frase y se aclaró la garganta—. Como sabrán por la carta que recibieron, les he pedido que vengan porque mi cliente quiere hacerles un regalo a cada una.

—¿Quién es su cliente? —preguntó Brittany, y Abby se dio cuenta de que, de las tres, era la que parecía más cómoda en aquel entorno.

—No puedo decírselo. Se me ha entregado una carta para que se la lea a ustedes —dijo tomando un papel de la mesa:

Queridas Abigail, Brittany y Corrine: hace muchos años le hice una promesa a vuestra madre, pocos minutos antes de que ella muriese. Para vergüenza mía no la he cumplido, así que os he reunido con la esperanza de enmendar ese daño. También os hago un regalo a cada una, que espero sea lo que más necesitéis en la vida. Mi abogado, el señor Hamilton, os detallará en qué consiste cada regalo y las condiciones que he impuesto. Os deseo toda la felicidad.

—¿Qué promesa le hizo a nuestra madre? —preguntó Abby, deseosa de conocer todo lo que la pudiera ayudar a hacerse cargo de aquella situación tan extraña.

—Me temo que, aparte de los regalos y las condiciones adjuntas, no sé nada más —dijo el señor Hamilton.

—¿Condiciones? —preguntó Brittany con escepticismo—. Será mejor que empiece por eso.

—De acuerdo. Para poder recibir los regalos, deben vivir aquí, en Miracle Harbor, permanentemente durante un año —se aclaró la garganta incómodo antes de proseguir—, y deben casarse dentro de dicho año.

Abby lo miró fijamente. Era una broma. Tenía que serlo. Pero el señor Hamilton se mantenía serio. Miró a sus hermanas.

Brittany estaba indignada, y aunque Corrine miraba por la ventana ocultando sus pensamientos, Abby sabía exactamente cómo se sentía: Corrie estaba muerta de miedo.

—¿Y los regalos? —preguntó Brittany entrecerrando los ojos y cruzando los brazos—. Después de lo que hemos oído será mejor que merezcan la pena.

El señor Hamilton la miró seriamente, tomó unos papeles y, empezando por Abby, empezó a detallar unos regalos asombrosos.

Capítulo 1

A pesar de tantos años transcurridos, seguía durmiendo como si alguien fuese a entrar en su habitación y ponerle una pistola en la cabeza. Incluso en Miracle Harbor, donde tales cosas no sucedían.

Estaba despierto, escuchando, con todos los músculos tensos, preguntándose qué ruido le había despertado a aquella hora intempestiva. El reloj acababa de marcar las tres de la madrugada.

Habría sido la sirena anti-niebla, no el crujir de la verja de la entrada, que, por cierto, tenía que engrasar. Se relajó un poco y cerró los ojos para intentar dormir otra vez. Odiaba aquellas horas de la noche, porque no era capaz de imponer la acostumbrada disciplina a su mente. Por alguna razón, aquellos eran los momentos en los que los recuerdos volvían a su mente.

Oyó de nuevo el ruido.

Era el crujido silencioso de unas pisadas subiendo por el camino; esperó y finalmente oyó el ligero chirrido de la tabla suelta del segundo escalón.

Cuando intentaban abrir la puerta de la entrada se dirigió rápido y silencioso a la ventana. Un coche viejo con una caravana estaba aparcado en la calle. ¿Ladrones? ¿Querrían desvalijarle la casa? Se llevarían una decepción, pues no tenía ningún interés por las cosas; su apartamento era de una austeridad espartana: no tenía televisión ni equipo de música. Solo su ordenador. ¿Le había interesado algo alguna vez? En aquel momento tuvo un fugaz recuerdo de Stacy, su mujer, de pie delante de un escaparate y riéndose por el escandaloso precio de un artículo, aunque en sus ojos se reflejaba la nostalgia. Se estremeció al recordar lo que habían estado mirando: un cochecito para bebés.

Una desesperación que no auguraba nada bueno para el intruso se apoderó de él.

En calzoncillos, bajó por las escaleras y atravesó la casa a oscuras, con movimientos furtivos y silenciosos, su segunda naturaleza.

Salió por la puerta trasera, sin abrirla del todo para que no chirriara. Tenía el plan preparado: iría por el camino que bordeaba la casa hasta la entrada, el intruso quedaría atrapado en el estrecho porche y tendría que pasar por encima de él para escapar. No tendría ninguna posibilidad.

El ladrón había escogido la casa equivocada; era la casa de Shane McCall, agente de la Unidad de Investigación de Narcóticos. Retirado.

Había una densa niebla, y el cemento del camino bajo sus pies descalzos estaba frío como el hielo. Los rododendros eran tan espesos que por un lado la piel de su brazo rozaba las ásperas paredes de la casa y por el otro se empapaba con los arbustos, pero apenas lo notó pues estaba intensamente concentrado.

Dio la vuelta a la casa, se detuvo en la oscuridad a la altura de unos arbustos y observó.

Distinguió una figura inclinada en la puerta, pero la noche era demasiado oscura y

había demasiada niebla como para ver claramente. Vio que la figura llevaba una gorra de béisbol pero era alguien demasiado delgado como para representar una amenaza para él.

Pensó que sería un chico, y su furia menguó mientras observaba cómo tanteaba el pomo de la puerta. ¿Estaría intentando forzar la cerradura? Debería llamar a la policía. Quizás Morgan estuviese de guardia y cuando solucionasen el problema charlarían un rato. Eso sería mucho mejor que volver a la cama y a los recuerdos que lo esperaban.

Pero no lo hizo. Se movió silenciosamente hacia las escaleras del porche, y se le ocurrió que quizás debería haber sacado su revólver reglamentario, porque alguien que no tuviese una constitución fuerte para pelear podría utilizar un arma para protegerse. Aquello era especialmente cierto de los chicos que entraban en una casa a las tres de la madrugada. Su mente trabajó con rapidez y decidió su plan de acción: mantendría las distancias y simularía que él también tenía una pistola. Tras ello se acercó a las escaleras y habló con una fría autoridad que le salía de forma natural.

—Ponga las manos en alto, donde pueda verlas. No se dé la vuelta.

La figura se irguió y se quedó quieta.

—Ya me ha oído. Ponga las manos en alto.

—No puedo —dijo una voz atemorizada. El tono era alto y algo femenino.

—¿Cómo que no puede? Será mejor que lo haga.

—Se me caería el bebé —dijo la figura con voz temblorosa.

¿El bebé? Shane subió los escalones de dos en dos, puso la mano sobre el hombro del intruso y le dio la vuelta.

Era una mujer.

Mejor dicho, dos mujeres, una adulta y un bebé. Las dos mirándolo con los mismos ojos enormes, azules con motas de color marrón.

Retiró la mano del hombro y se la pasó por el pelo húmedo al mismo tiempo que maldecía en voz baja. Cuando sintió la patada en la espinilla, Shane recordó que había olvidado la regla número uno: nunca había que bajar la guardia.

—¡Fuego! —gritó ella—. ¡Fuego!

Sin pensarlo, él tapó su boca con la mano antes de que despertase a todo el vecindario.

Era muy guapa, con un pelo rubio, corto y liso, que le sobresalía de la gorra. Tenía una piel perfecta y las mejillas y la nariz perfectamente formadas, pero los ojos eran el rasgo dominante: grandes y de un color azul marino que él solo había visto en una ocasión, en la costa de Kailua-Kona, Hawai.

Esos ojos brillaban con lágrimas contenidas.

Shane maldijo, otra vez. La mujer estaba temblando. El bebé lo miró asustado y empezó a llorar. El llanto pareció retumbar en la niebla, y Shane miró inquieto hacia las casas vecinas.

—Prométeme que no chillarás —dijo él—. Ni gritarás fuego.

Era preciosa, pero obviamente estaba desequilibrada.

Ella asintió con la cabeza.

Él retiró la mano lentamente y ella se apartó hasta que se dio con la espalda en la puerta. Tenía los ojos abiertos de par en par y los brazos doblados de forma protectora alrededor de la niña. No era un bebé, pues parecía tener ya unos dos años.

—Aléjate de nosotras, perverso.

—¡Perverso! —farfulló él—. ¡Perverso!

—Estabas escondido entre los arbustos, en calzoncillos, esperando a que una mujer indefensa llegara a casa. Eso es ser un perverso.

—¿Casa? —preguntó él mirándola fijamente.

La voz de ella temblaba, pero sus ojos brillaban. Ella asintió y se humedeció los labios nerviosamente. Miró hacia los lados, buscando una forma de escapar.

—Resulta que esta es mi casa —dijo él cruzando los brazos—. Creí que eras un intruso.

Ella se quedó boquiabierta, pero sus ojos se entrecerraron como si sospechase.

Shane sabía lo que estaba pensando: que los perversos son muy listos, pero también podía ver la confusión reflejada en su cara; sus ojos buscaron el número de la casa sobre la luz del porche.

Nunca se había sentido tan insultado. ¿Él un perverso? En cuanto a ella, no parecía realmente desequilibrada, solo cansada. Tenía ojeras bajo aquellos preciosos ojos.

Ella lo miró y finalmente parte de la tensión de su cara fue desapareciendo.

—¡Dios mío! —dijo ella—. Me he equivocado. Estoy muy cansada, yo...

Horrorizado, Shane vio cómo las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas. No llevaba rímel, lo que por alguna desconocida razón le agradó. Los hombros de la mujer temblaban bajo una cazadora, demasiado fina para abrirla.

La niña empezó a llorar más fuerte al ver las lágrimas de su madre.

Haciendo un esfuerzo por recuperar la compostura, ella enderezó los hombros y levantó la barbilla. Aquellos movimientos no encajaban con un corazón que él un poco antes, habría jurado que era de piedra.

—¿Podría indicarme dónde puedo encontrar algún hotel?

—Sí, pero no creo que tuviese mucha suerte —dijo él, lo que pareció no sorprenderla—. ¿Por qué ha gritado fuego? ¿Es que eso asusta a los perversos?

Ella se rio nerviosamente.

—En una ocasión leí que nadie hace caso a una mujer que pide auxilio, pero sí escuchan cuando gritas fuego.

Shane pensó que ella no era de allí, pues aquellas eran tácticas de supervivencia de una mujer de la gran ciudad. Su voz lo intrigaba; no era dulce como su cara, tenía un ligero tono amargo.

—¿Por qué no hay plazas en los hoteles? He visto carteles de completo en cada hotel a lo largo de los últimos ochenta kilómetros —dijo ella secándose los ojos con

impaciencia. Después secó la cara de la niña y le dio un beso en la nariz.

Aquel gesto tuvo un efecto mágico. El bebé, que era exactamente igual a su madre, solo que con el pelo más rubio y rizado, dejó de llorar. Pero al girar la cabeza para mirar a Shane empezó a llorar de nuevo.

—Hay un complejo hotelero a la salida del pueblo.

Pero dudaba de que encontrara habitación en algún sitio aquella noche, a no ser que contara con su casa vacía. Tenía tres habitaciones, una arriba y dos abajo. La casa había sido un dúplex hasta hacía poco, cuando, con permiso del dueño, había convertido la cocina del piso de arriba en estudio.

«No lo hagas», se dijo a sí mismo.

Pero lo hizo, en parte sintiéndose culpable por haberla asustado de aquella manera, y en parte porque la niña iba a despertar a todo el vecindario.

—Será mejor que entres un momento —le dijo.

Shane pasó por su lado dirigiéndose hacia la puerta que estaba cerrada.

—No —dijo ella con firmeza. Sus ojos volvían a delatar su suspicacia—. Me marchó. No importa, de verdad. Estoy cansada, he conducido mucho y debo de tener la dirección equivocada.

Ella empezó a andar pero se detuvo. La entrada del porche que daba a las escaleras era demasiado estrecha como para pasar sin rozar a aquel hombre. Cuando Shane vio que ella se sonrojaba ligeramente recordó que estaba casi desnudo.

—Espera aquí —dijo él con el tono de voz de un policía, de un hombre al que hay que tomar en serio incluso cuando estaba en ropa interior.

Ella aún estaba asustada, porque si él no era un perverso, entonces es que había ido a toparse con la casa del único asesino en serie de Miracle Harbor.

—Soy policía —dijo él de mala gana—. Retirado.

Ella lo miró fijamente y asintió, y en cuanto él se apartó salió corriendo por el camino. Shane la dejó marchar y oyó cómo echaba el seguro de las puertas del coche en cuanto estuvo dentro. Después oyó cómo intentaba arrancar el coche.

Ya no era problema suyo, gracias a Dios.

Volvió por el camino hacia la puerta trasera. Subió las escaleras para meterse de nuevo en la cama, pero su mente, sin disciplina alguna a aquellas horas de la noche, esperó a oír el ruido del coche alejándose. Nada.

Abrió la ventana y escuchó el sonido del motor intentando arrancar.

—¡Maldita sea! —maldijo para sí, y se puso unos vaqueros que había encima de la cama.

A pesar de que el dolor en su espinilla podía indicar lo contrario, aquella mujer tenía la vulnerabilidad reflejada en los ojos. Quería que desapareciera, pero al mismo tiempo no podía dejarla. No llevaba ropa de abrigo para pasar la noche en el coche, y el bebé tampoco.

Shane encendió la luz del porche y abrió la puerta para que entrase si quería, pero ella no lo hizo.

Era testaruda. Se reflejaba en su cara.

Shane echó una ojeada afuera. El viento había dispersado la niebla lo suficiente como para poder verla. Tenía la frente apoyada en el volante, probablemente estaría llorando. Pero no iba a pedirle ayuda.

Suspiró y se puso una cazadora sobre el torso desnudo. Hacía años prestó el juramento de servir y proteger, y, retirado o no, aquel juramento era parte de él, lo llevaba en la sangre, a pesar de su tragedia personal.

No era capaz de dejarla allí afuera sola.

Ella no lo vio venir y se sobresaltó cuando golpeó la ventanilla; había vuelto a asustarla.

—¿Sí? —dijo ella bajando la ventanilla solo una rendija.

—¿Quiere que avise a alguien? ¿Tiene asistencia en carretera? —preguntó él. Las viejas costumbres no desaparecían fácilmente.

La matrícula era de Illinois y llevaba una pegatina de aparcamiento de Chicago. Estuvo en lo cierto al pensar que se encontraba lejos de casa.

—Estoy bien —dijo ella con orgullo—. En Chicago hace más frío que aquí.

—Sí —contestó él viendo cómo temblaba—. Ya lo veo. ¿La niña tiene tanto frío como usted?

Ella la miró angustiada y se volvió hacia él.

—¿De verdad es policía?

—Sí, lo fui.

—¿Tiene placa?

—Ya no.

—¿Por qué no?

La indignación creció dentro de él, y aquel sentimiento resultó ser lo más fuerte que había tenido en mucho tiempo. Se sentía vivo. Indignado pero vivo.

—Señora, ¿va a hacer que le suplique que entre? —le dijo él.

Ella lo pensó y con un suspiro de resignación tomó a la niña en brazos y lo siguió hasta la casa.

Shane abrió la puerta para que entraran.

El bebé estaba acurrucado en los brazos de su madre, chupándose el dedo. Cuando levantó la vista para mirar a Shane, volvió a hacer un gesto de susto; llevaba un jersey de punto con una capucha rosa y pompones, y un recuerdo se revolvió con tanta fuerza en el interior de Shane que estuvo a punto de cerrarles la puerta.

Su bebé iba a ser una niña, la amniocentesis así lo había revelado, y Stacy había comenzado a comprar cosas rosas: vestidos, zapatos...

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer.

No. Habían pasado dos años y aún no estaba bien. Había asumido que nunca estaría bien y que el tiempo no lo curaría.

—Sí —mintió él—. Entre.

Ella dudó al cruzar el umbral de la puerta, y la niña miró a su alrededor con

ansiedad.

—Me llamo Abby Blakely —dijo ella ofreciéndole la mano.

A la luz aparentaba más edad de lo que le había parecido afuera, pues tendría cerca de los treinta años. Tenía una figura exquisita, delgada pero rellena donde hacía falta. Shane le dio la mano y notó que para lo menuda que era, tenía fuerza.

—Yo soy Shane McCall.

—¿De verdad fue policía?

—¿Por qué le cuesta tanto creerlo?

—Lo que me cuesta creer es que esté retirado. No parece muy mayor.

—Ya.

A él el espejo le decía lo mismo; cada vez que se miraba, veía a un hombre mucho más joven de lo que se sentía.

—Tengo treinta años —dijo él.

—Es usted muy joven para estar retirado, señor McCall.

—Llámame Shane. Soy asesor del departamento de formación de la policía. Pasa y siéntate.

Los ojos de Abby se fijaron en su anillo de matrimonio.

—¿No despertaremos a tu mujer?

—No. Soy viudo.

—Lo siento —dijo ella—. También pareces joven para ser viudo.

—Y que lo digas —contestó él en tono amargo—. ¿Vas a entrar o no?

Ella dudó. Parecía que iba a llorar otra vez.

—No sé lo que quiero hacer, estoy muy cansada. Ya sé —añadió repentinamente animada—, llamaré a una de mis hermanas.

A Shane le gustó la forma en que dijo la palabra hermanas, llena de amor, y estuvo seguro de que a ellas no les importaría que las llamara a aquellas horas de la noche. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Le entregó a la niña y se agachó para desabrocharse los zapatos. A Shane no se le daban bien los niños, así que la sujetó a una distancia prudente.

—No hace falta que te quites los zapatos.

—Con este suelo ni hablar.

Él miró el suelo como si nunca se hubiese fijado en él. Era de madera y le hacía falta que lo cuidaran.

El bebé lo miraba con gesto desconfiado, como si sospechara de él, igual que su madre.

—Me llamo Belle —dijo finalmente, con cautela.

—Hola —contestó él.

Abby se puso de pie y Shane se acercó para devolverle a la niña.

—¿Podrías seguir sujetándola un momento mientras llamo por teléfono?

Shane se dio cuenta de que resultaría grosero negarse a ello.

—El teléfono está aquí —dijo guiándola hacia la cocina. El bebé se movió en sus

brazos, que seguían sujetándola a distancia de su cuerpo.

—No te va a morder.

—Ya —dijo él sin cambiar de postura, y Belle se movió incómoda.

—¿Huele mal? —preguntó Abby.

—¡No huelo mal! —gritó la niña indignada.

Shane se acercó a la niña y la olió. Olía a rosas, y algo hizo que su corazón se cerrara de dolor en un puño. Fuese cual fuese aquella emoción el bebé la sintió, porque lo miró y le tocó la mejilla con unos dedos suaves, le agarró del cuello de la camisa firmemente y se acercó hacia él, apoyó la cabeza llena de rizos rubios contra su pecho y empezó a chuparse el dedo.

La cazadora, que no se había quitado por si volvía a ofender la sensibilidad de la señorita Blakely con la visión de su pecho desnudo, se manchó de saliva.

—El teléfono está allí.

Ella echó un vistazo a la cocina, que era igual de austera que su habitación, y descolgó el auricular. Shane oyó cómo llamaba a información. ¿Cómo es que no tenía los números de sus hermanas?

Cuando terminó de hablar pareció sentirse alicaída de nuevo.

—Mis hermanas aún no han llegado —le informó.

—¿Cómo que no han llegado?

—Nos vamos a mudar todas aquí. Es una larga historia —dijo, y se la veía exhausta.

—¡Todas! ¿Cuántas hermanas tienes?

—Solo somos tres —dijo ella con una pequeña carcajada—. Somos trillizas.

Tres como ella. Aquello era algo que lo asustaba.

La niña se había quedado dormida sobre su pecho y roncaba ligeramente. Notó el calor de su cuerpecito y vio la luz que se reflejaba en sus rizos. Creyó que iba a sentir otra punzada de dolor inexplicable.

—Podemos llamar a asistencia en carretera —dijo él manteniendo la voz calmada—, pero yo no contaría con que vinieran esta noche. Esto no es Chicago.

Ella lo miró sorprendida.

—Lo sé por tu matrícula, y por el ticket de aparcamiento que tienes en el cristal —le informó.

—Eres policía de verdad.

—Ahora no —la corrigió.

Abby buscó algo dentro del bolso, casi tan grande como ella, sacó un trozo de papel arrugado y se lo entregó. Shane se colocó a Belle como pudo en el recodo del brazo y leyó lo que ponía. Parpadeó dos veces y volvió a mirar; su dirección estaba escrita allí, con letra firme y femenina.

—Debe de haber algún error —dijo por fin.

—¿Por qué?

—Esta es la casa número veintidós de Harbor Way.

—Debí de escribirla mal —dijo ella abatida.

—Sí.

Abby se dejó caer en una silla, se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo.

—¿Y ahora qué hago? Está claro que tengo que marcharme.

Aquello era obvio.

Tenía el pelo enredado y húmedo, y estaba pálida por el cansancio. Aun así, lo único en lo que podía pensar Shane era en lo seductora que estaba. Llevaba unos vaqueros demasiado grandes para ella, y estos acentuaban su esbeltez.

Desde luego, no podía quedarse.

—Escucha, te puedes quedar aquí esta noche —se oyó decir—. La casa solía alquilarse en verano, así que está completamente amueblada; hay sábanas en los armarios y yo ni siquiera he utilizado las habitaciones del piso de abajo. Están al otro lado del recibidor —añadió.

—¡Eres de lo más extraño! —dijo ella.

—Sí, más raro que algunos —dijo.

Abby sonrió.

—La puerta tiene cerradura —continuó él—. Aunque no tengo costumbre de atacar a la gente vestido solo con ropa interior.

Shane se dio cuenta de que la cerradura y el hecho de estar tan cansada habían disipado sus últimas dudas.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

—No hay de qué. Mañana te ayudaré a encontrar la casa que buscas.

—Shane...

—¿Sí? —preguntó él deseando que no le hubiese llamado por su nombre. No quería ser su amigo, ni siquiera su salvador, pero no le quedaba más remedio.

—Estás consiguiendo que sienta haberte dado una patada tan fuerte.

Tras la puerta cerrada con cerrojo, Abby oyó a Shane subir las escaleras, y se preguntó si no habría perdido la cabeza. No solo había recogido todas sus pertenencias y había cruzado todo el país con su hija, sino que estaba bajo el mismo techo que un hombre del que no sabía apenas nada.

Nunca había visto unos ojos como los de Shane. No era el color lo principal en ellos, aunque aquel profundo marrón resultaba increíblemente atractivo, era la intensidad de su mirada lo que la atraía.

Aquellos ojos habían evitado que el pánico se adueñara de ella cuando apareció él por detrás mientras intentaba abrir la puerta de la casa.

Cuando los vio, algo dentro de ella le dijo que el acelerado latir de su corazón quizás no se debía en absoluto al miedo. Pero por supuesto no iba a hacer caso de aquello, pues tenía asumido el hecho de que no era buen juez del carácter masculino, empezando por el padre de Belle.

Aun así, se había fijado detalladamente en él: su altura, la anchura de sus hombros, la suave piel y cómo la niebla había resaltado su increíble físico.

Él había estado tenso, preparado para la acción, y a Abby le había parecido tentadora su dureza masculina: los fuertes pectorales, los abdominales marcados y los redondeados músculos de sus brazos y piernas.

Abby no debería haberse sorprendido tanto cuando él le dijo que había sido policía, pues llevaba el corte de pelo como tal. Su cara también denotaba cierta autoridad. Las comisuras de la boca hacia abajo y los ojos entrecerrados le daban el aspecto de estar preparado para pelear.

Probablemente había sido aquella fuerza que le venía de lo más profundo lo que había decidido a Abby a arriesgarse y confiar en él. Su instinto le decía que de todos los sitios de los que podía escoger para pasar la noche, claramente limitados, no encontraría uno más seguro que aquel.

Su madre adoptiva se habría horrorizado por supuesto. La pobre Judy quería una vida organizada y tranquila. Siendo ella misma madre soltera, había trabajado duro para darle a Abby un hogar. Judy le había dicho que era una locura ir a la oficina del abogado y más aún aceptar el regalo, así que ¿qué pensaría de todo aquello?

Abby se dijo que la situación de aquella noche había sido desesperada. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Dormir en el coche? Si hubiese estado ella sola, quizás, pero no con Belle. Hacía una noche terriblemente fría y húmeda. Incluso su madre habría comprendido por qué había decidido quedarse allí.

Abby atravesó el sencillo apartamento sin fijarse en nada hasta llegar al primer dormitorio; tendió a su hija en el centro de una cama de matrimonio y se fue a correr las cortinas. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que la ventana estaba frente a la calle. Miracle Harbor no tenía el mismo aspecto que cuando estuvo allí un mes atrás. Entonces le había parecido bonito, con las casas alineadas en las estrechas avenidas que desembocaban en el océano. En la calle principal las tiendas estaban construidas en ladrillo rojo, tenían coloridos toldos y sus escaparates miraban hacia la playa.

Pero aquella noche, envuelto en la niebla, el pueblo más bien parecía sacado de una película de terror.

¿Cómo podía haber escrito mal la dirección de la casa que había heredado? ¿Y cómo podía tener un aspecto tan distinto por la noche un pueblo que por el día parecía tan alegre? ¿Por qué se había estropeado su coche? La verdad es que era viejo y le había exigido mucho, cargándolo con todas sus pertenencias y haciéndolo cruzar todo el país. Era un milagro que hubiese llegado tan lejos antes de estropearse.

Se alejó de la ventana y comprobó en todas las esquinas y debajo de la cama que no había arañas. Luego se metió en la cama junto a su hija, demasiado cansada para colocar las sábanas. «Milagros», pensó suspirando. ¿Acaso no era aquella la razón por la que estaba allí?

Pensó en su herencia, que le permitiría darle a su hija todo lo que quería para ella: un hogar, un sitio seguro donde crecer, una buena educación.

Por supuesto, estaban las condiciones: una era vivir allí, en Miracle Harbor, durante al menos un año, aunque aquello no representaba ningún problema. Pero, ¿y la otra? Era absurda. ¿Cómo podía alguien casarse solo por conveniencia? Además, teniendo en cuenta su experiencia con Ty, el padre de Belle, sabía que no podía fiarse de sí misma en cuanto a la elección de pareja.

Entonces, ¿por qué había ido allí, cambiando su vida por completo, si no tenía la más mínima intención de cumplir la segunda condición?

Abby había acudido a Miracle Harbor porque quería conocer a sus hermanas, y en cuanto las conoció tuvo la sensación de haberse encontrado a sí misma. Quizás algo dentro de ella también quería creer en los finales felices y que en un sitio como Miracle Harbor podía pasar cualquier cosa.

A lo mejor ya había comenzado a pasar: estaba en la casa equivocada, con el coche estropeado; todo encajaba formando parte de un gran plan.

Un gran plan para ella, claro, porque ¿cómo encajaba él en aquel gran plan? De ninguna manera. Él se había comportado decentemente aquella noche porque estaba entrenado para eso. Al día siguiente todo sería ya historia, y él, alguien a quien saludar cuando se lo encontrara por la calle.

Abby había visto la barrera en la tranquila mirada de aquel hombre, y no tenía ninguna gana de intentar traspasarla.

Pero incluso si decidía intentar cumplir con aquella ridícula condición del matrimonio, nunca escogería a un hombre como aquel. Quería a alguien dulce y amable, alguien que fuera un buen padre para su hija. Un tipo rechoncho, con gafas, que se llevase la comida a la oficina.

En el piso de arriba oyó el crujir de los muelles de la cama y sintió un extraño cosquilleo en el estómago. Un cosquilleo que un tipo rechoncho y con gafas jamás provocaría.

Y era mejor así, porque aquella sensación solo acarrearía problemas.

Capítulo 2

Un rayo de luz entró por una rendija entre las cortinas y cruzó la cara de Abby, haciéndola pestañear soñolienta. Se estiró y miró a su alrededor. Incluso a plena luz del día no se veía una sola tela de araña.

El mobiliario era sencillo, pero la habitación era muy bonita. Tenía techos altos, suelos de madera y marcos de roble en las ventanas.

¿Sería la casa que había recibido como regalo tan bonita como aquella?

Pensó en la noche anterior y en Shane McCall, y volvió a sentir un extraño cosquilleo.

«Abby», se dijo a sí misma, «has descansado y eres inmune a ese hombre. Ya sabes lo que ocurre con una cara bonita, ¿verdad, cielo?»

Alargó el brazo para acercarse a su hija, tanteó el colchón y se incorporó repentinamente al no encontrarla.

—Belle —dijo bajándose de la cama—, ¿dónde estás?

Se abrochó apresuradamente los botones de la blusa, intentando controlar el pánico.

—¡Belle!

Salió corriendo y se dirigió a la otra habitación. Alguien había colocado una silla contra la puerta, pero esta estaba abierta y daba al pasillo que llevaba a la puerta de entrada, por donde podría haber salido a la calle.

¿Cómo sería el cerrojo de la puerta principal? Abby intentó recordarlo de la noche anterior. Estaba segura que el cerrojo era de pestillo. Incluso a su precoz hija le resultaría difícil abrirlo. En cuanto salió al pasillo el corazón le dio un vuelco: la puerta delantera estaba abierta y por ella entraba una suave brisa.

—¡Belle! —gritó angustiada.

—Estamos aquí.

Era él quien contestaba, y parecía irritado.

Fue directa a la cocina y se detuvo en seco.

El alivio que sintió al ver que su hija estaba allí y no en las calles de Miracle Harbor, dirigiéndose hacia el océano le hizo bajar la guardia. El simple hecho de mirar a Shane la hizo sentirse acalorada y nerviosa, como si llevara un letrero en la frente que dijera: necesito un marido desesperadamente.

Aquella mañana Shane llevaba unos pantalones cortos color azul marino que dejaban ver unas piernas musculosas y bronceadas y unas nalgas planas pero duras. Llevaba una sudadera gris, con un emblema de la policía, que se ajustaba a su fuerte pecho, con las mangas cortadas a la altura de los hombros, lo que dejaba a la vista cada centímetro de sus fuertes brazos.

¿Acaso podía mirarlo una mujer sin imaginar cómo sería el estar en sus brazos?

Llevaba una toalla blanca alrededor del cuello y su pelo moreno estaba húmedo de sudor, rizándose en las puntas a pesar de lo corto que lo llevaba.

Abby pensó que sus facciones eran perfectas; las mejillas altas y rectas, la nariz fuerte y una barbilla apenas prominente. Aún no se había afeitado, y eso le hacía más atractivo, un poco pícaro, indomable.

Ella lo sabía todo sobre aquel tipo de hombre, que como podía tener todo, lo tomaba; después, cuando estaba satisfecho lo tiraba.

Solo una cosa evitaba que lo odiara: el pánico silencioso que había en sus ojos cuando miraba a la niña.

Abby apartó la mirada de él; Belle estaba contenta, sentada sobre una pila de libros en una silla frente a la mesa de la cocina, que se encontraba cubierta de platos y cajas de cereales.

—¿Lo está probando todo? —preguntó Abby sorprendida.

Su hija dio un bocado a lo que Shane le ofrecía, tragó, frunció el ceño y señaló otra cosa.

Él se apresuró a ofrecérsela.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Abby cruzando los brazos. Sintió ganas de reír ante la escena de un expolicía obedeciendo a un bebé.

—Le estoy dando el desayuno —dijo él mirando a Abby furioso.

—¿Por qué?

—Cuando volví de correr estaba saliendo de la habitación. Intenté que entrara de nuevo, pero no quiso. Me dijo que tenía hambre. Cuando le dije que volviese con mamá, me gritó.

—¡Belle! —dijo Abby mirándola con gesto serio.

—No soy mala —dijo Belle anticipándose—. ¿Belle es mala? —le preguntó a Shane parpadeando.

—¡Sí! —dijo él—. Bueno, quizás mala no —añadió cuando Belle volvió a parpadear—, solo testaruda, de carácter fuerte, ruidosa y quisquillosa.

—No es quisquillosa —dijo Abby—. Se está aprovechando de ti.

—¿Una niña de dos años? —dijo él mirando a Abby de forma desdeñosa—. No lo creo.

—No tenías por qué darle el desayuno. Podrías haberme despertado.

—Lo pensé —contestó él mientras echaba leche y azúcar en un bol con cereales.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Anoche parecías rendida, y pensé que necesitabas dormir. Además, te prometí una habitación segura y no creo que te hubiese gustado despertar y ver a un hombre mirándote.

La sola idea la estremeció. ¿Por qué era tan increíblemente atractivo?

De repente, se dio cuenta de que debía tener un aspecto horrible, y se pasó rápidamente la mano por el pelo, que lo tenía de punta; su ropa, con la que había dormido, estaba arrugada, y los botones de la blusa estaban mal abrochados.

Él parecía estar listo para una foto, incluso sin afeitarse y con el sudor empapándole la camiseta.

Abby observó la pierna donde le había dado la patada; le estaba saliendo un cardenal.

—Espero que no te duela mucho —dijo, y pensó que sonaba demasiado seria, como si estuviese ansiosa por hacerle entender que no podía hacer con ella lo que quisiese, por muy atractivo que fuera.

—Sí, sí duele —dijo él suspirando.

—Mamá te da un beso —sugirió Belle.

—Por mí no hay problema. ¿Qué le parece a mamá?

Shane dijo aquello sin darle importancia, sin emoción alguna, ni tan siquiera en tono de burla amistosa.

—Los besos de mamá están reservados para Belle, exclusivamente —dijo ella.

—Entonces lo siento por el papá de Belle —dijo Shane.

—Es un hombre que no necesita de tu compasión y al que nunca conocerás —contestó ella, e inmediatamente deseó no haber revelado tanto sobre sí misma—. Belle y yo estamos solas.

Al encontrarse en la misma habitación que un hombre que apenas llevaba ropa, y con la palabra beso flotando en el aire, un extraño pensamiento invadió la mente de Abby: busco marido.

Y es que después de que las tres escucharan las condiciones impuestas a los regalos, Brittany dijo que iba a poner un anuncio en el periódico con aquellas palabras. Pero Abby no era Brittany, aunque fuesen idénticas físicamente.

—Ya hemos molestado lo suficiente —dijo recuperando la seriedad—. Tenemos que marcharnos.

«Antes de volver a hacer el ridículo», pensó con tristeza.

Se había lanzado a los brazos del padre de Belle por su atractivo y su encanto, pensando que significaban algo el uno para el otro. Ningún hombre se había interesado tanto por ella antes. Pero en cuanto Ty consiguió lo que quería de ella, sus atenciones cesaron. No obstante, embarazada y con miedo a quedarse sola, Abby se quedó con él mucho más tiempo de lo que habría hecho cualquier mujer con más autoestima. La propuesta de matrimonio nunca llegó.

—Le echaré un vistazo a tu coche —dijo Shane sacándola de aquellos pensamientos.

—No —dijo Abby—, no es necesario.

Si pudiese ver cómo se comportaba, Brit no estaría de acuerdo. Después de todo, le había mandado aquel libro tan ridículo: *Cómo encontrar al compañero perfecto*. Abby había jurado no leerlo, pero al final lo hizo con una especie de terrible fascinación.

¿Le habría mandado también uno a Corrine? Corrine parecía un poco torpe en lo que a hombres se refería, igual que ella. Aunque quizás torpe no era la palabra adecuada; más bien asustada, pensó Abby.

En cualquier caso, ¿quién podía culparla de estar asustada, cuando le habían

pedido que dejara todo lo que conocía y que volviera a empezar?

A Abby la sorprendía que alguien exactamente igual que ella pudiera actuar como Brit, de forma extrovertida, dicharachera, confiada. Pero si eran exactas, ¿cómo es que Abby consideraba guapa a su hermana y luego se miraba al espejo y no se consideraba igual a sí misma? Quizás debería dejarse crecer el pelo como Brit, con rizos indomables. También podría maquillarse con un poco más de estilo, pero ¿para qué? ¿Para atraer al hombre perfecto?

Su misión no era atrapar al hombre que tenía delante, aunque fuese un perfecto ejemplar masculino, sino la de alejarse de él, dejarle seguir con su vida y empezar ella la suya.

Podía permitirse llamar a un mecánico, pues sus escasos ahorros pronto se verían complementados porque había recibido una casa como la que se encontraba en aquel momento, pero dividida en dos partes, ya que el piso de arriba estaba habitado por un inquilino de confianza, el cual llevaba viviendo allí casi un año y no parecía que fuera a marcharse, de acuerdo con la información de la empresa gestora. Así que, con el alquiler y un poco de costura, Belle y ella estarían de maravilla.

—Llamaré al taller —dijo—. Ya te hemos molestado bastante.

—Ahora eso —dijo Belle exigiendo otra variedad de desayuno tras rechazar lo que Shane le había puesto por delante.

—Para serte sincero —susurró este a Abby—, prefiero ocuparme del coche.

—No tienes que hacer ninguna de las dos cosas. La llevaré a desayunar...

—¡No! —gritó Belle—. A mí gusta aquí.

—Supongo que sí, pilluela. ¡No lo apartes! Te encantan esos cereales.

Y mientras Abby intentaba lo imposible con Belle, Shane recogió las llaves del coche y salió por la puerta silbando, como si se hubiese hecho con el control de todo.

El corazón feminista de Abby estaba furioso, pero su lado humano admitió que lo que más deseaba era que cuidaran de ella de vez en cuando.

Mientras bajaba por el camino, Shane se sintió como si le hubiesen golpeado con un saco de ladrillos en la cabeza; primero una niña pequeña se agarraba a su mano con toda la tranquilidad del mundo, y después llega su madre para terminar el trabajo.

¿Cómo podía una mujer tener tan buen aspecto nada más levantarse? A pesar del pelo alborotado, los botones de la blusa mal abrochados y unos vaqueros arrugados y demasiado grandes para ella.

Con solo un chasquido de sus dedos, habría conseguido que le sirviese los cereales también a ella, y a Shane no le gustó darse cuenta de ello. Él no era vulnerable, por eso estaba allí, en un pueblecito donde no conocía a casi nadie, y quería que siguiese siendo así. Solo se relacionaba con Morgan, al que conocía desde hacía años, cuando trabajaron juntos en un caso de tráfico de drogas en Portland. Morgan volvió a su ciudad natal, Miracle Harbor, se casó y formó una familia. Algún

tiempo después lo invitó a cenar una noche para que conociera a su mujer y a sus hijos.

Pero Shane no quería estar con niños para no sentir nada. Respecto a las mujeres, no quería ni pensar en ello.

Un viejo amigo del departamento, Drew Duarte, se preocupó por él y lo sacó de su vida de soledad y desesperación pidiéndole que lo ayudase con la formación de agentes. De manera que hacía cursillos especializados unas cuantas veces al año, que es por lo que corría y levantaba pesas, para que ningún chaval diez años más joven que él lo dejara por los suelos. Ahora Drew le había hecho dar un paso más, y estaba trabajando en un capítulo sobre procedimientos de detección de drogas para el manual de formación de una agencia federal. Su vida estaba aparentemente bajo control, y por el momento no deseaba más.

Se había mudado a Miracle Harbor porque necesitaba marcharse, dejarlo todo atrás. Morgan le envió una tarjeta con el pésame cuando se enteró, y le dijo que si necesitaba alejarse, su familia tenía una casa cerca del mar. Shane fue allí pensando en quedarse una semana, y ya no se marchó.

Se mudó de la casa de Morgan después del primer invierno, y alquiló aquella pequeña casa de estilo colonial que tenía una situación ideal, a dos pasos del centro de la ciudad y de la playa. Era demasiado grande para una sola persona, pero no quería tener que compartir la vivienda.

Abrió la puerta del coche y entró. Al alargar la mano hacia la palanca que abría el capó rozó un libro que sobresalía de un bolso de viaje. Shane sintió que la frente se le cubría de sudor al leer el título: *Cómo encontrar al compañero perfecto*.

Ya sabía que eso era lo que ella buscaba; lo supo en cuanto vio sus vulnerables ojos. Pero, desde luego, no iba a ser él.

Aquello actuó como aliciente para arreglar el coche, y terminó en poco tiempo.

Silbando y limpiándose la grasa de las manos, entró de nuevo en la casa. Ella estaba hablando por teléfono y la niña jugaba en el suelo con unos cuencos de plástico. Aparte de eso, la cocina estaba imaculada. Belle sonrió y fue hacia él, lo que hizo que se alejara. En aquel momento Abby colgó el teléfono y lo miró preocupada.

—He llamado a Jordan Hamilton, el abogado que lleva nuestro caso, a su casa, pero no han contestado, y la oficina no abre los sábados por la mañana.

—Uno de sus hijos, Mitch, trabaja con él —dijo Shane—, lo llamaré.

Mientras tanto la niña se había abrazado a su pierna, y aunque él la movió para que soltase, ella se agarró con un poco más de fuerza.

—Papá se ha marchado de viaje de negocios —le dijo Mitch cuando consiguió contactar con él—, pero yo voy a ir a la oficina.

«Buen hombre», pensó Shane, «yendo a la oficina un sábado por la mañana».

—Comprobaré la dirección de su casa y te llamaré de nuevo. Repíteme las señas que ella tiene anotadas. ¿Cuál es su nombre?

—Abby.

—¿Tiene el pelo largo?

—No —contestó Shane. ¿Qué tendría eso que ver?

—De acuerdo —contestó Mitch—. Te llamaré dentro de una hora.

Shane hubiese preferido que fueran quince minutos, pero no estaba en posición de exigir.

—Tardará una hora —le dijo a Abby.

Notó que los botones de la blusa estaban bien abrochados y que se había peinado; pensó que le gustaba más el pelo despeinado.

—¿Has desayunado? —preguntó.

—No —contestó ella.

La niña estaba en el suelo jugando; se estaba riendo, llenando de ruido una casa que hasta entonces había estado vacía.

—Desayuna algo —dijo él secamente—. Tengo muchos cereales, y mucho trabajo que hacer. Subiré a mi despacho hasta que sepamos algo de Mitch.

—Claro. Gracias —dijo Abby.

—Otra cosa, Abby —dijo él.

—¿Sí?

«No soy el compañero perfecto. Ni por asomo», estuvo a punto de decirle, pero no pudo.

—La cafetera está allí, si te apetece café. Siéntete como en tu casa.

En cuanto dijo aquellas palabras notó que un escalofrío le recorría la espalda.

Subió al piso de arriba y se metió en la ducha.

Cuando salió, el olor a café subía por las escaleras. Le apetecía una taza, pero no quería confraternizar con ella, así que se sentó delante del ordenador y lo encendió. Durante la siguiente hora no pudo más que escribir dos líneas, y ninguna con demasiado sentido.

Cuando finalmente sonó el teléfono, Shane contestó con la misma desesperación que un hombre que se ahoga y se agarra a un salvavidas. Solo que el salvavidas no pareció serlo en realidad.

Cuando colgó, bajó las escaleras, entró en la cocina y se quedó mirándolas; Abby estaba soplando burbujas de jabón para entretener a Belle.

—¿Era el abogado? —le preguntó.

Él asintió en silencio. Ella se puso de pie y se limpió las manos en los pantalones.

—¿Ha encontrado mi casa?

—Esa es la buena noticia —dijo él. Olió el café recién hecho y, evitando la pregunta en los ojos de ella, se acercó a servirse una taza, procurando darle la espalda.

—Eso significa que también hay malas noticias.

Él la miró, vio la ansiedad en su cara y siguió moviendo el café. ¿Por qué deseaba que desapareciese la ansiedad de su mirada? Tal y como estaban las cosas, él era

quien tenía el problema, pues la posibilidad de que ella se marchara enseguida acababa de ser hecha añicos por el abogado: Mitch se lo había asegurado, lo había comprobado dos veces y no había ningún error.

Shane se dio la vuelta para mirarla, dio un sorbo a su café y se aclaró la garganta.

—Dime —dijo ella metiéndose las manos en los bolsillos—. Lo que ocurre es que la casa se está desmoronando, que es una ruina, ¿verdad? O que por alguna razón no podré vivir en ella.

—Ese no es el problema.

—¿El inquilino es horroroso? —sugirió ella—, ¿un hombre viejo y sucio que vive en mi casa con tres cabras y dieciséis gatos?

—No.

—Dímelo —suplicó Abby—, por favor.

—Señorita Blakely, al parecer esta es tu casa.

Capítulo 3

—¿Que esta es mi casa? —dijo Abby.

—Sí —contestó Shane.

No se le escapó la forma en que ella miró a su alrededor con una especie de renovado interés, como planeando dónde pondría un cuadro, dónde pintaría y dónde colocaría su mecedora.

Incluso había una palabra para esa mirada. Anidar. Lo sabía porque él había pasado por todo aquello antes. Stacy tuvo aquella misma mirada cuando compraron la casa, y Shane estaba seguro de no poder soportar aquello de nuevo.

Por supuesto, ni estaba casado con aquella mujer, ni ella iba a morir como Stacy. Esperaba que aceptara que se trataba de un terrible error, y que su casa ya estaba habitada por un inquilino fiable que era él. Aunque de acuerdo con el abogado, no tenía nada legal con lo que sostenerse en cuanto su alquiler terminara, en el plazo de dos meses. La miró a la cara y no se sintió muy esperanzado.

—Es preciosa —suspiró ella—. ¡Qué suelos!

Shane la miró furioso.

—Necesitan un último pulido, si no tu bebé se clavará astillas; la caldera no funciona bien, las ventanas y las puertas no abren ni cierran debidamente; también hay corrientes, y son malas para los niños.

—Pareces un experto en bebés —dijo ella sin mostrar preocupación alguna, mientras pasaba la mano por el marco de roble de la ventana.

—Yo podría arreglar todo esto. ¡Probablemente haya que cambiar la instalación eléctrica entera! —dijo él—. Sin mencionar las escaleras de afuera.

—¿Has visto muchas arañas? —preguntó ella.

—¿Arañas?

—Sí.

—No, la verdad es que no he visto ninguna.

—Bueno, entonces todo lo demás son problemas pequeños —dijo ella distraídamente.

Típico de una mujer: los problemas estructurales no eran importantes, pero otra cosa era una araña. Pensó que si le decía que el sitio estaba infestado de arañas se marcharía enseguida, pero no era capaz de aquella falsedad. Esperaba librarse de ella por las buenas.

—Estás olvidando el problema principal —dijo con la voz seria, haciendo un esfuerzo por llamar su atención y por convencerse a sí mismo de que no estaba perdiendo el control.

—Voy a empapelar todo el pasillo con un dibujo de rosas amarillas —dijo ella con aire soñador—. Cubriré el suelo de la entrada con una alfombra finlandesa tejida a mano y haré cortinas a cuadros rojos para esta ventana. ¿Te gustan los cuadros rojos?

—Estábamos discutiendo el problema —le recordó.

Pensó que los cuadros rojos serían horrorosos, pues la cocina parecería un restaurante italiano.

—Perdona, ¿qué problema?

—Yo —dijo él cruzando los brazos. Como expolicía, lo sabía todo sobre la importancia de la apariencia para parecer más grande e intimidar más.

Ella no parecía preocupada. Miraba pensativamente a las molduras; incluso se puso de cuclillas y pasó los dedos por una de ellas. Sonrió.

—Roble legítimo.

Se puso de pie, lo miró detenidamente y sonrió. La luz que había en sus ojos casi lo ciega.

—Eres un buen inquilino. Creo que podremos solucionar las cosas.

—¿De verdad? —dijo él intranquilo. Sospechaba que la solución de ella no sería limitarse a pasar una vez al mes a cobrar el cheque del alquiler, como una buena casera.

—¿Por qué no compartimos la casa? —preguntó ella—. Eso te evitaría tener que buscar otro sitio y a mí el tener que buscar otro inquilino.

—¡Vaya, la señorita razonable! —dijo él.

—Estoy siendo muy razonable —contestó ella.

Shane pensó que, efectivamente su propuesta era razonable, salvo que vivirían bajo el mismo techo y el bebé también, lo que era totalmente inaceptable.

—Shane —dijo ella con la voz suave y los enormes ojos fijos en su cara—, no tengo otro sitio donde ir.

No quería que ella le contara el rollo de la mujer con problemas. Ya lo había hecho una vez y lo había atrapado.

—Anoche —le recordó fríamente—, no querías ni entrar, y ahora quieres vivir aquí.

—Ahora sé que es mío.

—Nunca he entendido la lógica de las mujeres —replicó él.

Hacía menos de un día que la conocía y su vida ya estaba desquiciada. Y toda su organización amenazada.

—¿Tienes algún otro sitio donde ir? —le preguntó ella.

Él abrió la boca para decirle que tenía montones de sitios donde ir, decenas, pero en vez de eso contestó la verdad.

—No. Pero podría comprarme una casa —añadió apresuradamente.

Lo que no le dijo es que aquello no era posible. Comprar una casa implicaba un compromiso, una palabra que había borrado de su vocabulario por completo.

—Lo que ocurre es que ya he invertido un poco de dinero en esta —dijo.

—Podemos hacer que esto funcione —dijo ella.

A Shane no le interesaba que la cosa funcionase. Lo único que quería era que ella se marchase de su casa. El problema era que la casa le pertenecía.

Abby tomó la cafetera y volvió a llenar la taza que él había vaciado.

—Las encimeras necesitan un arreglo —dijo.

—Toda la casa lo necesita —replicó él—. Harían falta diez carpinteros trabajando a tiempo completo durante un mes y no arreglarían todo lo que se necesita.

—Te podría contratar —sugirió ella—; pagarías menos alquiler a cambio de hacer parte del trabajo.

Se sirvió más café y se sentó a la mesa, mirando a su alrededor con la mente llena de planes; una encimera por allí, un armario por acá.

¿Por qué no había ido el abogado? Probablemente era un experto en situaciones complicadas como aquella; situaciones que surgían constantemente entre hombres y mujeres que intentaban compartir sus vidas, porque así lo habían acordado.

Shane movió una silla y se sentó frente a ella, inquieto. Acababa de tomar un sorbo de café cuando notó una mano sobre su rodilla. Belle había dejado los cuencos de plástico y se había acercado a él mirándolo con expectación. Él la miró a su vez.

—¿Aupa? —preguntó Belle.

—No —contestó él.

Estaba muy bonita. Su madre la había puesto un mono rojo y había recogido sus rizos rubios en una coleta.

El problema era que si cedías un solo milímetro ante la especie femenina, lo siguiente sería...

—¡Porfa! —insistió la niña.

... que se te rompería el corazón. Miró fijamente a Belle y echó un vistazo a Abby. Después cedió. ¿Cómo se le decía que no a un bebé?

Se agachó y recogió a la niña, sentándola sobre sus piernas. Belle, completamente ajena a su estado anímico y nada intimidada por él, suspiró feliz, apoyó la cabeza sobre el pecho de Shane y empezó a chuparse el dedo.

A pesar de todo, el policía que había dentro de él se revolvió. Tenía que averiguar la historia completa, pues una vez sabida la solución quizás fuese más obvia.

—Bueno —dijo—, entonces, ¿cómo has tomado posesión de esta casa?

Abby le contó la historia de las donaciones y de las trillizas. Aquella casa era su regalo.

El relato contestó muchas preguntas, pero Shane no se aclaró. Para empezar, no le gustaba el hecho de que un extraño, alguien a quien ella no conocía, le hubiese regalado una casa.

Lo siguiente era que el escucharla había hecho de Abby Blakely no solo un irritante problema que se había plantado en la puerta de su casa, sino un ser humano con su propia historia y sus propios sentimientos. No era ya el enemigo, y si no tenía cuidado todo aquello iría en contra suya. El bebé sobre sus rodillas era parte del plan.

Shane intentó serenarse. Se dijo que la trágica vida de Abby no era problema suyo.

—¿Cómo es que os separaron a las hermanas? —dijo él sin poder evitarlo.

Ella se encogió de hombros y Shane pudo ver un fugaz brillo de dolor en sus ojos.

—Estoy empezando a recomponer la historia. Mi hermana Brittany dice que la adoptaron cuando tenía tres años, mi hermana Corrine dice que sus padres se mataron en un accidente de coche. Así que supongo que mis padres se mataron en un accidente cuando yo tenía unos tres años y, por alguna terrible razón, nos separaron. Aun así, mi vida es un rompecabezas del que me faltan piezas. Creo que a medida que conozco más a mis hermanas, más piezas van encajando. Y quien me ha dado esta casa debe saber algo, quienquiera que sea.

Su voz se quebró y tuvo que recuperarse antes de continuar.

—La única forma de averiguarlo es quedándome aquí.

—¡Los apartamentos de la casa ni siquiera tienen cocinas separadas! —dijo Shane intentando ser práctico.

Pero sus palabras no iban a servir de nada, ella era solo un ser humano haciendo todo lo que podía con las cartas que le habían repartido. Y a pesar de todo, no vio autocompasión en ella, sino mucho valor, lo cual no auguraba nada bueno para los planes de él.

—Tengo un contrato de alquiler —señaló Shane.

—¿Por cuánto tiempo? —susurró Abby.

—Desgraciadamente no el suficiente como para que influya en esta conversación —admitió, ligeramente avergonzado consigo mismo por la ansiedad que había provocado en ella.

¿Pero qué estaba haciendo? Para él era solo una casa, un sitio donde vivir. No tenía ningún tipo de lazos con aquel lugar. Ella, aparentemente, sí tenía ya esperanzas puestas en la casa.

Belle escogió aquel momento para meterle un dedo en la nariz, y recordarle que los intereses de Abby eran más urgentes que los suyos. Sintió que su resistencia se evaporaba.

—¿No puedes vivir con tus hermanas? —preguntó en un último y desesperado intento.

Shane apartó el dedo de Belle, la miró y suspiró.

—Verás, Shane —dijo con suavidad—. Tengo que vivir en esta casa. No puedo explicar bien la razón, pero tiene que ver con el hecho de que alguien se ha preocupado lo suficiente por mí como para dejarme este sitio. Esta casa es mía, lo primero que ha sido realmente mío, aparte de Belle. ¿Lo entiendes?

—La verdad es que no —contestó él a regañadientes.

La respuesta de ella mostraba un profundo abismo entre hombres y mujeres. O quizás era entre policías y civiles. Fuera lo que fuese, él veía que ella aceptaba la casa con una especie de superstición, como si el universo entero estuviera cubriéndola con amor. Shane suspiró.

—En cuanto encuentre un sitio, me marcharé. Quizás me lleve un poco de tiempo.

—No tienes por qué irte.

—Sí —dijo él firmemente, sintiendo el peso del bebé sobre sus rodillas—. Debo irme.

En seguida se preguntó a sí mismo dónde iba a encontrar ella un inquilino tan fiable como él, pero se dijo que aquel no era su problema.

Bella botó sobre sus rodillas y cantó una canción que parecía consistir en las palabras «no te vayas hoy».

—No te tienes que marchar —repitió Abby—. No utilizas esta planta, me lo dijiste anoche. Hay sitio de sobra aquí abajo para Belle y para mí, y ninguna razón por la que no podamos compartir la cocina.

—Eso no me sirve —dijo él.

—Ahora me siento culpable —murmuró Abby.

¿Tenía que sentirse él culpable porque ella se sintiera así?

La vida se complicaba cuando aparecía una mujer. ¿Y si ella alquilaba el sitio a un hombre mayor con dieciséis gatos y tres cabras? No era su problema.

—Traeré tus cosas —dijo—. Supongo que podemos compartir la cocina hasta que yo encuentre otro sitio.

Abby había conseguido que se sintiese culpable. Le quitaban la casa y él se sentía culpable.

Aquello era lo que hacían las mujeres, le daban la vuelta a tu vida antes de que te dieras cuenta. Bien. Si realmente se lo proponía y no era muy exigente, seguro que encontraría un sitio donde vivir en tres días.

—Belle —susurró Abby a su hija tomándola en brazos y bailando con ella por la cocina vacía cuando Shane se marchó—. Ésta es nuestra casa. ¡Tuya y mía!

—¿Y el señor? —preguntó Belle, sonriendo ante la felicidad de su madre y tocándole la mejilla.

—¿Él? No sé que pasará con él —dijo Abby.

Pero se sentía culpable. ¿Por qué? ¡Él era el testarudo!

—Te gusta solo porque te dio de desayunar. No debes dejar que te compren tan fácilmente, y esto es una lección de la vida de tu madre.

Belle sonrió sin haber entendido nada.

Abby la dejó en el suelo y observó a su alrededor. La cocina necesitaba de todo: encimeras nuevas, armarios nuevos, suelos nuevos.

Por el momento, unas cortinas nuevas y una mano de pintura bastaría, y, por supuesto, las cortinas eran una de sus especialidades. Tendría que tener cuidado con el cariño que le tomaba a la casa, porque si no se casaba en el plazo de un año no sería suya.

Decidió que no iba a pensar en ello por el momento. Ni siquiera tenía que preocuparse por el coche. ¡Ahí se podía quedar! Podía ir andando al centro, y a la playa.

—¡Abby!

Notó el enfado en la voz de Shane. Ya sabía algunas cosas sobre él por la forma en que alineaba las cosas en los armarios con precisión militar y por el hecho de que no había una mota de polvo por ninguna parte. Sabía que era un hombre al que le gustaba el orden. Abby pensó que era un indicador del tipo de hombre que era. Cuando viera lo tranquilas que eran Belle y ella, quizás no se marchara. No quería tener que buscar un inquilino nuevo en una ciudad llena de trabajadores temporales.

—¡Abby!

Por supuesto, tampoco estaba segura de poder vivir con él. Dejaría que la vida se ocupara de todo, y hasta ahora no había hecho un mal trabajo.

Tomó a Belle y salió de la cocina.

Shane McCall estaba de pie frente a ella en el pasillo, vestido con la misma ropa de la noche anterior, es decir, prácticamente nada: unos pantalones cortos. Abby podía ver su camisa colgando de un rododendro en el jardín.

Sus ojos se fijaron en los músculos de los brazos de Shane mientras cargaba con su máquina de coser, y su mirada se desvió a la base del cuello, por donde caía una gota de sudor desde detrás de la oreja.

—¿Dónde quieres que ponga esto? —preguntó él.

—Junto a la ventana, gracias.

—¿Qué es? —preguntó sofocado—. ¿Una caja de ladrillos?

—Es mi máquina de coser.

Según lo decía, el asa que servía para transportarla se rompió. Shane recogió la caja justo antes de que cayera al suelo, pero le rozó el dedo del pie.

Dijo tres palabras seguidas que Abby no estaba segura de haber oído nunca. Dejó a la niña en el suelo.

—Belle, ve a la cocina a jugar con los cuencos de plástico. Shane, no quiero que mi hija aprenda ese tipo de lenguaje.

Parecía avergonzado y furioso al mismo tiempo.

—Será mejor que no te hagas ideas equivocadas —dijo él.

—¿Sobre qué?

—Sobre domarme.

—¿Domarte? —repitió ella.

—Me marcharé pronto, y no soy el hombre perfecto.

Ella lo miró con suspicacia. ¿Era una coincidencia que hubiese escogido aquella frase? Tenía que serlo. El libro no estaba en la casa. ¿Acaso el abogado con el que habló por teléfono le había contado lo de la condición impuesta sobre el regalo, es decir, que estaba buscando marido, igual que sus hermanas?

—No creo que corras peligro de que te confundan con el hombre perfecto. Principalmente —añadió ella apresuradamente—, porque, por experiencia sé que no existe tal cosa.

—Empezaré a buscar otro sitio donde vivir esta misma tarde.

—Como gustes.

—Sí —murmuró él.

—Aunque debo admitir que me sentiría muy segura por las noches si tú estuvieras aquí.

Él resopló.

—Pero, buena suerte —dijo ella alegremente—. ¿Sabes? Me encanta esta habitación. Fíjate cuánta luz; puedo poner mis plantas allí y aún me queda sitio para colocar mi maniquí.

—Tu maniquí —dijo él insulsamente, colocando el sofá contra la pared y dándose la vuelta para mirarla.

—Soy costurera. Y voy a colgar un cartel en la puerta.

—¿Dentro de poco?

—En cuanto pueda.

—No puede haber ruido ni follón mientras trabajo —dijo él. Había vuelto a cruzar los brazos y separar las piernas.

Aquella postura le hacía parecer que medía dos metros y medio y era alguien a prueba de balas. Seguramente le habrían enseñado a tener aquel aspecto en la escuela de policía. Si alguna vez dejaba que la intimidara, estaría perdida, lo sabía.

—¿Sabes algo sobre costura, Shane?

—La verdad es que no.

—No es precisamente un trabajo ruidoso. Muchas de las cosas que hago, como los dobladillos y las puntillas, las hago a mano. Mi máquina de coser, cuando la utilizo, es totalmente silenciosa. Probé unas cuantas hasta que encontré una con la que el bebé podía dormir.

—Pero, ¿y la gente que venga aquí? A todas horas del día y de la noche.

—Voy a hacer un poco de trabajo de costura, no me voy a dedicar al contrabando. Estoy segura de que no te molestaremos. Ni siquiera te darás cuenta de que Belle y yo estamos aquí.

—¿Estás dispuesta a poner eso por escrito?

Antes de que pudiera responder, se oyó un fuerte golpe en la cocina y Belle empezó a llorar. Abby salió corriendo, no sin antes darse cuenta de que él hacía un gesto con los ojos y susurraba.

—Vaya, casi no me había dado cuenta de que estáis aquí.

Capítulo 4

—No lo oigo —dijo Shane hablando por el auricular—. ¿Qué es? ¿Media pensión? Eso no es lo que decía el anuncio... ¿alquiler reducido por qué? ¿Puede bajar el ruido? Casi no lo oigo. ¿Que no puede hacer callar a sus hijos? ¡Alquiler reducido por hacer de canguro!

Colgó el teléfono de golpe, sin despedirse, y tachó el penúltimo anuncio de alquiler de la edición matutina del periódico de Miracle Harbor.

Oyó a Abby, cantando otra vez en el piso de abajo.

Estaba claro que cuando reformaron aquella vieja casa no se molestaron en insonorizarla. Ella había estado cantando como si su corazón rebosara de alegría desde que él acabó de meter en casa todas sus cosas, a eso de las siete la tarde anterior. Estaba desempaquetando la compra en la cocina.

No podía decirle que se callase, porque cantaba baladas cargadas de misterio.

Pero peor aún que oírla cantar fue lo que oyó cuando finalmente todo quedó en silencio en el apartamento de ella la noche anterior, una vez que la niña se hubo dormido. Justo cuando pensaba que el bendito silencio volvía a su vida, oyó cómo corría el agua en la bañera de abajo, y después oyó cómo la llenaba.

Lo molestaba el hecho de haber perdido todo control sobre su vida en poco más de veinticuatro horas. Estaba convencido de que el destino estaba alterando la engrasada maquinaria que era su vida.

Abby chapoteó, suspiró y tarareó durante tanto tiempo que Shane tuvo que salir a dar un paseo, durante el cual consiguió sacársela de la cabeza y redactar mentalmente seis o siete párrafos sobre técnicas de vigilancia.

Pero cometió un error cuando al volver vio una vela parpadear a través de los cristales ahumados del cuarto de baño de Abby, pues se formó una imagen mental de ella un tanto embarazosa: solo la cubrían burbujas, y la llama de la vela bailaba y dibujaba formas eróticas en las paredes. La reacción de su cuerpo fue instantánea, embarazosa para un hombre de su edad.

Subió las escaleras hasta su piso de dos en dos, y no pudo evitar preguntarse si su estilo de vida monacal le estaba convirtiendo en el perverso que ella había creído ver en él.

¿Qué le ocurría? Los adolescentes imaginaban mujeres desnudas, pero él no. Para demostrarlo se metió de lleno en su trabajo. A media noche, cuando llevaba casi una hora sin escuchar ningún ruido en el apartamento de ella, revisó lo que había estado haciendo durante tres horas y se dio cuenta de que solo había escrito tonterías, así que apagó el ordenador, se metió en la cama y se quedó despierto durante un rato.

Una hora más tarde, bajó silenciosamente por las escaleras y entró en la cocina a prepararse un sándwich de mortadela. Pero la mortadela que se había comprado hacía solo dos semanas, estaba en la basura, al igual que una lata abierta de sardinas. Su nevera estaba repleta de alimentos verdes: lechuga, brécol, espárragos. Detrás del

todo, tras la leche semidesnatada y el queso Gouda ahumado, había una lata de gaseosa que él sabía que era suya.

Le apeteció probar el queso, pero pensó que iba a necesitar registrarse por unas normas si quería sobrevivir allí durante los siguientes días. Empezando por «no tocarás el queso que no te pertenece o no tocarás la mortadela que no te pertenece», según el caso.

Incapaz de dormir, volvió a su parte de la casa y empezó a redactar una lista de normas y un horario para el uso de la cocina. Cuando salió el sol, fue a correr y compró el periódico.

Hacía tiempo que no rezaba, pero elevó una pequeña plegaria mientras marcaba el número del último anuncio de alquiler de pisos, y volvió a colgar sin despedirse.

No había casas de campo en Cannery Street, eran chabolas. Sitios deprimentes con perros furiosos atados a la entrada de las casas, y llenos de coches destartados en la parte trasera. Todas las casas miraban a la vieja fábrica de conservas de los hermanos Jones, que llevaba cerrada al menos quince años. Era la zona del pueblo que nadie en Miracle Harbor quería admitir que existía.

Descontento con los malos resultados obtenidos en la búsqueda de vivienda, volvió a revisar el horario de la cocina con satisfacción. Él la utilizaría a primera hora de la mañana, antes de que ella se levantara, y después volvería a ser su turno a las doce y media; solo necesitaba unos minutos para preparar la comida. Podía cenar tarde, entre las siete y las ocho, y una tetera eléctrica sería suficiente para cubrir la necesidad de una taza de café de vez en cuando.

Aquel horario podía funcionar, pensó. Tal y como había planeado las cosas, era posible que nunca tuviese que verla.

Tenía su propio cuarto de baño, así que lo único que compartían era la cocina y el pasillo de la entrada; quizás aquella situación no le resultase tan molesta al fin y al cabo. Pero la voz de Abby cantando llena de alegría subió por las paredes, las grietas en el suelo y las tuberías; y la niña se rio a pleno pulmón.

Con furia, tachó el último anuncio y sacó su agenda de teléfonos. Al final había una lista de apartamentos, y aunque había jurado no volver a vivir nunca en un edificio así, empezó a llamar para ver si estaban libres. Tras una hora de intentos se cansó de escuchar a gente burlarse de él cuando preguntaba por algún apartamento libre.

Debajo de «no tirar las pertenencias de otro a la basura» garabateó «no cantar», pero se dio cuenta de que estaba siendo grosero y lo tachó. Su estancia allí era solo temporal. ¿Qué le importaba a él si ella cantaba?

Sonó el timbre de la puerta.

Shane esperó a que ella abriera, pero no escuchó nada. El timbre volvió a sonar.

Abby ni siquiera llevaba allí un día, así que, ¿qué probabilidades había de que fuese para ella? Sin embargo él llevaba en Miracle Harbor dos años y había aún menos probabilidades de que fuese para él. Le gustaba lo que aquello decía sobre su

vida: que había tenido éxito manteniéndose alejado de cualquier tipo de compromiso.

El timbre sonó otra vez.

Recogió el horario y las normas y bajó corriendo las escaleras. En el último momento, cuando ya era demasiado tarde, se dio cuenta de que había una puertecilla de barrotes de madera de un metro de alto que antes no estaba allí. Intentó saltar por encima de ella, pero se enganchó con el dedo del pie y se estrelló dolorosamente contra el suelo, aterrizando con la rodilla. Maldijo mientras se tanteaba la rodilla con la mano para ver si se la había roto. Volvió a maldecir, pero al acordarse de la niña se contentó con gruñir.

Se puso de pie y se acercó cojeando a la puerta, frotándose la rodilla. Abrió la puerta de golpe, preparado para descargar su furia contra quienquiera que estuviese al otro lado.

Pero no lo hizo.

Una señora mayor de aspecto agradable estaba de pie ante él, con el pelo gris recogido en un moño y unos bonitos ojos azules. Llevaba un sombrero con una pluma roja, y sus manos sujetaban remilgadamente un libro.

Shane mantuvo la compostura.

—Hola, cielo —dijo ella suavemente.

Cielo. Lo había oído maldecir y aún lo llamaba cielo.

—Hola —dijo él.

—No tienes aspecto de costurera —dijo ella riéndose—. ¿Es aquí donde vive la costurera?

Shane se quedó mirándola atontado durante un momento, sin saber qué decir.

—¿Costurera? Aquí no hay...

De pronto recordó su dedo del pie, que estaba tan azul como su espinilla y como su rodilla, y se acordó del pesado objeto que se le había caído encima: una máquina de coser.

—¡Ah! —dijo—, esa costurera.

La puerta del apartamento de la costurera se abrió y salió Abby, con las mejillas sonrojadas y el pelo corto con rizos; llevaba en brazos a la niña mojada envuelta en una toalla blanca de baño.

A Shane le pareció que una costurera como Dios manda debería tener el aspecto de una mujer mayor, como la que estaba en la puerta, y no el que tenía Abby: unos vaqueros y un corpiño blanco que estaba lo suficientemente mojado como para dejar entrever lo que había debajo, y que dejaba el ombligo a la vista. Era obvio que aquel ombligo y los secretos bajo aquel corpiño tenían mucho mejor aspecto de lo que él se había imaginado la noche anterior.

—¿Te has caído? —le preguntó Abby mirándolo fijamente—. He oído un golpe espantoso.

Como respuesta, él miró furiosamente a la puerta de barrotes al pie de las escaleras.

—Vaya —susurró—. La puse hace una hora. No quería que Belle te molestara y pensé que la verías.

—Lo habría hecho si hubiese dormido lo suficiente.

—¿No has dormido bien? No te habremos molestado, ¿verdad?

—¡No! —replicó él, sabiendo que a veces se podía ocultar una mentira descarada con agresividad innecesaria.

La niña estaba tarareando la canción que le cantaba su madre, y Shane sabía que, cuando intentara dormirse aquella noche, la maldita canción se le metería en la cabeza.

Pero aquello era preferible a estar pensando en la camiseta mojada de Abby y en su ombligo, o en velas y piel mojada y burbujas.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Abby angustiada.

Sería fácil acabar con la preocupación de Abby. Para ello solo tenía que decirle en lo que estaba pensando. Así mataría dos pájaros de un tiro; probablemente ella haría las maletas y se marcharía enseguida, pues aquello le confirmaría que era un perverso.

Se dijo a sí mismo que no lo hacía por respeto a la niña y a la señora mayor, que los miraba a los dos con interés.

—No —dijo él, señalando a la puerta. Le dolía la rodilla y sentía cómo se hinchaba—. Tienes visita.

—Pero si no conozco a nadie aquí.

—Estoy buscando una costurera —dijo la señora mayor.

—¿De verdad? —dijo Abby encantada—. Pase.

Shane abrió la puerta y la sujetó mientras la señora pasaba a su lado. Le dio las gracias con una sonrisa.

—Gracias, cielo. Y yo que pensaba que la caballerosidad ya no existía.

—Sí, claro —dijo Shane y de repente tuvo una idea—. ¿No estará buscando un apartamento? —preguntó a la señora—. El que hay arriba se alquila.

—Yo no puedo subir escaleras; además, ¿no es ahí donde vive usted?

Shane frunció el ceño. ¿Cómo lo sabía? Debió de haberlo escuchado bajando las escaleras.

—No por mucho tiempo —murmuró.

Suspiró, él quería que Abby tuviese un inquilino como aquella señora, uno que no tuviera pensamientos extraños cada vez que oyese correr los grifos de la bañera.

Se dio la vuelta y recogió el horario del suelo.

—Estas son las horas en las que estaré en la cocina. Lo pondré en la puerta de la nevera —dijo, y sin esperar a que ella respondiera entró en la cocina.

La puerta de la nevera, que siempre había sido blanca, estaba cubierta de pequeños imanes en forma de frutas.

—¡Muy útil! —rezongó Shane sujetando las normas con un melocotón.

Cuando salió de la cocina, el pasillo estaba vacío y la puerta de Abby cerrada.

Pasó la pierna por encima de la puertecita de barrotes, lo que le hizo gritar de dolor, y subió a su cuarto. Cerró la puerta con más fuerza de la necesaria y tomando un papel en blanco de su mesa escribió lo siguiente: *Se busca inquilino para apartamento compartido. Cocina y entrada compartida.*

Lo pensó por un momento e incluyó la palabra «responsable entre inquilino y para», y después añadió «solo mujeres entre compartido y cocina». Anotó su propio número de teléfono y finalmente telefoneó al diario de Miracle Harbor.

La visitante entró en el apartamento con Abby. Alargó la mano y acarició la mejilla de la niña con su mano arrugada.

—Qué bien que ese buen hombre coloque un horario para hacerla saber cuándo estará en la cocina —dijo mirando a Abby por encima de las gafas—. ¡A lo mejor quiere que vaya usted al mismo tiempo!

—No creo que sean esas sus intenciones —murmuró Abby, dándose cuenta de que, aunque intentaba, su mente volvía continuamente a aquel buen hombre.

La mirada que vio en sus ojos cuando salió por la puerta no había sido amable en absoluto. Tampoco era de enfado, que era lo que ella se esperaba cuando oyó el golpe. Los ojos de Shane se habían oscurecido haciendo que su mirada fuese más profunda e intensa.

Y entonces se dio cuenta de que su camiseta estaba húmeda, y se sonrojó al comprender la clase de mirada que había visto en los ojos de Shane.

De deseo.

Se reprendió mentalmente a sí misma, pero también el deseo se apoderó de ella repentina e inexplicablemente. Trató de centrarse en la visita.

—Soy Abby Blakely. ¿En qué puedo ayudarla?

—Yo soy Angela Pondergrove. Por alguna tonta razón, la gente me llama Angel. Estoy buscando una costurera; así que imagine mi sorpresa cuando él me abrió la puerta. Aún hace un poco de frío para los pantalones cortos, pero debo decir que sus piernas han hecho que mi corazón lata con una fuerza con la que no lo había hecho en años. ¿No te parece que tiene unas piernas muy bonitas?

Abby ya había pensado suficientemente en las maravillosas piernas de su inquilino.

—¿Cómo se ha enterado de que soy costurera? —le preguntó en vez de responder a la pregunta—. Acabo de llegar.

—Jordan me comentó algo —dijo la señora vagamente—. Jordan Hamilton, el abogado.

—Es muy amable por su parte, pero no recuerdo haberle dicho que fuese costurera.

La señora alargó sus endebles brazos.

—¿Puedo tomar en brazos a la niña? Seguro que le comentaste algo. A Jordan no

se le escapa nada.

Abby dudó antes de entregarle a la niña. La señora Pondergrove parecía endeble y el peso de una niña robusta como Belle sería demasiado para ella. Además, Belle no siempre se llevaba bien con los extraños, exceptuando al hombre del piso de arriba.

Ella también sentía deseo cuando lo miraba; deberían redactar una lista de normas, siendo la primera: «siempre irás completamente vestido».

Belle se fue de buen grado con la señora Pondergrove, que tenía más fuerza de la que Abby se había imaginado.

—Siéntese —sugirió Abby.

La señora Pondergrove se sentó, y después de jugar un rato con Belle, la dejó en el sofá entre las dos y sacó una foto del bolsillo.

—Esto es lo que quería —dijo la mujer en tono suave.

Abby tomó la foto, y contuvo una exclamación de sorpresa. Era el dibujo de un vestido de boda, con el cuello alto e forma de corazón. El efecto que causaba era el de un vestido inocente pero al mismo tiempo seductor. El corpiño estaba deliciosamente bordado y encajaba en la cintura a la perfección, donde se unía a la falda de tal forma que marcaría la suave redondez de las caderas de una mujer. La línea entera del vestido caía con maravillosa sencillez, y arrastraba una larga cola.

—¡Es precioso! —susurró. Era el vestido con el que toda chica soñaba; exactamente el mismo que una vez ella creyó que vestiría.

Eso fue antes de Ty y de Belle, y antes de que sus sueños de Cenicienta murieran. Así que, ¿por qué al mirar aquel vestido se veía a sí misma con él? ¿Y por qué aquella foto había hecho surgir en ella una nostalgia inesperada, casi dolorosa?

Era como si el vestido gritara su secreto mejor guardado: que bajo todas sus proclamas de independencia, aún tenía la esperanza de que, algún día, el amor llamara a su puerta.

—¿Ocurre algo? —preguntó la señora Pondergrove.

—No, claro que no —dijo ella apresuradamente.

—¿Podría hacer ese vestido? —le preguntó la señora con cierta ansiedad.

Abby volvió a mirar la foto. Por supuesto que podía hacer el vestido; sería un sueño hacerlo. Solo con mirar el dibujo casi podía sentir el tacto de la tela bajo sus dedos. Tendría que ser de seda, ningún otro tejido serviría.

Podía hacer el vestido, pero, ¿qué pasaría con sus sueños? ¿No le resultaría doloroso hacerlo? Le haría consciente de todas las cosas que no le habían ocurrido en la vida, de todas las cosas que nunca le ocurrirían. Quizás algún día se vestiría para una boda, pero teniendo en cuenta que era madre de una niña, un traje resultaría más apropiado que la virginal inocencia del blanco vestido de novia.

Miró furtivamente a su visitante, y pensó que lo de hacer el vestido sería probablemente una excusa para charlar, nada que quisiese realmente hacer.

El abrigo de la señora Pondergrove estaba cuidado y probablemente había sido elegante en su día, pero ahora parecía un poco pasado de moda.

—Un vestido así llevaría un mes de trabajo a tiempo completo —dijo—. Solo la tela costaría una fortuna, y para no desentonar con ella tendría que usar cuentas muy caras para el corpiño; cuentas hechas a mano.

—¿Pero podrías hacerlo? —preguntó la mujer ansiosa, como si no hubiese escuchado una sola palabra.

—Podría coserlo —dijo Abby—, pero creo que tendría más sentido para usted comprarlo ya hecho. No sería tan caro.

—Querida, qué detalle que te preocupes tanto porque una señora mayor gaste su dinero.

—La verdad es que el coste de este vestido sería exagerado.

—Bueno, bueno. ¿Para qué está el dinero sino para hacer feliz a la gente?

Reacia, Abby decidió explotar la burbuja. Le dijo la cantidad que ella pensaba que costaría hacer el vestido, teniendo en cuenta la tela y la mano de obra.

Esperaba que la mujer se asombrara, pero se sorprendió al ver sonreír a la señora Pondergrove.

—¿Cuándo podrías empezar?

—¿Quiere seguir adelante? ¿A ese precio?

—¡Por supuesto que sí! ¿Cuándo podrías empezar?

—Inmediatamente —murmuró Abby.

—Bien. Te extenderé un cheque.

—¿Está segura? —preguntó Abby—, no sabe cómo trabajo.

—A mi edad se puede saber cómo trabaja la gente por la mirada en sus ojos. Se pueden ver muchas cosas así. Por ejemplo, el joven que me ha abierto la puerta, está tan solo como un camello en un garaje.

—¿De verdad?

—Sí. Ese chico tiene el corazón roto.

Abby no había visto nunca a una persona con menos aspecto de chico que Shane McCall. Y le parecía el hombre menos vulnerable que había conocido.

Aunque de repente se acordó de que cuando él le dijo que era viudo, vio un fugaz brillo de amargura en sus ojos al comentarle que era muy joven para haber pasado por una tragedia así.

¿Amargura? ¿O era aquella la forma en que enmascaraba un corazón roto?

—Piensa que los corazones rotos se curan encerrándolos en un bloque de hielo, pero está muy lejos de la verdad —dijo la señora Pondergrove.

—Eso es saber mucho de una persona en el primer encuentro —dijo Abby, y vio cómo los pensativos ojos de la mujer se volvían hacia ella.

—Tienes razón. Bueno, ¿te hago un cheque por el precio total?

—¡Oh, no! —dijo Abby—. Una señal será suficiente. Un tercio ahora, otro cuando esté a medio hacer y otro cuando esté terminado si usted está satisfecha. ¿Para quién es el vestido? Tendré que ponerme en contacto con ella para las pruebas.

—¿Pruebas? No, no será posible.

—Pero...

—Verás, el vestido es una sorpresa.

—¡No puedo hacer un vestido sin saber para quién es! No le quedará bien.

—Sí, porque la chica a quien está destinado es exactamente de tu misma talla.

—¡Qué coincidencia!

—¿A que sí? —dijo la señora Pondergrove alegremente.

Abby miró a la mujer. Era amable pero excéntrica. ¿Estaría en sus cabales? ¿Podía tomar el dinero de aquella mujer? ¡A lo mejor ni siquiera había novia!

—Debe de ser para alguien a quien quiere mucho —dijo Abby intentando obtener un poco de información.

En vez de eso, se encontró con un cheque en la mano y mirando a unos ojos que eran jóvenes, seguros y claramente cuerdos.

—Es para alguien con quien tengo una gran deuda —dijo la señora Pondergrove—. Una deuda no se puede medir. Le debo la felicidad.

—Nadie puede deber la felicidad a nadie —protestó Abby.

—A pesar de ser tan joven ya sabes algo tan profundo —dijo la señora Pondergrove y suspiró—. En fin, una hace lo que puede. No creo que el blanco sea apropiado para el vestido. Ya sabes que lo que el blanco representa está pasado de moda en estos días. ¿Qué te parece color marfil?

Abby pensó que ella sí podría ponerse un vestido así, pero no quería tomarle cariño, no quería imaginarse con él puesto ni por un momento. Quiso rechazar el encargo, pero como madre soltera no podía basar en sus emociones una decisión económica que afectaría al bienestar de Belle. Sobre todo en un tonto sentimiento romántico.

—¿Para cuándo lo necesita? —preguntó Abby con cierta frialdad en la voz.

—Todavía no han puesto fecha, pero lo antes posible. ¿Te importaría que me pasara de vez en cuando para ver cómo va?

—Me encantaría.

—Me lo imaginaba. También puedo ver muchas cosas sobre ti en tus ojos.

—¿Como qué?

—Ya he hablado bastante por hoy. No quiero que cada vez que me veas subir por el camino pienses, ahí viene la vieja charlatana otra vez.

—Nunca pensaría eso —dijo Abby riéndose.

Cuando se marchó, Abby se llevó a Belle a la cocina. Se dio cuenta de que aún tenía el dibujo de la señora Pondergrove en la mano, y lo dejó sobre la mesa. El horario de cocina estaba puesto en la nevera.

Pasado a máquina con gran esmero, parecía un itinerario militar. Debajo había una lista de normas sobre el uso de la nevera, la primera de las cuales era que ella etiquetara su comida.

—Tengo hambre —dijo Belle impaciente.

—Cariño, estamos aquí de forma ilegal, pues no es nuestra hora —dijo Abby

apartando la mirada de la lista.

—Tengo hambre —repitió Belle.

Aquella hora le estaba adjudicada a él, pero tendría que esperar al día siguiente para entrar en vigor.

Lo oyó bajar por las escaleras y abrir la puertecilla protectora en vez de saltarla.

Entró cojeando en la cocina, aparentemente disgustado por verla allí. Tenía la rodilla hinchada como un balón.

—¿Has leído el horario? —preguntó apretando las mandíbulas.

—Ahora mismo. ¿Eso es lo que te pasó cuando saltaste por encima de la puerta?

—Sí.

—Lo siento.

—Ha sido culpa mía. ¿Podemos repasar el horario? ¿Te parece aceptable?

—Bueno —dijo ella—, tengo el control de la cocina todo el día excepto una hora. No voy a quejarme, pero, ¿y si te apetece picar algo? ¿O una taza de café?

La cara de Shane estaba lívida de dolor.

—Tengo una tetera eléctrica arriba y no pico entre comidas.

—Vaya. Un hombre con total autocontrol.

—Eso es.

—¿Qué vas a hacer con tu rodilla?

—Me pondré un poco de hielo y me tomaré un calmante.

—Creo que deberías ir al médico.

—¿De veras? —dijo él con frialdad.

—Sí.

—Nos llevaremos mucho mejor, hasta que yo encuentre alojamiento, si no me das consejos.

—Discúlpame; escribiré eso en la nota de la nevera, justo debajo de la norma sobre el etiquetado.

—Eso estaría bien —dijo él poniéndose más blanco todavía de repente. Cojeó hacia una silla y se sentó.

—Te puedo preparar algo de comida —dijo Abby—. ¿Qué te gusta? Ayer compré mantequilla de cacahuete. Es la favorita de Belle.

¡Mantequilla de cacahuete! Le estaba ofreciendo mantequilla de cacahuete como si tuviera dos años. Definitivamente aquella mujer pasaba demasiado tiempo con su hija.

—También preparo una tortilla muy rica.

—No quiero que me prepares la comida. Quiero que salgas de la cocina, tal y como indica el horario.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Es culpa mía que te hayas hecho daño.

—Lo sé. Gracias.

—Perdóname. Acabo de leer el horario y no sabía que era tu turno.

—Pues ahora lo sabes —le indicó.

—Bien. Belle, nos vamos.

Belle estaba sacando los cuencos de los armarios. Al oír a su madre la miró horrorizada.

—¡Tengo hambre! —gritó.

—Es el turno del señor McCall. Tú y yo iremos al centro a comprarnos algo de comer.

—Quiero que él me dé la comida. Cereales.

Y dicho aquello, Belle volvió a jugar con los cuencos.

—¡Por el amor de Dios! Dale de comer a la niña —dijo él irritado—. Y de paso podrías prepararme algo a mí también. Tengo un paquete de mortadela en la nevera.

¿La estaba mirando con cierto humor en los ojos?

—Ya no lo tienes.

—¿De verdad? —preguntó él sin perder el control.

—¡La mortadela se estaba poniendo verde!

—Te agradecería que no me tiraras mis cosas.

—Me deberías dar las gracias. Quizás te haya salvado de morir envenenado.

—A lo mejor prefiero morir envenenado a morir por culpa de una puerta en la escalera. Soy un hombre libre, y puedo comer mortadela podrida si quiero.

Lo miró, y de repente recordó las afirmaciones de la señora Pondergrove: solitario como un camello en un garaje. Con el corazón roto.

Así que le hizo una tortilla, lo cual él la agradeció refunfuñando.

Puso a Belle en la silla alta y le dio también un poco de tortilla; después se sentó.

Vio que el dibujo del vestido de novia estaba justo delante de él y que Shane lo miraba.

—¿Qué es esto? —preguntó finalmente.

—Mi nuevo trabajo —dijo ella.

Shane parecía realmente horrorizado.

—¿Tu nuevo trabajo es encontrar marido?

Abby no estaba muy segura de qué le había hecho decir aquello.

—No, la señora que vino, la señora Pondergrove, me lo encargó.

—Es un poco mayor para este vestido —dijo él sin dejar de sospechar. Abby le quitó el dibujo.

—¿De verdad? No sabía que la gente se hacía demasiado mayor para soñar —le espetó.

Pero no estaba segura sobre quién estaba hablando, sobre la señora Pondergrove o sobre ella.

O quizás incluso sobre él.

Capítulo 5

—Es un vestido ridículo para una mujer mayor —insistió Shane, quien cuando vio el dibujo, se imaginó a Abby llevándolo. Le recordaba a otro vestido, hacía mucho tiempo, y a una mujer joven acercándose a él. El amor que reflejaban sus ojos le paralizaba el corazón.

—Evidentemente no es para ella —dijo Abby ligeramente enfadada.

—La tortilla está buena —dijo él un poco a regañadientes. La verdad era que, después de una dieta a base de mortadela y sardinas, la tortilla sabía de maravilla. Y contra aquellas maravillas era contra lo que necesitaba protegerse.

—El secreto está en usar agua —dijo ella. Pero la tortilla no le interesaba tanto como el vestido, y saber para quién era.

—Si ella no va a llevar el vestido, ¿para quién es? Supongo que no lo ha encargado para colgarlo en la pared y admirarlo —preguntó Shane.

No podía quitarse de encima la incómoda sensación de que el vestido, de alguna manera, giraba en torno a Abby.

—¿Me estás interrogando?

—No —dijo él de forma cortante.

—Bien.

—¿Para quién es el maldito vestido?

Shane vio que Abby dudaba, y creyó que le iba a decir que se metiera en sus propios asuntos, que era en realidad lo que se merecía. De hecho, una de las normas debería ser «métete en tus propios asuntos». Pero no se lo dijo.

—¡Es para su hija! —replicó ella.

Shane había sido policía el tiempo suficiente para saber si alguien mentía. Sobre todo alguien como ella, que no estaba acostumbrada a hacerlo. Los ojos de Abby miraban a todas partes excepto a él, y se ocupaba demasiado de la niña.

—Pues su hija debe de tener unos ochenta años —dijo él.

—La señora Pondergrove no es tan mayor —respondió ella.

—De acuerdo, quizás no tanto, pero sus hijos deben rondar al menos los cincuenta.

—Quizás sea para su nieta.

Abby seguía ocupada con la niña, limpiando manchas imaginarias de la cara de Belle, mientras esta intentaba apartarse de ella.

Shane estaba convencido de que el vestido era para Abby. Lo supo en cuanto lo vio. El vestido y el libro indicaban que estaba en busca de un marido, y con un ombligo como el suyo no debería tener ningún problema; cada vez que alargaba el brazo se le levantaba la camiseta para que él echara un vistazo.

Sin terminar la tortilla, lo que no le fue fácil, le dio las gracias por la comida y salió cojeando de la cocina.

A la mañana siguiente, vio que ella se había dado por aludida; los armarios estaban reorganizados con etiquetas de Él y Ella, y las estanterías de la nevera estaban divididas por la mitad.

Su lado tenía un paquete nuevo de mortadela y una lata de sardinas, lo que le hizo sentirse desgraciado. También le hizo sentirse culpable de que ella se hubiese gastado el dinero teniendo a una hija que sustentar.

La cocina parecía distinta, pero no estaba seguro en qué. Desde luego, parecía recogida, y estaban los imanes de la nevera. Además la mesa tenía ahora mantel; uno de cuadros rojos, muy hogareño y sin ningún parecido con los de un restaurante italiano.

Limpió las migas con un sentimiento de culpabilidad que, a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía quitarse de encima. Era un sentimiento que odiaba, como a cualquier otro. Se había ido hasta Miracle Harbor para huir de él, pero lo perseguía, y Abby era la causante.

Oyó el rítmico sonido de la máquina de coser de Abby, quien al mismo tiempo, charlaba con Belle.

Se preguntó si sería difícil trabajar teniendo a la niña alrededor. Se preguntó también si la camiseta que llevaba Abby aquella mañana mostraría su ombligo.

Oyó su teléfono en el piso de arriba y subió a contestarlo. Esperaba que fuese un posible inquilino, y así era: un trabajador de la construcción llamado Harvey que pensó que podría saltarse la parte de solo mujeres del anuncio.

Tras recibir diecisiete llamadas, todas de trabajadores de la construcción, desenchufó el teléfono y se asomó a la ventana.

Belle estaba en el patio; llevaba un abrigo rojo que la hacía parecer tan redonda como una pelota de playa. Detrás de ella Abby empujaba una carretilla roja con cajas de bulbos. Luego las dos se sentaron riéndose a remover la tierra.

Pasado un rato Abby se quitó la cazadora que llevaba, y Shane se quedó con la boca abierta: con una camisa como aquella, ¿quién necesitaba ver un ombligo?

Pensó que la casa necesitaba otra norma: «no mostrarás tu ombligo ni te pondrás ropa ajustada». Pero la norma también se le aplicaría a él, y estaba acostumbrado a ir por la casa sin camisa.

Tuvo un pensamiento extraño: ¿y si su ombligo provocaba el mismo efecto en ella? Si era así, los dos tendrían un gran problema. Con un suspiro que no tenía nada que ver con su rodilla hinchada, bajó la persiana y volvió a enchufar el teléfono.

* * *

Con el rabillo del ojo, Abby vio cómo bajaba la persiana y se sintió ligeramente enfadada. ¿Es que no podía plantar unos pocos bulbos sin irritarlo? Aquel era el tercer día que salía al jardín con Belle para tomar el aire, y en cuanto lo hacían, él bajaba su persiana.

—¡Abby! —se dijo a sí misma en voz alta—, ¿qué te hace pensar que tiene algo

que ver contigo? Probablemente sea que el sol se refleja en la pantalla de su ordenador y no puede trabajar.

Levantó la cara hacia el sol y absorbió su calor.

—No como en Chicago —dijo Abby. Cuando se marchó de allí aún era invierno, con temperaturas muy frías.

En Miracle Harbor, pese a que aún era marzo, el aire ya era cálido y estaba impregnado de aromas: olor a tierra que se mezclaba con el aroma marino. Tras cinco días en Miracle Harbor, estaba enamorada del lugar.

No con el hombre del piso de arriba, aunque su corazón hacía cosas extrañas cuando lo veía en pantalones cortos, que parecía ser toda su ropa. ¿Y qué? Había tenido exactamente el mismo efecto sobre la señora Pondergrove, y probablemente tenía ese efecto sobre cualquier mujer entre los ocho y los ochenta años. Y algo que no quería otra vez en su vida era un hombre a quien todas las mujeres encontrarán atractivo.

Ty había sido igual. Tomaba todo lo que podía, y aunque se sentía culpable por ceder a la tentación, no era capaz de resistirse.

—Cariño, es que no tengo fuerza de voluntad —le había dicho en una ocasión cuando lo encontró abrazado a una mujer que ella pensaba que era su amiga.

Abby estaba embarazada de seis meses por aquel entonces.

Si había alguna diferencia entre Shane y el padre de Belle, era aquella: Shane tenía fuerza de voluntad. Pero incluso así, no estaba enamorada de él. Tenía demasiado sentido común para eso.

Se había enamorado del pueblo y de la belleza de la costa de Oregon. Su jardín florecía con camelias y jazmines, y los sauces se llenaban de colorido. El pueblo entero era bonito y delicado, y los habitantes eran amables y dispuestos a ayudar. Era un pueblo lleno de gente como Angela Pondergrove.

Había llevado a Belle dos veces a la playa, que estaba a unos pasos de la casa. El océano era increíble, enorme y misterioso. A Belle le encantaba la arena, y aunque el tiempo no invitaba a nadar, la niña siempre conseguía empaparse antes de volver a casa.

A Abby le había preocupado la posible falta de una buena tienda de telas en el pueblo, pero había dos, y ambas tenían una buena selección. Había comprado unos cuantos metros de tela de cuadros rojos para alegrar la cocina, y ya había confeccionado un mantel y unas cortinas.

También había comprado seda de color marfil, delicada y brillante como las alas de una mariposa. Había empezado a confeccionar el patrón para el vestido de la señora Pondergrove. A Abby le encantaba coser desde que era niña, y de mayor había ganado dinero confeccionando trajes para compañías de teatro y danza.

Pero nada podía compararse a aquel vestido; cuando trabajaba en él, se concentraba tanto que el tiempo se le pasaba en un suspiro.

Pasada la una del mediodía, entraron en la cocina para comer. Si Shane había

estado allí, no había señales de ello. Todo estaba limpio.

Abrió la nevera y vio que el paquete de mortadela estaba casi vacío. Percibió un olor sutil pero poderoso; era el aroma de un hombre salvaje y violento.

Pensó que sería buena idea añadir una norma a la lista: «no olerás tan bien».

Se rio de su propia tontería y preparó una comida rápida. Después acostó a Belle para la siesta y sacó el trabajo que había planeado para aquel día. A los pocos minutos, Belle estaba roncando y la máquina de coser estaba en marcha.

Sin darse cuenta de lo que hacía, comenzó a cantar. En su mente podía ver la estilizada espalda de la novia mientras caminaba hacia el altar, y al fondo estaba el novio: era Shane McCall; sus ojos brillaban con una luz amorosa y una tierna sonrisa sustituía aquel eterno fruncir el ceño. De repente, sin previo aviso, la aguja de la máquina de coser se rompió y la bombilla de la máquina se apagó. Abby retiró bruscamente la mano de la tela y la miró furiosa, como si fuese responsable del ridículo sueño que acababa de tener.

Lo oyó en el piso de arriba, maldiciendo; intentó encender la máquina de nuevo sin éxito, pero había sido un corte de luz, y no una avería.

Un momento después se encontró con Shane en el pasillo; llevaba una linterna y fruncía el ceño como de costumbre, ¡como si fuese culpa suya que se hubiese ido la luz!

Él la había evitado con tanto cuidado los últimos días que ella casi se había olvidado del impacto que le causaba. Por supuesto, llevaba pantalones cortos, una camiseta gris y una sudadera gris a juego.

Abby vio sus largas piernas, sus prominentes músculos en los muslos y las pantorrillas. El cardenal de la espinilla casi había desaparecido y la rodilla no estaba tan hinchada.

Sus ojos reflejaban la misma luz, tranquila e impenetrable.

—¿Va todo bien? Parecías disgustado —dijo Abby.

—Tú cantas y yo grito —contestó él.

—¿Me oyes cantar? —preguntó avergonzada.

—No siempre, suelo tener música puesta.

—¿De verdad? Nunca la oigo, por eso pensé que tú no me podías oír.

—Utilizo cascos.

—Vaya, ¿es una indirecta? ¿Qué música escuchas?

—Estoy probando con la música clásica.

—¿Probando?

—Intento ir de acuerdo con mi edad.

—Te gustaría escuchar a Pachelbel. Es mi favorito, y es bueno para el mal humor.

—No tengo mal humor —dijo él, y Abby enarcó una ceja—. Lo que pasa es que he perdido todo el trabajo de esta mañana.

—¿No lo grabas? —preguntó Abby.

—Claro, pero solo cuando me acuerdo, que es cuando termino de trabajar. A estas

alturas debería haber aprendido, pues la instalación eléctrica de esta casa es muy vieja.

A Abby no le gustó aquello, ¿cómo iba a costear una reparación tan importante?

—Supongo que ha sido un fusible —dijo él—. ¿Te enseño dónde está la caja en el sótano?

Abby abrió la puerta del sótano en una ocasión, y había decidido no bajar pues parecía húmedo y oscuro. Solo había una cosa en el mundo que la asustaba: sentía fobia por las arañas, y el sótano tenía aspecto de estar plagado de ellas.

—Creo que no bajaré —dijo ella. Shane cruzó los brazos y separó las piernas.

—Claro que bajarás.

—¿Disculpa?

—Mira, no estaré aquí mucho tiempo más, mañana voy a entrevistar a posibles inquilinos para mi apartamento, así que tienes que saber dónde está la caja de fusibles, la caldera y las ventanas contra las tormentas.

—Ya —dijo ella en voz baja.

Se había convencido a sí misma de que él se quedaría, pues había estado mirando el periódico todos los días y no veía muchas posibilidades de que encontrara un alquiler.

—¿Ya has encontrado algo?

—Tengo algunos sitios señalados para ir a mirarlos —dijo él vagamente.

—No tienes por qué buscarme un inquilino. Puedo hacerlo yo misma —dijo ella.

—Abby, este pueblo está lleno de trabajadores de la construcción. No creo que quieras exponer a Belle a todo eso. Tacos...

—Como si no hubiese escuchado nada de eso últimamente.

A Shane le subieron los colores por el cuello.

—Estoy acostumbrado a vivir solo, digo palabras feas cuando me siento mal.

—¡Eso debe ser muy a menudo!

—Pues sí.

—¿Y eso por qué?

—Tengo la espinilla del color de una ciruela, la uña del dedo a punto de caerse y la rodilla como si me hubiesen golpeado con un bate de béisbol. Estoy acostumbrado a descargar energía saliendo a correr, y no he salido en casi una semana.

Abby sabía que estaba evitando contestar a la pregunta.

—¿Por qué necesitas descargar energía? —preguntó ella suavemente.

—Porque si no lo hago, me siento mal —contestó él en el mismo tono.

—Lo que quiero decir es ¿de dónde viene esa energía?

—Sé lo que quieres decir.

Shane tenía los ojos fijos en la cara de Abby, como si realmente estuviese pensando en contarle algo, pero finalmente se encogió de hombros.

—Siento que es mi responsabilidad encontrarte un buen inquilino. No quiero que viva aquí un tipo que organice fiestas salvajes y te mire el ombligo descaradamente.

—¿El qué?

—¿Es que no tienes camisetas largas?

—¿No tienes tú pantalones largos? —dijo ella. Por un momento, un sentimiento salvaje flotó entre ellos.

—Vamos a ver el sótano —dijo él.

Abby dudó, pero él ya se había puesto en marcha.

—¡Vamos! —dijo.

No quería contarle lo mucho que la asustaban las arañas.

—Tú primero —dijo él.

—Ni lo sueñes —dijo ella. Shane era lo suficientemente alto como para arrastrar unas cuantas telas de araña, así que se refugió tras su espalda y fijó los ojos en algún punto entre sus omóplatos.

El lugar era horroroso; se notaba por el olor. No apartó la mirada de su espalda; siguiéndolo como una sombra a través del sótano.

—Esta es la caja de los fusibles —dijo él iluminándola con la linterna.

—Esta no es la primera vez que bajas aquí, ¿verdad?

Shane se rio con ganas.

—Tienes que prepararte para bajar aquí unas cuantas veces al mes.

Abby contuvo un escalofrío y miró a su alrededor con cautela. No estaba tan mal: paredes de cemento, unas cuantas estanterías vacías; nada que no pudiese controlar.

—¿Alguna vez habías visto una caja de fusibles como esta?

—Sí —dijo ella observando las paredes con más valentía.

—No puedes verla si estás detrás de mí.

Abby se asomó un poco y miró la caja obedientemente.

—Es bastante nueva para esta casa, quizás tenga solo unos veinticinco años.

—No está mal —murmuró ella.

Iluminada por la linterna, había una telaraña justo encima de la caja. De soslayo, Abby vio que las vigas que cruzaban el techo también estaban cubiertas de telarañas.

—Verás que todos los fusibles de la casa están etiquetados —dijo Shane—, la habitación de arriba, el cuarto de baño. ¿Ves este fusible que ha saltado?

La telaraña se movió. Corriendo por un hilo invisible apareció la araña más grande que había visto en su vida: gris, con la cabeza pequeña, un enorme cuerpo abultado y patas peludas.

Abby se arrojó sobre Shane y gritó.

—¿Qué demonios ocurre?

Al mismo tiempo que lo decía Shane la apretó contra él, y ella pudo sentir la fuerza de sus brazos y escuchar el fuerte latir de su corazón.

Abby empezó a temblar.

—Lo siento. Tengo miedo de...

Humillada, empezó a llorar cuando intentó contarle la vergonzosa verdad.

—Shhh —susurró él con suavidad. Le levantó la cabeza y la miró a los ojos.

Abby nunca había visto aquella expresión en sus ojos. Había en ella algo más que preocupación: cariño.

Era la misma expresión con la que se lo había imaginado mientras ella caminaba hacia el altar con un vestido de seda color marfil.

Aquel pensamiento la calmó, y su respiración se hizo más sosegada. Se dio cuenta de que olía maravillosamente; el mismo aroma que había notado en la cocina la envolvía en aquel momento. Un olor salvaje, como el de un bosque después de la tormenta.

Y ella se sentía maravillosamente también. Segura, femenina; pequeña en contraste con él, suave en contraste con su dureza, con sus femeninas curvas encajando a la perfección en el cuerpo de él.

—No pasa nada —dijo él apartando los ojos de su cara y mirando a su alrededor—. No dejaré que nada te haga daño. Vamos arriba, buena chica. Respira hondo.

Abby respiró hondo y se dio cuenta de que estaba tan pegada a él que ni una hoja de papel habría pasado entre ellos. Con resignación, dio un paso hacia atrás.

La araña cayó y ella sintió que él la sujetaba del hombro. El mundo le daba vueltas y su visión se teñía de rojo. Los brazos y las piernas se le quedaron sin fuerza.

«No te desmayes», se dijo a sí misma, y el mundo se oscureció.

Cayó contra él como un saco de harina. Su cuerpo no fue más que un peso muerto y él apretó los brazos a su alrededor.

Su primera reacción fue pensar que se trataba de un truco sacado del libro para cazar hombres, pero la cabeza de Abby se inclinó hacia un lado, se le entreabrieron los labios y su cara se puso pálida.

Shane la tomó en brazos y notó que prácticamente no pesaba. Olvidándose de la rodilla hinchada subió las escaleras y la echó sobre el sofá. Tomó su pulso y vio que era normal.

Entró en el apartamento de ella y fue al cuarto de baño. Se fijó de pasada en lo recogido que estaba todo, en la cesta de los juguetes, las flores, los dibujos en las paredes. Había creado un entorno alegre.

Humedeció una toalla en el lavabo e intentó no fijarse en la hilera de sujetadores de encaje que colgaba de la bañera.

Cuando volvió, se sentó junto a ella en el sofá y le colocó la toalla sobre la frente.

Abby parpadeó y abrió los ojos; lo miró aturdida y después cerró los ojos y se quejó.

—Por favor, dime que no me he desmayado.

—Pues entonces es que has tenido un ataque al corazón, así que no creo que desmayarse sea tan malo.

—No soy de las que se desmayan —dijo ella furiosa—. En serio.

—Me has convencido.

—Es que siento fobia de las arañas, no sé por qué. Lo odio, es de tontos y débiles.

Shane empezó a pensar en cómo se apañaría para arreglar los fusibles cuando él

no estuviese allí. Las posibles inquilinas con las que hablaría al día siguiente eran todas mujeres, aun así, habría alguna sin miedo a las arañas, que supiese cómo arreglar fusibles y a la que tampoco le asustase darle golpes a la caldera, igual de vieja que la instalación eléctrica, con un palo que guardaba para aquel menester. La futura inquilina también tendría que ser capaz de subirse a una escalera para colocar los paneles contra las tormentas en las ventanas. Aquella era una casa en la que hacía falta un hombre.

—Me siento como una idiota —dijo Abby.

Cuando intentó incorporarse, él la empujó suavemente para que se recostara otra vez.

—No tienes que demostrar nada. Échate un rato —dijo, y vio que necesitaba un hombre. Incluso tenía un libro secreto que lo probaba. Pero probablemente ella jamás lo admitiría.

—No intento probar nada —dijo ella echándose regañadientes.

Un rato más tarde, cuando la dejó a solas, Shane se sentía más preocupado de lo que había estado en mucho tiempo. Abby había demostrado ser independiente y muy competente. Trabajaba duro todo el día y parte de la noche, y siempre estaba de buen humor a pesar de todo lo que su hija la exigía. Pero el asunto de las arañas le descubrió una fragilidad oculta.

No es que necesitase alguien que la cuidara. Abby se habría sentido ofendida ante aquella sugerencia, y él se daba cuenta de que no era exactamente eso. Era algo distinto.

Necesitaba alguien con quien compartir la carga, y Shane sabía que podría entrevistar a miles de posibles inquilinos y no encontrar a nadie que encajase, porque ella no necesitaba un inquilino.

Necesitaba un compañero.

Gracias a Dios que no sería él, que ya había fallado por completo en lo que se refería a ser el compañero perfecto.

Capítulo 6

—¿Cuándo estará libre el apartamento? ¿Puedo verlo?

Abby no se atrevía a mirar a Shane, y tampoco quería que resultase demasiado obvio que observaba cuidadosamente a la posible inquilina que estaba sentada frente a ellos. Ambos llevaban una semana entrevistando a gente durante la hora de la siesta de Belle.

Lola estaba rapada y tenía un mechón morado en el centro de la cabeza. Llevaba tres pendientes en el labio inferior y unos cuantos más en las orejas. El que le atravesaba la ceja parecía el más doloroso.

—¿Os he dicho que tengo un animal de compañía? —preguntó Lola al ver que nadie contestaba.

—No, no dijiste nada sobre eso cuando hablé contigo por teléfono —dijo Shane con la voz tranquila pero con una pequeña nota de alarma en ella que Lola pareció no notar.

—No es un gato o un perro, ni nada que huela o deje pelos por todas partes. Es una iguana y se llama *Iggy*.

Abby contuvo la risa y Shane la miró furioso.

—No permitimos ni perros ni gatos —dijo con firmeza—, ni reptiles.

—Vaya fastidio —dijo Lola.

—Sí, bueno, a veces la vida es así.

Lola recogió su bolso, se puso de pie y los miró furiosa a los dos.

—Creo que me estáis discriminando por mi edad. Utilizáis a *Iggy* como excusa, y estoy segura de que legalmente ni siquiera se le puede calificar de animal de compañía. A lo mejor os denuncio.

—Verás —dijo Shane poniéndose de pie y asumiendo la pose de policía—, es por la iguana. Compartiríais el pasillo de entrada y la cocina, y Abby tiene un bebé.

—¡Un bebé! —dijo Lola horrorizada—. No los soporto. Gracias por hacerme perder el tiempo —añadió y salió de la cocina.

Abby se contuvo hasta que oyó el portazo y después soltó una risita nerviosa.

—No lo hagas —le avisó Shane.

Se mordió el labio, pero le temblaban los hombros, así que se dio por vencida, agachó la cabeza y se rio hasta que no pudo más; de repente se dio cuenta de que Shane también se reía.

—Cuando dijo que fumaba marihuana por razones de salud pensé que la ibas a arrestar.

—No tengo jurisdicción en Oregon —dijo él, lúgubre—. De todos modos, tenía la esperanza de que podrías vivir con eso si hubiese sabido lo que era un fusible.

—Y ella pensó que era...

—Que era una especie de bong.

—Ni siquiera sé muy bien lo que es eso —dijo Abby—. ¿Tú lo sabes?

—Sí, después de diez años haciendo respetar la ley. Es un artilugio para las drogas.

La severa mirada de Shane desapareció al darse cuenta de lo estafalario de aquel encuentro y empezó a reírse de nuevo. Su risa era pura, maravillosa, como una luz saliendo de algún lugar oscuro.

—Y ella era la mejor de las candidatas que hemos entrevistado esta semana — consiguió decir entre risas—. ¿Cuántas han venido?

—Dieciséis —dijo Abby—. Pero no era la mejor, podrías haber vivido con la señora que tosía tanto.

—¡Podría ser contagioso! Piensa en Belle.

—La mujer con el bastón parecía agradable.

—¿Y cómo iba a colocar los paneles contra las tormentas del segundo piso?

—¡Yo puedo hacer eso!

—Por encima de mi cadáver.

—Podría contratar a alguien.

—Pero no ibas a hacerlo.

—Shane —dijo ella—, estoy bien con las cosas tal como están. ¿Tú no? ¿Dónde vas a vivir si te marchas de aquí? ¿En una casa llena de gente como la que se acaba de ir? Hay cosas peores que Belle y yo.

—Belle y tú no me disgustáis —dijo él suavemente—, no quería que tuvieses esa impresión.

—Pues me evitas como si fuese una plaga excepto cuando estamos entrevistando a futuros inquilinos.

A aquellas alturas ella ya sabía que iba ser imposible encontrar el inquilino adecuado, sobre todo desde que solo entrevistaban a señoras mayores, aunque alguna jovencita se les colara por la puerta de vez en cuando, y de que nunca encontraría a nadie como él. Y de lo vacía que resultaría su vida sin tenerlo arriba y sin su paquete de mortadela en la nevera.

—Abby, el que yo te evite no tiene nada que ver contigo.

—¿Entonces con qué?

Shane apartó la vista. La risa se había esfumado de la habitación como un arco iris del cielo.

—Es por mí.

Abby esperó. Sabía que los primeros hilos de una relación se habían ido entretejiendo a lo largo de los últimos días, mientras entrevistaban a gente. Algo muy frágil aún.

Esperó aguantando la respiración.

—Abby, cuando Stacy murió... —la voz le falló—. No quiero tener a gente alrededor. No quiero volver a sentir nada.

Ella lo miró fijamente, su propio corazón se rompía al ver la expresión de su cara; aquellas duras facciones también eran vulnerables.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó.

—Dos años. No me digas que tengo que superarlo, no quiero.

—Te has impuesto una vida solitaria, Shane.

—Supongo que sí.

—¿Y si te prometo no provocarte ningún sentimiento?

—No puedes prometerme algo así.

—¿Por qué no?

—Porque ya estoy sintiendo todo tipo de cosas.

—¿Como qué? —preguntó ella haciendo acopio de coraje.

—Como esto —dijo levantándose de la silla y acercándose.

Cuando se inclinó sobre ella, Abby supo lo que se avecinaba, pero fue incapaz de apartarse.

Lo quería con toda su alma.

Los labios de Shane tocaron los suyos.

Y todos los lugares oscuros de Abby, las heridas provocadas por un amor traicionado, se inundaron de luz.

Solo había besado con franqueza a un hombre en su vida, pero su alma reconoció la diferencia. Ty había tomado lo que quería, sus besos fueron hambrientos, para saciar su propia necesidad. Pero en aquel momento, cuando sus labios tocaron los de Shane, sintió algo totalmente distinto. Era como si hubiese estado atada con cadenas y de repente fuese libre, volando por encima de las duras pruebas y las inseguridades de ser humana. Aquello era lo que todas las mujeres soñaban y anhelaban secretamente.

Abby le rodeó el cuello con los brazos y dejó que profundizara el beso. Sintió la fuerza de sus brazos y la pasión de su alma cuando, con una queja de rendición y desesperación, él la atrajo hacia sí.

Pero Shane se apartó de repente, dejándola sin aliento y con una mirada de deseo que no pudo ocultar.

—Lo siento —dijo él apartando la mirada y pasándose una mano por el pelo.

—¿Lo sientes? —susurró Abby. Ella no lo sentía en absoluto.

—Por esto es por lo que no podemos vivir juntos.

—Ya.

Shane la miró fijamente durante largo rato, preocupado, y después se le iluminó la cara.

—¡Ya lo tengo! —dijo.

—¿Qué? —preguntó ella, aunque en realidad no quería saber cómo había resuelto lo que él consideraba un problema y lo que ella consideraba como un regalo del cielo.

—Sé dónde encontrar al inquilino perfecto.

—¿Dónde? —preguntó ella sintiendo cómo la cálida atmósfera que los rodeaba se iba enfriando.

—En una parroquia —dijo él con acento triunfal.

En aquel momento Belle se despertó de la siesta y comenzó a llorar.

—Ponla en el cochecito. La parroquia de San Jaime está a la vuelta de la esquina, así que vamos a ver si tienen un tablón de anuncios.

Abby habría querido decir que no, pero aceptó y se sintió mal consigo misma. ¿Es que estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de estar con él?

Sí. Y aquello no tenía buen aspecto.

Por su parte, Shane no podía creerse lo que acababa de ocurrir. Había besado a Abby, y sus labios eran lo más dulce que había saboreado en su vida. Se sentía como si hubiese estado caminando por un desierto, sediento y desesperado, y ella hubiese sido el oasis; sus labios eran como una dulce fruta que había saciado su sed.

Pero aquello le demostraba que estaba en lo cierto: tenía que alejarse de ella, de la tentación que suponía, así que poner un anuncio en la iglesia había sido una buena idea.

¿Por qué le había pedido a ella que lo acompañara? No era necesario. ¿Es que quería tenerla a su lado?

Sí. Razón de más para poner el anuncio cuanto antes. Abby necesitaba a alguien. Quería ser independiente, y de hecho lo era, pero su vida sería mucho más llevadera si la compartía con alguien, pues Belle daba mucho trabajo y la casa también. Pero ese alguien no podía ser él. Abby necesitaba a una persona que no estuviese destrozada; alguien enamorado de ella y no de un fantasma.

Pensó en aquello por un momento, y se dio cuenta de que no era totalmente cierto. Él había amado a su mujer mientras vivió, pero al morir la culpó de sus sentimientos confusos y de las profundas grietas que se abrieron en su voluntad. Pero sobre todo la culpó por lo que había hecho de él: un fracaso. Había fracasado cuando ella más lo necesitó; no pudo salvarla.

Abby no debía involucrarse con un hombre capaz de cometer un fallo tan grande.

Subió a su despacho y escribió: «Se busca inquilino para apartamento. Cocina compartida». Haciendo acopio de una buena dosis de disciplina, no añadió solo mujeres, pues consideró que si se presentaba un buen chico de la parroquia que supiese cambiar un fusible, sería adecuado para Abby, pero cuando arrancó la hoja con el anuncio, Shane sintió como si hubiese hecho trozos lo que quedaba de su corazón.

Cuando bajó por las escaleras se encontró con ella en el pasillo de la entrada. Abby lo miró y sonrió, pero en sus ojos había cautela. Belle, sin embargo, no actuó con cautela. Se alegró de verlo y se puso de pie en el cochecito. ¿Por qué era él tan importante para la niña?

—¿Me llevas? —dijo Belle alargando los brazos hacia él.

—Belle, siéntate o te caerás —dijo Abby.

—No, quiero que me lleve —replicó Belle ignorando a su madre.

Shane se sintió indefenso ante la niña, así que se acercó y la tomó en brazos.

—No necesitamos el cochecito, yo la llevo —dijo.

Belle echó los brazos alrededor del cuello de Shane y le dio un beso en la mejilla. Aquel día lo habían besado más veces que en los dos últimos años.

—¿Estás seguro? Pesa más de lo que parece —dijo Abby.

—Sí.

Abby salió por la puerta y él le indicó el camino.

Shane pensó que debían de parecer una familia mientras iban por la calle.

—Quiero andar —dijo Belle, así que Shane la dejó en el suelo.

Se dio cuenta de que el paseo a la parroquia iba a llevar más tiempo del previsto; Belle se agachaba para inspeccionarlo todo: gusanos, palos de piruletas, hojas... Lo investigaba todo y exigía explicaciones.

Shane pensó que si Stacy estuviese viva, aquella sería su vida; su bebé tendría más o menos la misma edad, y estaría tan llena de vida y curiosidad como Belle.

Volvió a tener aquella sensación tan familiar de sentirse aplastado bajo el peso de sus propios sentimientos. Abby necesitaba un hombre que cuidase de ella sin llorar por sus propias pérdidas.

—¡Caca! No toca —gritó Belle señalando algo.

A pesar de sus amargos pensamientos, Shane sonrió.

Al llegar a la parroquia vieron que, efectivamente, en la entrada había un tablón de anuncios. Shane puso el suyo.

—¿Quieres que entremos un momento? —preguntó Abby.

—¿Para qué?

—Me gustan las iglesias; huelen bien y se respira paz en su interior. Desde niña he entrado en ellas a pedir a Dios que cuide de mi verdadera madre, donde quiera que esté. Quizás allí arriba, con él, cuidando de mí.

Sus palabras le recordaron que no era el único que había sufrido alguna pérdida, así que la siguió hasta la entrada esperando que estuviese cerrada, pero no era así.

En cuanto entraron Shane se dio cuenta de que aquello había sido un error, pues él no era de los que van a la iglesia; en los últimos años solo había estado en una en dos ocasiones: para casarse y para enterrar a su mujer.

Cuando Abby tomó a Belle de la mano y se encaminó hacia el altar, él dudó y se sentó en un banco para esperarla. Abby tenía razón: el silencio y el olor allí dentro lo hacían un lugar lleno de paz.

Quizás demasiada, ya que empezó a dar cabezadas; eran ya muchas noches oyendo a Abby cantándole a Belle. No quería ni pensar lo que el recuerdo de sus labios iba a hacer con sus horas de sueño a partir de entonces.

Soñó con Stacy. Estaba maravillosa: llevaba el pelo moreno suelto y un largo vestido blanco. Se sintió feliz al verla, pero ella no parecía contenta de verlo a él. Tenía los brazos en jarras, en una posición que él recordaba muy bien, ya que en alguna ocasión la había adoptado. Por ejemplo, cuando, recién casados, él fue a

tomarse unas copas con unos compañeros después de una dura guardia y olvidó llamarla.

—Eres un idiota —le estaba diciendo Stacy.

Él quería hablarle, pero sentía la lengua pesada como el plomo dentro de la boca. Ella lo miraba furiosa.

—Shane, estoy harta de verte así. Tan lleno de autocompasión, tan pendiente de ti mismo.

Él quería protestar pero no podía abrir la boca.

—Esa mujer está sola en este pueblo, no conoce a nadie y sus hermanas aún no han llegado. Pasa todo el día ocupada con el bebé, y eso es más duro de lo que parece porque no todo es besos y abrazos. Y tú ni siquiera eres capaz de ser su amigo, ¿qué pasa?

Había olvidado aquella faceta de Stacy, la que le había cambiado profundamente y había hecho de él un buen policía y un buen hombre.

La dura mirada de Stacy se suavizó y se acercó a él, con el vestido como flotando a su alrededor.

—Este no es el Shane McCall que yo amaba; él siempre trataba de hacer lo correcto.

Se dio la vuelta y se alejó, echándose el pelo hacia atrás. Después volvió, se acercó a él y lo sacudió por los hombros.

—Despierta —dijo.

Shane vio a Abby mirándolo y sonriendo irónicamente.

—Ya podemos irnos —susurró ella.

—Debo haberme dormido —dijo él poniéndose de pie. Se sentía aturdido y desorientado—. Lo siento.

—No tienes que disculparte.

—Perdona, no estaba hablando contigo.

Ella lo miró confusa, y él sacudió la cabeza para apartar las imágenes que seguían presentes en su mente.

Shane se agachó, tomó a Belle en brazos y los tres salieron afuera.

—Ya te dije que era un sitio relajante —dijo Abby sonriendo, una vez que estuvieron fuera—. Pero no sabía que lo iba a ser tanto.

—Sí —dijo él—. Lo que ocurre es que a veces me duermo durante el día porque no siempre descanso bien por las noches.

—¿Desde que llegué yo? —preguntó ella preocupada.

—No.

—¿Desde que murió tu mujer?

—Sí.

—Os amabais, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo murió?

—Se cayó por unas escaleras. Yo no estaba en casa —contestó él, recordando que debería haber estado en casa aquel día, pero lo habían llamado del trabajo—. Estaba embarazada de ocho meses.

Los ojos de Abby se llenaron de lágrimas y le tocó el brazo. No dijo nada, y él se lo agradeció.

Se aclaró la garganta y recordó las palabras de Stacy en su sueño: «Haz lo correcto».

—¿Has conocido a alguien aquí? —preguntó a su vez.

—No salgo mucho. No es fácil teniendo la niña.

—¿Y no has conocido a ninguna madre en el parque?

Ella apartó rápidamente la mirada de él, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que le brillaban los ojos.

—Conozco a la señora Pondergrove —dijo ella—. Y mi hermana, Brittany llegará a final de mes. Hablé con ella por teléfono la otra noche y resulta que también tiene pánico a las arañas.

—¿Bromeas?

—No te imaginas cómo me sentí al oír aquello.

Shane podía adivinarlo por el cálido brillo que había en sus ojos.

—Hay cosas peores en la vida que las arañas —le dijo él.

—¡Dime una!

—Conocí a un policía al que lo asustaban las agujas. Era un hombre muy alto y fuerte. En una ocasión nos llamaron del hospital para que fuésemos los dos a donar sangre; él se desmayó en cuanto le clavaron la aguja en el brazo.

—¿De verdad? —dijo ella encantada al confirmar que no era un bicho raro.

—Sí. Las fobias no son defectos del carácter —dijo él—. Aquel hombre era una de las personas más valientes con las que he trabajado.

—Gracias, Shane.

—No soy tan idiota.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Quién ha dicho que lo seas?

—Alguien que reconoce a un idiota cuando lo ve —dijo suspirando—. ¿Quieres que vayamos a comer algo?

La cara de Abby se iluminó.

—Me parece una excelente idea —contestó.

Mientras paseaban juntos, con Belle encantada sobre los hombros de Shane, Abby se permitió sentirse contenta.

Aquella podía haber sido su vida si se hubiese quedado con Ty: la mamá, el papá y el bebé paseando juntos, algo que envidiaba tanto...

Pero no se había hecho ilusiones respecto a la posibilidad de que Ty encajara en

aquella imagen.

—La monogamia no es lo mío —le había dicho cuando lo encontró con aquella mujer—. Y si algún hombre te dice lo contrario, está mintiendo.

Ante aquel recuerdo sintió que se apartaba del hombre que iba a su lado, pero al momento se rehízo y se relajó: ¿por qué no iba a tranquilizarse, si no mantenía una relación de pareja con Shane McCall?

¿Podían un hombre y una mujer, como en el caso de ellos, ser solo amigos? Ty se habría reído ante aquella idea.

Pero, ¿qué había de malo en disfrutar del momento? Aunque todo se estropease al analizar la situación a largo plazo, ¿por qué no disfrutar de lo maravilloso de aquel instante?

Fueron a una pequeña cafetería cerca de la playa. Como aún hacía frío para sentarse afuera pasaron al interior.

Pidieron sándwiches para ellos y un perrito caliente para Belle, lo cual fue un error. Sacó la salchicha del pan, le dio un mordisco y la tiró al suelo. Después aplastó el pan entre los dedos y se cubrió la cara de ketchup y mostaza. Cuando aplastó el pan por completo, Belle se lo comió satisfecha.

—¡Qué rico! —dijo.

Shane se echó a reír de buena gana. Era la segunda vez que Abby lo veía reír y pensó que aquel sonido y la forma en que le quitaba años de la cara y los ojos, era algo que le gustaba oír.

Después de comer, Shane compró una cometa en una tienda de regalos junto a la playa.

Corriendo por la playa y riendo, al mirar la cometa volar, Abby no estaba segura de haberse sentido alguna vez tan libre, tan bien y tan viva.

Más tarde, cuando volvían cansados a casa y con Belle casi dormida en los brazos de Shane, Abby sintió la mano de él descansar sobre su hombro por un momento.

Al detenerse en el pasillo de entrada, Shane le tendió a la niña dormida y la miró fijamente. Por un momento, Abby pensó que la iba a besar otra vez, pero no lo hizo.

Sonrió, movió la cabeza y subió a su apartamento.

Capítulo 7

Estaban las dos en el jardín. Shane miraba por su ventana, y al principio le resultó divertido mirarlas.

Abby hincaba una pala en la hierba con determinación, y en vista de que no conseguía nada saltó sobre ella con los dos pies. La pala se introdujo solo un centímetro, así que volvió a saltar sobre ella varias veces. Shane no estaba seguro de lo que estaba haciendo, pero fuera lo que fuese la llevaría algún tiempo. En cuanto a Belle, tenía su propia pala de juguete, y se había sentado junto a un montón de tierra para cavar un agujero. Se le daba mejor que a su madre.

Abby se quitó la cazadora y se pasó el brazo por la frente. Llevaba vaqueros, una camisa de hombre encima de la camiseta y la gorra de béisbol del revés. Parecía el adolescente por el que la había tomado la primera noche. Abby volvió a saltar sobre la pala y Shane deseó que no se lastimara. Movi6 la cabeza y volvió a su ordenador.

Mir6 la pantalla fijamente, reley6 las tres frases que haba escrito aquella ma6ana y volvió a acercarse a la ventana. Abby haba conseguido remover un poco de tierra e intentaba arrancarla con las manos. No debera agacharse de aquella manera; o quiz6 era 6l quien no debera estar mir6ndola cuando adoptaba aquella postura.

Volvi6 al ordenador, escribi6 la siguiente lnea del cap6tulo y grab6. Despu6s baj6 por las escaleras y sali6 afuera.

—¿Necesitas ayuda? —pregunt6 a Abby.

—No —dijo ella con la respiraci6n entrecortada. Estaba encima de la pala.

—¿Qu6 est6s haciendo?

—Quiero ampliar la jardinera —dijo baj6ndose de la pala—, pero la hierba me estorba.

—Yo podr6 quitarla en diez minutos.

—No te preocupes, yo lo har6.

Shane vio que haba marcado una lnea sobre la hierba con algo que se parec6a mucho a la harina. Abby volvi6 a saltar sobre la pala.

—Te vas a hacer da6o —dijo 6l.

—No... ¡Belle, no te comas eso! —dijo soltando la pala y corriendo hacia su hija, que estaba a punto de meterse en la boca un gusano.

Shane recog6 la pala y empez6 a cavar. Su rodilla parec6a estar completamente curada. Al cabo de diez minutos haba sacado toda la tierra.

—No puedo creer que lo hayas hecho tan r6pido —dijo ella un poco abatida—. Me hace sentir una in6til.

—Estoy seguro de que hay muchas cosas que haces mejor que yo —dijo 6l.

—¿Por ejemplo?

—La cocina huele muy bien cuando has estado t6.

—Tambi6n huele bien despu6s de estar t6 —dijo ella.

—¿Te gusta el olor a sardinas? —pregunt6 6l.

Abby se sonrojó y se dio la vuelta.

—¿Qué te parece si a cambio de que hayas cavado la jardinera hago yo la comida hoy? —le preguntó ella.

Shane pensó que no debía aceptar, que no podían empezar a compartir la cocina, pero no fue lo que contestó.

—De acuerdo. ¿Quieres que cave algo más mientras estoy aquí? —dijo él, pero en seguida se arrepintió porque le pidió que cavara la mitad del patio: un pequeño huerto por aquí, unas hierbas aromáticas por allá, un camino en medio...

—No —dijo ella, súbitamente avergonzada—. De verdad que no, prefiero hacerlo yo misma.

—Haré lo que pueda hasta que esté la comida lista, después sigues tú —le propuso.

—De acuerdo —dijo ella después de pensarlo un momento—. Belle, ven conmigo, vamos a hacer la comida.

—¡No! Me quedo aquí —dijo Belle sin apartar la mirada del hoyo que estaba cavando.

—Yo cuido de ella —dijo Shane.

Abby lo miró.

—Es más difícil de lo que piensas. No debes dejar que se lleve cosas a la boca.

—Confía en mí. He protegido a mi país de gente muy mala, así que podré proteger a un bebé.

Abby se relajó y sonrió.

—Sí, supongo que sí. Os llamaré cuando la comida esté lista.

Shane asintió y comenzó a trabajar, vigilando a Belle con el rabillo del ojo. Al poco rato ya se sentía como un disco rayado, porque no había parado de gritar ¡no te comas eso! Además, de intentar comerse tierra, gusanos y piedras, Belle había hecho tres intentos de escaparse, y estallaba en carcajadas cada vez que lo obligaba a soltar la pala y salir tras ella. Finalmente, la puso delante de él.

—No te muevas —le dijo, pero se dio cuenta de que aquello era imposible. La niña no paraba de moverse, y al final Shane se dio cuenta de que lo que quería era su atención.

Así que dejó la pala y se sentó en la hierba. Al momento, Belle se acercó a él.

Quería enseñarle un gusano y una hoja que acababa de encontrar. La hoja estaba medio podrida, pero a ella la fascinaba y estuvo parlotando durante un rato. Aunque no entendió una palabra, Shane asintió y le dijo que era muy bonita. Aparentemente satisfecha, la niña volvió a su trozo de tierra y volvió a cavar cantando.

Él siguió trabajando durante otra media hora, disfrutando de la compañía de la niña y de los tesoros que le traía para que les diese el visto bueno: una piedra, un caracol, unos palos... Shane lo miraba todo cuidadosamente. Su interés no era fingido; Belle conseguía que viese las cosas de una forma totalmente nueva.

También le hizo redescubrir cosas olvidadas, por ejemplo, lo mucho que le

gustaba el olor de la tierra fresca y hacer aquel tipo de trabajo. Excavando hacía ejercicio, y entre aquello y el agradable sol de primavera, las gotas de sudor le caían por la frente. Se sentía a gusto.

En aquel momento Abby intentó abrir la ventana de la cocina, pero esta chirrió y solo pudo abrirla un par de centímetros. Otra cosa que había que arreglar.

—¡A comer! —gritó.

Shane colocó a Belle sobre sus hombros, pero antes de entrar a casa ella le obligó a dar tres vueltas al patio corriendo. Cuando entraron, Abby la tomó en brazos. En la cocina olía de maravilla a ajo y hierbas aromáticas.

—¿Hay una niña debajo de tanta suciedad? —preguntó.

—¡No! —gritó Belle encantada, protestando a continuación, cuando su madre se la llevó para lavarla.

Shane subió a su apartamento para ducharse. Cuando volvió a la cocina ellas aún no habían regresado, aunque podía oír las quejas de Belle mientras su madre la lavaba. Shane estaba un poco cansado, y no por el trabajo; le estaba resultando evidente que criar a un hijo no solo era darle besos y abrazos. Se preguntó cómo lo hacía Abby, sin tener un solo día de descanso.

El periódico estaba abierto encima de la mesa. Se acercó a ojearlo preguntándose si Abby habría estado mirando algo en particular. Estaba abierto en un anuncio a todo color de un columpio y un tobogán rojo y blanco. ¿Le gustaría comprárselo a Belle? Probablemente no tendría suficiente dinero. ¿Sería el alquiler que él pagaba su única fuente de ingresos, aparte de la menudencia que podía reportarle coser flores en los sombreros de las señoras mayores? Si era así, no suponía mucho dinero.

Cerró el periódico justo cuando Abby y Belle entraban en la cocina. Belle llevaba un jersey vaquero, y unos leotardos azules cubrían sus rollizas piernas. Abby se había quitado la gorra de béisbol y se había echado gomina en el pelo para que se quedara de punta; llevaba brillo en los labios. Las dos olían muy bien, a algo que le recordaba la primavera.

Todo le empujaba a dar un paso hacia delante mientras su mente le decía que retrocediese.

En cuanto a la comida, sabía mejor de lo que olía, lo que parecía prácticamente imposible.

—Una comida rápida —dijo Abby sonrojándose cuando él la felicitó—. Ensalada y pasta.

—¿Bromeas? Una comida rápida es mortadela y sardinas.

Ella se rio. Estaba maravillosa con aquella camisa larga, anudada a la cintura y arremangada, y con la camiseta roja debajo. El rojo la favorecía. ¿Representaría la pasión oculta bajo las obligaciones y las habilidades maternas?

Belle quería saber por qué aquellos gusanos sí se podían comer, pero los de fuera no, y debido a su limitado lenguaje necesitó prácticamente toda la comida para hacerse entender por los dos adultos. Shane podría haberse quedado allí toda la tarde

escuchando a la madre y a la hija, pero de repente recordó que tenía una cita aquella tarde. Miró el reloj: faltaban cinco minutos, y él tenía a gala no olvidar nunca sus citas.

Lo había llamado un chico joven que había visto el anuncio del apartamento en la iglesia. Shane había decidido no decirle nada a Abby, pues estaba buscando una persona totalmente distinta de la que ella imaginaba para asegurarse de que quien se instalase allí la podría ayudar con todas las cosas de la casa. Sabía que ella se indignaría ante cualquier sugerencia de que necesitaba ayuda.

—Gracias por la comida —dijo—, pero tengo que marcharme. Acabo de recordar que debo hacer algo esta tarde.

Creyó percibir un gesto de disgusto en ella.

—Gracias por ayudarme con el jardín —dijo Abby.

Shane se sentía bien. Sabía que lo que le ocurrió en la iglesia no había sido más que un sueño, pero era algo que le informaba sobre sí mismo. Una cosa era ser un ermitaño, y otra un idiota.

Abby era madre soltera y necesitaba apoyo. Solo cuidar de la niña ya resultaba agotador, sin tener en cuenta la casa, el jardín y su trabajo, así que, si podía ayudarla de vez en cuando hasta que llegara el nuevo inquilino, mejor. Trabajar con la pala le había hecho a él tanto bien como a ella, y la deliciosa comida había sido un premio añadido.

Como llegaba un poco tarde, fue en coche a la cafetería. Era la misma en la que estuvieron los tres, y las risas provocadas por Belle y su perrito caliente aún flotaban en el ambiente.

Acababan de servirle un café cuando alguien se sentó en su mesa.

—¿El señor McCall?

—Sí, soy yo.

—Soy David Hathoway.

El chico debía tener menos de veinticinco años. Era delgado, rubio, llevaba gafas con montura de plástico y tenía aspecto aseado, sano y estudioso, todo lo cual le hacía parecer un *boy-scout*.

Shane le dio la mano. El apretón lo decepcionó.

—Siéntate, David. ¿Quieres café?

—No. No tomo nada que tenga cafeína, ya que la considero una droga.

Perfecto. Eso significaba que tampoco habría marihuana para usos medicinales.

—¿Así que viste mi anuncio en el tablón de la iglesia? —le preguntó.

—Eso es. Por el momento estoy en casa del párroco debido a la escasez de viviendas en alquiler. Estoy apuntado a un curso que va a impartir sobre la Biblia.

Perfecto de nuevo. No le robaría los cereales a Belle, ni robaría el queso de la nevera.

—¿Se te da bien arreglar cosas de la casa?

—¿Por qué?

—En el apartamento de la planta de abajo vive una mujer soltera. Quiere arreglar el jardín y necesita ayuda para ello —dijo Shane.

—Me encantará ayudar. Siempre tuvimos uno en la granja.

Shane no sabía cómo decirle que quizás tendría que pelearse con Abby para quitarle la pala, así que decidió ver primero cómo era el chico y comentárselo después.

—Es una casa vieja. Los plomos saltan, cuesta abrir las ventanas y de vez en cuando hay que darle una patada a la caldera. Además, no debes consentir que ella baje al sótano —dijo.

—Se me da muy bien todo eso —dijo el chico sonriendo entusiasmado—. Nuestra granja tiene más de ciento cincuenta años, mi madre me solía llamar el señor manitas.

—¿Y cómo te llama tu novia? —preguntó Shane.

¿Qué le importaba a él si David tenía novia? Estaba entrevistando a un inquilino, no a un posible marido. Pero entonces ¿por qué se había sentido aliviado al ver que era demasiado joven para ella? Fuera como fuese, el que tuviese novia ayudaría, pues a Shane no lo agradaba que otro hombre, joven o no, se fijase en el ombligo de Abby. Y eso que él no era capaz de mantener los ojos apartados, aunque su vida dependiese de ello.

—En estos momentos no mantengo una relación. Pero si la tuviese, mi chica nunca vería mi apartamento hasta que estuviésemos casados. No me expondría a la tentación de esa manera.

—De acuerdo —dijo Shane.

Era un chico decente, a la antigua usanza. No era probable que la espiese, ni que celebrase fiestas salvajes. Tenía aspecto de ser una persona con ganas de ayudar en la casa.

—El alquiler debe pagarse a tiempo, sin ningún pretexto.

David parecía sentirse insultado.

—He estado ahorrando un año entero para esto. Y voy a buscar un trabajo de media jornada.

Aquello era suficiente. Había encontrado al inquilino perfecto. Pero, pese a todo, en el fondo se sentía mal. ¿Acaso no quería marcharse?

—Como ya he dicho, la dueña vive en el piso de abajo. Compartiréis la cocina y el pasillo de entrada. Tienes que tener cuidado con la puerta principal y debes cerrar siempre la puertecita de protección para que Belle no suba las escaleras.

—¿Belle? —preguntó David.

—La hija de la dueña.

—¿Está casada?

Shane lo miró. Sería mejor que David no pensase en la posibilidad de seducir a su casera.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me rijo por un código moral —dijo David mientras su cara se transformaba.

—Abby no está casada —dijo Shane con un tono de amenaza en la voz.

—Espero que sea viuda.

—No parece muy apropiado desearle eso a nadie.

—¿Entonces es divorciada?

—No.

El chico no se dio cuenta de la amenaza en la voz de Shane.

—Yo no puedo vivir en la misma casa con una mujer sin principios morales.

Shane sintió ganas de levantarlo y tirarlo por la ventana.

—¿De verdad? —consiguió decir con la voz helada.

David seguía sin percibir el peligro, ansioso por exponer su juicio moralista.

—No apruebo que las mujeres tengan hijos fuera del matrimonio.

—¿Realmente piensas así?

—Sí.

Shane consiguió dominar su temperamento por los pelos.

—Pues no estoy muy enterado de estas cosas, pero creo que en ese libro que has venido a estudiar se dice algo sobre quién tiene derecho a lanzar la primera piedra.

Sin decir una palabra más, se levantó, dejó sobre la mesa el dinero del café y salió de la cafetería, felicitándose por no haber acogotado al chico contra la pared.

Ya en el coche, de vuelta a la casa, se fijó en la ferretería que había calle abajo. A lo mejor era la misma que anunciaba el columpio y el tobogán, así que aparcó y entró a comprobarlo.

Unos minutos más tarde salía con una abultada caja.

Bien pensado, no había ninguna prisa por alquilar el apartamento de arriba. Tenía que encontrar primero un sitio para él mismo, y en eso podía tardar aún algún tiempo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Abby saliendo al patio.

Todas las piezas del columpio estaban extendidas sobre la hierba, y había sacado su caja de herramientas del sótano. Leyó brevemente las instrucciones, las arrugó y se frotó las manos. Era fácil montarlo.

—Nada —dijo él mientras empezaba con el marco del columpio.

Abby miró la caja.

—¿Un juego de columpio y tobogán?

—¿No está mal, verdad? —dijo él fijando uno de los palos.

—Me parece que eso va al revés —dijo ella.

Shane lo estudió, y vio que tenía razón. No quería volver a mirar las instrucciones delante de ella, así que, rápidamente, lo desmontó y lo colocó bien.

—¿Para quién es, Shane?

—Para Belle. ¿Puedes sujetar aquel extremo para poner esta parte de pie?

Abby se quedó boquiabierta.

—No deberías haberlo comprado. Es demasiado.

—¿Querías uno para la niña, no?

—Ni lo había pensado —dijo ella sorprendida.

Shane frunció el ceño y apretó una tuerca. Se había confundido. Abby estaba mirando otra cosa en aquel periódico.

—¿Crees que le gustará a Belle?

—Le encantará —admitió Abby con resignación.

—Bien —dijo Shane—. ¿Puedes buscarme la llave para apretar las tuercas?

No podía hacer caso omiso de la sensación tan especial que sentía. Hacía tanto tiempo desde la última vez que le había ocurrido, que al principio no la reconoció. Era la felicidad.

Estuvo columpiando a Belle, que gritaba de alegría, más de media hora. Y aquella noche durmió mejor de lo que había dormido durante años.

Por la mañana vio que el periódico del día anterior aún estaba sobre la mesa, y volvió a ojearlo. Un poco antes del anuncio del columpio estaba el de una compañía de teatro que representaba su obra cómica *El Gallinero* por última vez el viernes por la noche.

* * *

¿Querría verla Abby? Quizá sí, pues nunca salía.

—¿Una obra de teatro el viernes? —dijo Abby prendiendo una aguja en el alfilerero que llevaba colocado en la muñeca e intentando disimular su alegría—. ¿Yo?

—Solo tú.

—Me encanta el teatro —dijo ella. Pero inmediatamente se arrepintió.

—No puedo —añadió.

—¿Por qué no?

—No tengo a nadie que se quede con Belle —dijo ella, lo cual era cierto, aunque cualquier excusa habría valido.

—Díselo a esa señora mayor. Estoy seguro de que se quedaría con ella.

—¿La señora Pondergrove? No sé, Shane —dijo ella, y pensó que aquellas eran las palabras que más le había costado decir en su vida.

—¿Cuál es el problema? Has dicho que te encanta el teatro. ¿Desde cuándo no haces algo solo para mayores?

—Hace mucho —admitió, deseando que aquello no revelara demasiado sobre la triste soledad de su vida.

Pero la verdadera razón de su negativa era que prefería seguir con lo que estaba haciendo. Estaba trabajando en el vestido, y la seda, a pesar de ser un material difícil de coser, estaba empezando a cobrar vida, a tomar forma entre sus dedos. Y mientras trabajaba en ella, Abby cantaba canciones sobre sus sueños y sus anhelos románticos, sobre el hombre que vivía en el apartamento de arriba. Porque siempre que se sentaba a coser el vestido pensaba en él.

Lo oía y se preguntaba qué estaría haciendo, qué ropa llevaría puesta y qué aspecto tendría.

¿Estaría concentrado con el entrecejo fruncido? ¿Sacaba la lengua cuando estaba concentrado escribiendo, igual que cuando montó el columpio y el tobogán?

Sus pensamientos seguían un poco más allá y sentía un cosquilleo en el estómago al recordar el aspecto que tenía al utilizar la pala, con los músculos tensos y las gotas de sudor en la frente. También al acordarse de la forma en que se había reído cuando Belle comparó los espaguetis con los gusanos.

Mientras trabajaba en el vestido recordaba igualmente su temblorosa sensación cada vez que él estaba a su lado. Recordaba una y otra vez aquel beso, y lo revivía. Y pensaba en cómo se sentiría caminando hacia el altar mientras él la miraba y la esperaba.

Aquel vestido era como un hechizo; le hacía creer que a las personas normales como ella podían ocurrirles cosas extraordinarias.

Volver a confiar. Volver a tener esperanza. Volver a creer.

—Abby, ¿qué ocurre?

La verdad se le vino encima. Se estaba enamorando de él. Eso era lo que ocurría.

Y él actuaba como un hermano mayor que veía que necesitaba ayuda con el jardín y la acompañaba de vez en cuando. Pero ella necesitaba sus besos, sentir su respiración y notar sus firmes manos sobre su cintura, no ayuda con el columpio.

—No pasa nada. Es que no puedo ir —dijo ella—. Me gustaría avanzar un poco más con el vestido.

—¿El vestido de novia de la señora Pondergrove? ¿Puedo verlo?

—No. Da mala suerte que lo vea un hombre antes que la novia —dijo ella ajustando el mito a sus necesidades.

Abby intentó cerrar la puerta.

—¡Por favor! Ven al teatro conmigo.

Ella cerró los ojos y se dio cuenta de lo que le había costado a él pronunciar aquellas palabras. Se avergonzó de sí misma. ¿Era aquello un legado de su relación con Ty? ¿Protegerse a sí misma continuamente?

Si Shane le importaba de verdad, si era algo más que un capricho pasajero, ¿no tendría que dar sin pensar en recibir nada a cambio? Y si realmente le importaba, ¿no debería hacer lo que fuese mejor para él?

Shane había perdido todo lo que amaba: su mujer, su hijo aún no nacido y los sueños y las esperanzas para el futuro que habían compartido.

Su tristeza le había hecho dar la espalda al mundo, pero ahora estaba allí, ante su puerta, tendiendo la mano.

Recordó todo lo que habían hecho en los últimos días. Resultaba evidente que él estaba dispuesto a darse una nueva oportunidad, aunque no se diese cuenta de ello; Abby intuía que su corazón intentaba enmendarse. Y no era culpa suya que ella reaccionara como mujer al ver sus músculos, al oír su voz y cuando él la miraba.

Tampoco era culpa suya que ella se probase doce camisas distintas cada día hasta encontrar la adecuada, aparentando que si le resultaba seductora era por casualidad.

No podía decirle que no.

Dejando a un lado sus sentimientos y sus miedos personales, tenía la oportunidad de ayudar a otro ser humano.

—Shane —dijo tomando aire—, me encantaría ir.

Abrió los ojos justo a tiempo para verlo sonreír. Sintió que había hecho lo correcto.

—Bajaré a buscarte el viernes a las siete.

—De acuerdo —susurró ella, pensando ya en qué iba a ponerse.

Capítulo 8

—Vaya, vaya —dijo la señora Pondergrove poniendo los ojos como platos—, ¡que vestido tan elegante!

—¿Es demasiado atrevido? —preguntó Abby nerviosa.

Era un vestido que se había hecho hacía tiempo, en una etapa pasada de su vida. Lo había copiado de uno que había visto en una entrega de premios en la televisión. No era indecoroso, y había resultado bastante fácil de confeccionar. Llevaba tirantes, y una cintura marcada. Se había puesto un sujetador con refuerzo, pero era la parte inferior del vestido la que le daba el toque mágico; tenía dos capas, y la superior, de gasa, revoloteaba de forma seductora alrededor de sus piernas.

Por supuesto, el vestido era rojo. Un rojo profundo, como el color de la sangre, de los corazones y de las rosas.

Nunca se lo había puesto, y aunque había disfrutado mucho haciéndolo después pensó que no era el tipo de vestido que se pondría una madre, así que lo guardó en el fondo del armario.

¿Por qué lo había elegido aquella noche? Pues porque una cosa era ser altruista y otra que él la tratase como si fuese su hermana, y a eso no estaba dispuesta.

El vestido la hacía sentirse seductora y adulta; la hacía sentirse mujer.

—¿Es demasiado atrevido? —volvió a preguntar. ¿Qué iba a hacer si Shane respondía al mensaje de seducción que desprendía el vestido?

—No —dijo la señora Pondergrove—. Es perfecto. Yo tuve un vestido parecido, de color azul eléctrico. Me lo ponía para ir a bailar con Alf.

—¿El señor Pondergrove? —preguntó Abby.

—Sí. El mejor hombre que Dios ha creado. Pasamos muchos años maravillosos juntos, pero ahora ya no está.

—Lo siento. ¿Hace mucho?

—Hace ya varios años, pero no lo sientas. Cuando veo cómo marchan muchas relaciones, me siento privilegiada por haber conocido la alegría de amar a un hombre como yo amé a Alf; es algo que me gustaría que todo el mundo conociese. No hay nada como compartir una maravillosa relación de amistad y amor con tu marido —dijo la señora Pondergrove con nostalgia.

Así que existe, pensó Abby. No eran solo cosas de las poesías y las novelas, sino algo que la gente experimentaba. Un amor que sobrevivía a los años, que crecía y se hacía más y más fuerte.

—¿Volverá a casarse alguna vez? —preguntó Abby.

—No lo creo —dijo la señora Pondergrove—. Jordan Hamilton cree que sí, pero es ridículo pensar que a mi edad nos podemos enamorar.

—¿Por qué no? —dijo Abby. Le gustaba la idea de que alguien cortejara a la señora Pondergrove—. Jordan Hamilton es atractivo y muy distinguido.

—Tonterías —dijo la señora Pondergrove sonrojándose—. El rojo te sienta bien,

es un color muy pasional.

—No es el sentimiento que quiero transmitir.

—Querida, si no lo es, entonces algo marcha mal. Quizás debas considerar la posibilidad de hacer vida religiosa, de ser monja.

Abby se rio.

—No sé si Belle encajaría en un convento.

—El señor McCall no solo es atractivo —continuó la señora Pondergrove—, es también un hombre decente, no un mujeriego.

—¿Cómo sabe que tengo una cita con él? —preguntó Abby.

—Es solo una suposición, querida. Tendría que haber estado un poco más ciega la última vez que estuve aquí para no darme cuenta de la química que hay entre los dos.

—¿Se ha dado usted cuenta? —gritó Abby.

—Siempre me he sentido orgullosa de poder ver lo que otros no pueden. A Jordan no le parece bien, porque dice que es entrometerse en la vida de los demás.

—¿Cómo sabe que Shane no es un mujeriego? —preguntó Abby. Quería confiar en las palabras de la señora Pondergrove.

—Lo supe cuando lo vi. Como ya te he dicho, me doy cuenta de esas cosas.

Abby deseó tener algo más sólido en lo que apoyarse.

—¡Cómo me gustaría ver las cosas con tanta claridad! —exclamó.

—Pregúntale a tu corazón —dijo la señora Pondergrove.

—Ya lo hice una vez y me equivoqué —contestó Abby.

—Querida, estoy segura de que no lo hiciste, porque el corazón nunca se equivoca.

—Pues el mío sí.

—Algo fallaría —insistió la señora Pondergrove—, pero no tu corazón. Quizás fue tu ego quien escogió al hombre del que estás hablando; un hombre atractivo, del que hablaban todas las chicas. A lo mejor pensaste que tu autoestima aumentaría si él te amaba.

—¡Santo cielo! —exclamó Abby dándose cuenta de que aquello era cierto.

—Aquí está. Hola, señor McCall.

Abby se dio la vuelta. Había olvidado cerrar la puerta de su apartamento cuando entró la señora Pondergrove y Shane estaba apoyado en el marco.

—Hola, señora Pondergrove. ¿Qué tal, Abby?

Abby se quedó boquiabierta, aquel no era el mismo hombre que se paseaba por la casa en pantalón corto y camiseta. Se había puesto unos elegantes pantalones negros, camisa blanca, corbata de seda y una chaqueta negra a juego con los pantalones.

Nunca lo había imaginado bien vestido para salir, pero ahora que veía su aspecto sintió una punzada de miedo, pues estaba segura de que todas las mujeres reaccionarían como ella: con el corazón acelerado, sudor en las manos y una pequeña esperanza en el fondo del corazón.

La pregunta era ¿cómo reaccionaría él a ellas?

Shane la miró y enarcó una ceja.

—Estás estupenda —dijo con una ligera carraspera en la voz.

Abby había conseguido la reacción que quería, solo que ahora no sabía qué hacer. No sabía cómo utilizarla en beneficio suyo y ser la única mujer a la que él encontrase atractiva.

—Gracias —le contestó—. Señora Pondergrove, si Belle se despierta seguramente será porque quiere el chupete.

—No te preocupes más por ella —contestó la mujer.

Shane tomó la mano de Abby y salieron por la puerta.

—Estás muy guapa —dijo él.

—Tú también —contestó ella.

Echó un vistazo a los tacones que llevaba puestos y la llevó hacia el coche.

—Esta noche no iremos andando —dijo Shane.

Abby quiso protestar porque hacía una noche estupenda para pasear, con una ligera brisa marina. Además, eso le permitiría disfrutar un poco más del hecho de ir los dos agarrados de la mano.

Pero los zapatos la traicionaban. Estaba pagando un alto precio por ser un poco más alta de lo que Dios la había hecho.

Shane le abrió la puerta, algo que Ty nunca había hecho.

El coche era alto, y tuvo problemas con el vestido para entrar en él. Se sintió ridícula; no era la misma persona de unas pocas horas antes.

—No pareces la misma persona que le sacaba los gusanos de la boca a Belle hace unos días —bromeó Shane.

A Abby el comentario le pareció gracioso, y se relajó. Había sabido exactamente qué decir para hacerla sentirse bien.

—Tú tampoco pareces el mismo hombre que estaba con la pala en la mano. De hecho, creo que es la primera vez que te veo con pantalones largos.

En seguida llegaron al teatro. Al igual que la mayoría de las oficinas y comercios de Miracle Harbor, estaba en la calle principal del pueblo, a orillas del océano.

Era un edificio antiguo que había sido muy bien rehabilitado. Abby admiró el suelo de mármol, las cortinas de color burdeos que cubrían las ventanas y la alfombra de la entrada en el mismo color.

Toda la alta sociedad de Miracle Harbor estaba allí. La entrada bullía de gente elegantemente vestida.

—No sabía que hubiese tantos hombres elegantes en este pueblo —murmuró Shane tomándola del brazo y guiándola—. ¿Habías visto alguna vez a alguien de este pueblo con algo más caro que unos vaqueros Levis?

Abby se alegró de haberse puesto el vestido, porque estaba rodeada de mujeres maravillosas con vestidos maravillosos, y se preguntó si se notaría que el suyo se lo había hecho ella misma.

Se sorprendió mirando a Shane de reojo cada vez que una mujer pasaba por su

lado, pero él ni siquiera se fijaba en ellas. Estaba concentrado en entrar en la sala y parecía ajeno a todas las miradas de interés que se posaban en él.

Finalmente Shane consiguió que llegasen a sus asientos en un tiempo récord. No había devuelto ni una sola sonrisa.

—Lo siento —murmuró—, te habrás dado cuenta de que no me gustan las multitudes.

A Abby le conmovió que él hubiese tenido que superar aquella aversión para salir con ella. ¿Qué le habría hecho pensar en el teatro?

—¿No te gusta ver cómo viste la gente? —le preguntó ella, que mientras atravesaban la entrada había visto al menos cincuenta vestidos que le encantaría confeccionar.

Shane pareció sorprendido por aquel comentario, y la miró pensativamente.

—Los hombres van vestidos prácticamente iguales —dijo—, y en cuanto a las mujeres, ¿por qué iba a interesarme por ellas? Estoy con la mujer más guapa de Miracle Harbor, y eso lo sabía mucho antes de que te pusieras este vestido. Me gustaría saber cuántas están tan guapas como tú excavando en el jardín.

Shane dijo aquello como si fuese lo más normal del mundo, y comenzó a leer el programa.

Ella lo miró estupefacta. Le decía que era la mujer más guapa de Miracle Harbor y a continuación se ponía a leer el programa.

Al principio no supo qué pensar. Si realmente pensaba así, ¿por qué no estaba absorto en ella? Pero luego se dio cuenta de que aquello confirmaba lo que sospechaba de él: que no era un hombre de pasiones superficiales. Tenía una fuerza distinta a cualquiera que ella hubiese conocido antes, más profunda, más limpia y mucho más atractiva, y aquella fuerza era la que lo mantenía prisionero. Él creía con toda su alma que había decepcionado a alguien que lo amaba. Había fallado a aquella persona, y no podía perdonárselo.

Suspirando, tomó la mano de Shane en la suya y, evitando los ojos de este, miró al frente. Le gustaba sentir su mano, así de sencillo y así de bonito, pero también la asustaba. Sabía que su sitio estaba con Shane McCall.

¿Se daría él cuenta algún día?

La obra de teatro era una comedia bastante buena, a juzgar por la cantidad de risas que oía. Pero la verdad es que Shane tenía dificultades para concentrarse en ella. Le gustaba sentir la mano de Abby dentro de la suya y la forma en que las sombras jugaban con su pelo rubio. Además, ella se había quitado el chal, dejando al descubierto unos hombros más bonitos incluso que su ombligo.

Le había dicho que era la mujer más guapa, y era la verdad. Pero en cuanto salieron aquellas palabras de su boca deseó no haberlas dicho. No obstante aquel sentimiento duró solo unos instantes, hasta que vio cómo se le iluminaban los ojos.

Eso le hizo darse cuenta de que había dicho lo que más necesitaba ella oír.

¿Por qué dudaba de sí misma?

Él se había dado cuenta de la ansiedad de Abby cada vez que pasaba a su lado una de aquellas mujeres con vestidos ligeros. ¿Por qué era tan insegura?

Mientras pensaba en aquellas cosas, la obra de teatro se terminó.

—¿Te ha gustado? —preguntó ella colocándose el chal sobre los hombros y levantándose tras el último aplauso.

—Sí —contestó él—. ¿Y a ti? —le preguntó.

—Ha sido divertida.

Pero cuando Shane le preguntó qué parte le había gustado más, ella no supo qué contestar.

—¿Quieres que vayamos a comer algo, o a tomarnos una copa? —le preguntó él cuando estuvieron afuera.

Sus manos aún estaban entrelazadas, y le gustaba aquella sensación.

—No —contestó Abby—. Mira el reflejo de la luna sobre las olas.

Él miró hacia la playa, al otro lado de la calle. El océano estaba agitado.

—Las olas parecen bailarinas con sombreros con plumas —dijo ella.

Sin decir nada, cruzaron la calle. En cuanto estuvieron en la arena, ella se quitó los zapatos y echó la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. Shane sintió ganas de besarla el cuello.

Quería besarla hasta la saciedad.

—¿Qué ocurrió con el padre de Belle? —preguntó.

Había un misterio en relación con aquella inseguridad que ella sentía, y él iba a desvelarlo.

Abby retiró la mano de la suya, se abrigó con el chal y se dirigió hacia el agua. Él la siguió y también se quitó los zapatos. Justo cuando empezaba a pensar que la pregunta había sido demasiado personal, ella le contestó.

—Nunca se interesó por Belle. A decir verdad, tampoco nunca se interesó por mí. Le interesaban todas las mujeres, no yo en particular.

—Era una sabandija —dijo Shane.

—Hay muchas sabandijas en el bosque —dijo ella.

—Sí, eso es cierto.

—Y entonces llegó Caperucita Roja.

—Era por los lobos por lo que tenía que preocuparse, aunque has acertado con el color del vestido.

—Tú no eres uno de esos, ¿verdad? —dijo Abby.

—¿Una sabandija o un lobo con los que las mujeres con vestidos rojos tienen que tener cuidado? —preguntó él.

Ella asintió mirándolo de frente a los ojos. La luz de la luna se reflejaba de forma maravillosa en los suyos.

Abby apartó la mirada cuando una ola rompió junto a ellos.

En aquel momento, Shane deseó ser todo lo que ella quería que fuese, pero sabía que la realidad no era así.

—Al menos no soy del tipo del que estás hablando —le contestó.

—No creo que seas ningún tipo de sabandija.

—¿Y un lobo? —dijo él intentando desesperadamente cambiar de conversación, porque sabía a dónde les estaba llevando aquella.

—No, Shane, tampoco eres un lobo. Creo que eres único, un hombre digno de la confianza de una mujer.

La verdad sobre sí mismo quería salir de su garganta. Esa verdad apagaría la luz de sus ojos y destrozaría sus ilusiones.

—Creo que estás confundida, Abby.

—Yo no lo creo —dijo ella obstinadamente, como si no pudiese equivocarse.

Tenía que decirle la verdad, aunque no sabía si era para destrozarse sus ilusiones o para calmar su propia conciencia.

—¿Recuerdas que te dije que mi mujer murió cuando se cayó por las escaleras?

—Sí.

—Yo tendría que haber estado en casa aquel día, pero me reclamaron en el trabajo. Ella no quería que me fuese; estaba nerviosa por el parto y asustada de que me pudiese ocurrir algo. La asustaba que el bebé naciese y yo no estuviese allí. Habíamos ido juntos a las clases preparatorias para el parto —dijo él sonriendo—. No te imaginas lo que las odiaba. El caso es que no la tomé en serio. Le dije que estaría de vuelta en un abrir y cerrar de ojos si hacía falta, pero no esperábamos al bebé hasta un mes más tarde y pensé que sus temores eran tonterías.

Shane vio cómo Abby extendía el chal sobre la arena y se sentaba. Luego dio unas palmaditas indicándole que se sentase a su lado. Él dudó un momento y después se sentó junto a ella. Sus hombros se rozaron.

—Si yo hubiese estado allí —prosiguió—, si no hubiese pensado que decía tonterías... Quizás tuvo una premonición y sabía que algo iba a pasar. Puede que intentara decírmelo, pero yo no escuché.

Abby apoyó la cabeza en su brazo. Shane se dio cuenta de que temblaba y la miró: estaba llorando en silencio; las lágrimas plateadas corrían por sus mejillas.

—No serviría de nada que te dijese que no fue culpa tuya ¿verdad? —le susurró.

—No. Incluso me arrepiento de haber odiado aquellas estúpidas clases. Si la gente se diese cuenta de cómo pasa el tiempo, apreciaría lo que tiene.

—Shane... —dijo ella secándose los ojos.

Obviamente, era un idiota. Allí estaba, con una mujer preciosa en la playa, y él la había hecho llorar. Aunque aquella noche había deseado hacerla reír, aligerar su carga.

—Solo te puedo decir lo que veo ahora —dijo ella con voz suave—. No eres perfecto, eres capaz de cometer errores. Pero también eres fuerte, lo suficiente para que algún día te perdones. Yo así lo espero.

Lloraba por él, porque estaba herido, y podía sentir su dolor de una forma que casi ni él mismo se había permitido sentirlo.

—No llores.

—Es muy triste, Shane. Si la hubiese atropellado un coche o si la hubiese pasado algo durante el parto te habrías sentido de la misma forma, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —dijo él después de pensarlo.

—Por eso escogiste el trabajo que haces. Quieres proteger, controlarlo todo y encargarte de todo.

A Shane le estaba inquietando que ella viese su interior con tanta claridad.

—Pero hay cosas —continuó Abby— que las personas no podemos controlar por mucho que queramos. La vida y la muerte son dos de ellas.

—Supongo que es así —contestó él, pero se sentía reacio a admitir aquella evidente verdad, aunque era consciente de que su corazón no se curaría mientras siguiese culpándose a sí mismo.

—Shane —dijo Abby.

—¿Sí?

—Dime, ¿le gustaría a ella que te sintieses así?

—No, en absoluto. Estaría furiosa conmigo.

—Entonces quizás lo único que te queda por darle, la única forma en que honrarías ya su memoria, es ser el hombre que a ella le hubiese gustado que fueras: libre, feliz y abierto a todo lo que la vida te pueda ofrecer.

—Y ahora estoy atado por mi cinismo, soy infeliz e introvertido.

Ella no tuvo que decir nada. Shane aceptó la verdad sobre sí mismo y sabía que ella tenía razón.

¿Qué había hecho en la vida para merecer a dos mujeres que lo conocían tan bien? ¿Y qué había hecho para merecer aquella segunda oportunidad?

La besó en la cabeza. Su pelo era suave y sedoso, y olía a flores.

Ella levantó la cara y él tomó lo que le ofrecía. Tomó sus labios y los saboreó. Saboreó la dulzura y la inocencia que había en ellos a pesar de haber tenido un hijo.

El retumbar del mar dio paso al retumbar de su corazón. Exploró con sus manos las suaves curvas de sus hombros, la suavidad de su piel y la tierna curva de su cuello. Quería echarla sobre la arena y dejar suelto aquel demonio llamado control que había dominado su vida.

Quería ser libre y feliz.

Y por encima de todo quería hacerle el amor.

Pero no allí, en una playa pública. En casa, donde podría quitarla el vestido, mirarla, saborearla, sentirla y echarla sobre su cama.

—Vámonos a casa —pidió.

Ella se puso de pie, tomó su mano y marcharon juntos por la arena hacia un futuro nuevo. Un futuro que brillaba esperanzado de la misma forma que las estrellas brillaban en el cielo.

Capítulo 9

Durante el camino de vuelta a casa Shane tuvo tiempo de tranquilizarse y de apartar sus pensamientos de la embriagadora sensación que le había producido la piel de Abby bajo sus labios. Se preguntó si había hecho la cama aquella mañana y si había dejado la ropa sucia por el suelo.

También se preguntó cómo iba a esquivar a la señora Pondergrove y cómo se sentiría él al hacer entrar a Abby a hurtadillas en su habitación, como si fuese un colegial y no un hombre maduro y respetable.

¿Era aquello lo que realmente deseaba, no solo con su cuerpo, sino con la mente y el alma? Se dijo que Abby no era una mujer con la que se debiera actuar por un impulso. Ella ya había pasado por aquello en una ocasión, y si él deseaba poder destrozar a aquel tipo con sus propias manos, ¿cómo podía actuar igual aquella noche?

La voz de la razón le preguntó qué pensaba hacer al día siguiente. ¿Se iría a vivir con ella? ¿Le compraría un anillo de compromiso?

Pero en cuanto detuvo el coche y se volvió para mirarla, ninguna de aquellas cosas tuvieron ya importancia. A ella no le importaría si la cama no estaba hecha. En cuanto a la señora Pondergrove, la mandarían a casa.

En cuanto al día siguiente, había un dicho que decía que el mañana nunca llega.

Se bajó del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta. Ella se bajó y fue directa a sus brazos; sus labios se encontraron, hambrientos. Se besaron como dos personas que no hubiesen tenido nada que comer y de repente se encontraran ante un banquete.

Subieron por el camino y se detuvieron en la oscuridad del porche. Abby se reía nerviosa mientras él la besaba en las zonas que no cubría el vestido, cada vez con más atrevimiento, con más fuego rugiendo dentro de él, amenazando con consumirlos a los dos. La voz de la razón ya se había quedado en silencio.

De repente una luz los iluminó de forma brusca, y la puerta se abrió con una fuerza impropia de una señora mayor. De pie, sonriéndoles maliciosamente, estaba Abby, solo que ligeramente cambiada. Tenía el pelo largo y salvaje, su maquillaje era elegante y sus ojos brillaban con una malicia de la que Abby carecía. Además, Abby nunca vestiría de aquella manera: una escotada blusa de seda blanca y todo tipo de joyas en las orejas y en los dedos.

—Hola, cielo —dijo—. He llegado.

Abby miró a Shane aturdida. Él bajó sus manos y se separó de ella.

—¡Brittany! —dijo ella intentando parecer entusiasmada, aunque no lo logró.

Lo miró de nuevo, decepcionada por la interrupción, abrió la puerta que la separaba de su hermana y le dio un abrazo.

—Brittany —repitió recuperando el control sobre sí misma—, me alegra que estés aquí.

Shane deseó poder decir lo mismo, pero le era imposible. No le alegraba en

absoluto que estuviese allí.

—Vaya —dijo Brittany abrazando a su hermana y mirándolo al mismo tiempo por encima del hombro—, parece que llego en mal momento, ¿verdad?

—Te presento a Shane McCall —dijo Abby un poco incómoda.

—¡Y pensar que te mandé un libro sobre cómo cazar hombres! ¡Debiste decirme que no necesitabas mi ayuda!

Abby abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada y miró a su hermana con gesto de súplica, pero Brittany no se dio cuenta.

—¿Tiene esto algo que ver con el vestido de novia que hay ahí dentro? ¡Es maravilloso!

—¡No! —exclamó Abby.

—Igual de maravilloso que él. Cuéntame, ¿es este el elegido?

Abby tenía la mirada fija en el suelo. Se sentía completamente hundida.

A Shane le entraron ganas de matar a Brittany por ser tan insensible, pero sus siguientes palabras le taladraron los oídos.

—¿Es con el que te vas a casar para poder quedarte con esta preciosa casa?

—Brittany, por favor —dijo Abby, apenas sin voz.

—¡Dios mío! ¿No lo sabe? —preguntó Brittany, tras lo cual hubo un incómodo silencio.

—¿Qué tengo que saber? —preguntó Shane.

—Nada —dijo Brittany rápidamente.

—¡Abby! —insistió Shane, que sospechaba que estaba rezando para que el suelo se hundiese aunque ello supusiese caer en una cama llena de arañas.

Abby levantó la cabeza y lo miró.

—Esta casa me la entregaron como regalo, pero existe una condición para que pueda quedármela —le dijo, y le suplicó con los ojos que no preguntase.

—¿Cuál es la condición?

—Nunca me casaría solo para conservar la casa —le dijo Abby—. Nunca.

—¿Casarte? —masculló él—. ¿Te han regalado esta casa con la condición de que te cases?

Abby asintió avergonzada, mirando a todas partes menos a él.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó Shane sintiéndose furioso, aunque no solo con ella.

—No lo sé. Una persona desconocida.

—Pues me parece detestable hacerle eso a alguien que tiene una hija que criar —dijo Shane.

Cuando la miró, se dio cuenta de que Abby estaba entre la espada y la pared. ¿Qué elección tenía? Tenía que mirar por Belle. La niña era lo más importante para ella, y él la admiraba por ello.

¿Y si el único interés de Abby por él había sido conservar la casa? Si aquellos besos habían sido mentiras, jamás volvería a confiar en sí mismo, ni en ninguna

mujer.

La señora Pondergrove había salido al pasillo y los miraba nerviosa, percibiendo la tensión.

—¿Qué es detestable? —le preguntó a Shane. Él se dio cuenta de que debía de haber levantado el tono de voz.

—Darle a alguien una casa con la condición de que se case —le contestó.

—¡Cielos! —dijo la señora Pondergrove claramente preocupada—. A lo mejor esa persona tenía buenas intenciones.

—Lo dudo —replicó él—. Es un chantaje.

Shane sintió que iba a explotar, y se notaba a juzgar por cómo lo miraban las tres mujeres.

—La llevaré a casa, señora Pondergrove —dijo Shane.

—Gracias, es muy amable, pero no me importa andar.

—Entre en el coche.

Ella no quería ir con él, y no podía culparla. Su tono de voz era más apropiado para una redada que para una señora mayor. El numerito del vestido rojo engatusándolo para conservar la casa no tenía nada que ver con la señora Pondergrove, que temblaba nerviosamente.

—He sido policía toda mi vida —se disculpó—. Por favor, permítame llevarla a casa, las mujeres son vulnerables por la noche.

—De acuerdo —dijo ella tímidamente—. Voy a buscar mi abrigo.

La ayudó a ponérselo y la guió hacia el coche. Aquella situación era tan distinta a la que había planeado que era para reírse, solo que estaba furioso.

—No te enfades con ella —dijo la señora Pondergrove suavemente mientras se alejaban—. No tiene la culpa de la condición que le han impuesto.

—Podría habérmelo contado —dijo él.

—Supongo que se siente avergonzada por ello.

Aquel vestido no era el de alguien que se sintiese avergonzado. Era el vestido de alguien que tiende una trampa.

—Abby es muy ingenua —dijo él—. La persona que esté detrás del regalo aparecerá de repente, la importunará durante un tiempo y después se olvidará del asunto.

Se dio cuenta de que estaba contradiciéndose al pensar primero que actuaba con premeditación y después que era una ingenua.

Nunca se había sentido tan confuso.

—No creo que eso ocurra —dijo la señora Pondergrove.

Algo en su tono de voz hizo que Shane la mirase pensativo. ¿Qué sabría ella? Pero la señora Pondergrove estaba ocupada buscando algo en su bolso.

—¿Quieres uno? —le preguntó alegremente cuando sacó un paquete de chicles del bolso.

—No.

—Tuerce aquí a la izquierda, cielo. Aquella es mi casa, un poco más arriba.

Shane detuvo el coche frente a una cuidada casa de estilo Victoriano y se bajó para ayudarla a salir. Al ver su cara a la luz de la farola, observó que la señora Pondergrove tenía expresión de culpa.

¿Por qué?

Aquella era una de sus especialidades: averiguar cosas de los demás que no querían que se supiesen, y él tenía intención de llegar hasta el fondo de aquel asunto. Empezaría a hacer preguntas al día siguiente para proteger a Abby, aunque no se lo mereciese.

Cuando volvió a la casa, su resolución empezó a flaquear. Se sentía como si la negra carga de la que había sido liberado volviese a pesar sobre él, solo que ahora de forma mucho más dolorosa.

Entró y vio que la puerta del apartamento de Abby estaba ligeramente entreabierta, pero quiso pasar de largo porque pensó que el solo hecho de verla no le permitiría concentrarse en su investigación.

—¿Adónde vas? —preguntó Brit, que apareció de repente en la puerta del apartamento de Abby.

—Vivo aquí —dijo él tranquilamente.

—¿Vives aquí con mi hermana?

—Soy su inquilino. Vivo en el apartamento de arriba.

—Su inquilino —repitió Brit, y se rio—. A mí me regalan una estúpida pastelería y a ti una casa con él dentro —gritó por encima del hombro—. ¡Me pregunto dónde puedo presentar una queja! —añadió. Luego cerró la puerta.

Shane subió las escaleras y buscó refugio en el conocido orden de su apartamento, pero no lo encontró. Por supuesto, la cama estaba hecha y la ropa sucia en el cesto.

Cerró la puerta y se sentó en la cama.

«Vamos, Shane McCall», se dijo a sí mismo. «¿De qué te sorprendes? Habías visto aquel libro en el coche el día que ella llegó, y desde entonces sabías que necesitaba a alguien».

Lo sorprendente era que ella había preparado a sangre fría la caza de un marido, y que él se había creído inmune a esta clase de argucias por haber vivido demasiadas cosas tanto en su vida profesional como en la personal.

Cerró los ojos y se tapó la cara con las manos. No quería pensar en nada.

No obstante, sí había algo que se le daba bien.

—¡Cielos! —dijo Brittany apoyándose en la puerta—. ¡Ese hombre es increíble! Me siento tan celosa que podría explotar.

—No tienes por qué sentirte celosa. Solo somos amigos —dijo Abby pensando que ya no eran ni siquiera eso—. ¿Podemos cambiar de tema?

—De acuerdo. Me encanta tu vestido, es un rojo muy atrevido. ¿Dónde lo compraste? Es exquisito.

—Me lo hice yo —dijo Abby sin emoción. Quería sentirse contenta por tener allí a su hermana, pero lo único en lo que podía pensar era en la expresión de Shane cuando supo la verdad.

—¿Podrías hacerme uno? De color melocotón, me sienta fenomenal —dijo Brit riéndose—. Por supuesto que lo que me sienta bien a mí te sienta bien a ti.

Abby sonrió desganada.

—Mi sobrina es maravillosa. Parecía como si me conociese. La señora Pondergrove no quería que la despertase, pero yo pensé que no le haría ningún daño. En fin, la pastelería que me han regalado no es exactamente lo que a mí me gusta, pero espera a que te cuente mis planes —dijo Brit alegremente—. En realidad estoy muy emocionada.

—Es maravilloso —consiguió decir Abby.

Brittany la miró fijamente y se llevó una mano a la cabeza.

—Tendría que haber mantenido la boca cerrada, ¿verdad? —exclamó—. Lo siento, pero es que intentaba causarle una buena impresión. Es tan atractivo. Se me fue la lengua, ni siquiera pensaba en lo que decía. Te he hecho daño.

—No —dijo Abby—. De verdad que no. ¿No íbamos a cambiar de conversación?

—Soy un desastre en lo que se refiere a sensibilidad, Abby. Cuando mis padres me echaron el año pasado me dijeron que era una niña rica mimada que no sabía nada de la vida, y que ya iba siendo hora de que aprendiese.

—¡Tus padres te echaron! —exclamó Abby olvidando su propio dolor y confusión.

Bajo el despreocupado tono de Brit detectó una nota de dolor.

—Después de que rompiera el coche. Aunque era el segundo, yo creo que exageraron —dijo Brit.

—¿Cómo lo rompiste? —preguntó Abby.

—Me estrellé contra una esquina. Iba a demasiada velocidad. Me encanta conducir deprisa, ¿a ti no?

—No —contestó Abby.

—Pues cualquiera lo diría, a juzgar por el progreso que has hecho con el del piso de arriba. ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

—No mucho —dijo Abby, pero las palabras le sonaron extrañamente falsas. Se sentía como si hubiese conocido a Shane desde siempre—. Me estabas hablando de tu coche.

—Sí. Era el segundo que rompía; un Corvette rojo, casi del mismo color que tu vestido. A mis padres les dio un ataque; me dijeron que me habían dado demasiadas cosas y aquello se iba a terminar. Dejaron de darme dinero sin más.

De nuevo habló en tono despreocupado, pero Abby se dio cuenta de que debajo se escondía una persona sensible.

—Estaba un poco apurada, así que he vendido algunas joyas y he pedido trabajo en muchos sitios, pero nunca me llamaron para hacer una entrevista.

Abby percibió dolor y confusión en aquellas palabras.

—¿Recuerdas cuando nos dieron el regalo? El abogado dijo que se trataba de lo que más necesitábamos. Lo que yo más necesitaba era un trabajo, y ya lo tengo. Estoy muy agradecida, pero ¿tú me imaginas glaseando pasteles?

Abby tuvo que sonreír a pesar del dolor que sentía. Verdaderamente no podía imaginarse a su hermana glaseando pasteles.

—Ya basta de hablar de mí —dijo Brittany—. Quiero saberlo todo sobre ti, empezando por mi preciosa sobrina. Empieza mejor un poco antes, ¿has averiguado por qué nos separaron?

—No. He hablado varias veces con mi madre adoptiva desde que empezó todo esto, pero si sabe algo no me lo quiere decir —contestó Abby.

—Debe de saber algo porque no te encontró dentro de un repollo —dijo Brittany.

—Me contó que mi tía Ella lo organizó todo.

—¡Entonces pregúntale a ella!

—Murió hace trece años.

—Lo siento.

—Mi madre era enfermera en un hospital de Minnesota. Me contó que yo estaba allí y que se enamoró de mí. Ella siempre quiso tener un bebé y yo necesitaba un hogar, aunque ya no era exactamente un bebé pues tenía tres años —explicó Abby.

—Mi madre y mi padre también me dijeron que yo estaba a punto de cumplir tres años cuando se hicieron cargo de mí. ¿Por qué estabas en un hospital? —preguntó Brittany.

—No lo sé. He estado pensando en lo que dijo Corrine de que nuestros padres murieron en un accidente de coche. Quizás yo también estaba en el coche. ¿Sabes tú cómo te encontraron tus padres adoptivos? —le preguntó Abby.

—Es terrible, pero creo que mis padres me compraron —dijo Brittany.

—¿Qué?

—No es broma. En el mercado negro de bebés. Nunca quieren hablar de ello, así que creo que hay algo raro. Lo que sí sé es que querían un hijo desesperadamente, y no son el tipo de personas que esperan para conseguir algo si pueden comprarlo. No quiero dar la impresión de que son malos, nada más lejos de la realidad, pero saben que el dinero es poder y no les asusta utilizarlo —explicó Brittany.

—Fueran cuales fuesen las razones por las que nos separaron, me alegro mucho de que estemos juntas de nuevo —dijo Abby—. No puedo creer que quien se ha tomado tantas molestias para reunimos tenga un motivo secreto —añadió.

—Bueno, yo soy una buena elección para cualquiera con una motivación secreta —dijo Brittany—, pero respecto a ti, no sé. Eres dulce —dijo riéndose—. Tú eres la dulce, yo soy la salvaje, y ¿qué crees que es nuestra hermana Corrine?

—No lo sé. Solo he hablado con ella unas pocas veces por teléfono. Parece...

—¿Reticente? —sugirió Brittany.

—Eso es —dijo Abby, pero no añadió asustada.

—Me dijo que iba a quemar el libro que le mandé. Ni siquiera quería donarlo a la biblioteca; dijo que sería igual que echar veneno en el agua potable. ¿No crees que exageró? —preguntó Brittany.

Abby se rio, lo que la sorprendió ya que quince minutos antes había jurado no volverse a reír.

—La verdad, no creo que exagerara. ¿Te dijo cuándo va a venir?

—Tiene unos compromisos que la retendrán un tiempo; ha escrito e ilustrado un libro. ¿No te parece bonito? —dijo Brittany.

—Estoy deseando verlo —dijo Abby—. Me va a mandar una copia.

—Tengo una idea estupenda —dijo Brit, y Abby se dio cuenta de que se iba a tener que acostumbrar a aquellos repentinos cambios de tema.

Los ojos de Brittany estaban fijos en el vestido de novia que había sobre el maniquí.

—¿Me lo puedo probar? —le preguntó.

Abby se dio la vuelta y miró el vestido. Había terminado de coserlo y hacía un par de días que había comenzado la ardua tarea de ensartar las cuentas del corpiño. La verdad era que no quería que su hermana se lo probase.

¿Por qué no? Así podría ajustar el vestido, algo difícil de hacer probándose ella misma. Hasta aquel momento lo había hecho según sus propias medidas, pero no se lo había probado.

—¡Por favor! —dijo Brit—. Abby, ¡es tan bonito...!

Abby se acercó al maniquí y le quitó el vestido con cuidado.

—Ven aquí —le dijo a su hermana.

Sin ningún tipo de prejuicio, Brit se quitó la ropa quedándose en bragas y sujetador. Abby vio que era el tipo de ropa interior que ella nunca llevaba: ligera, de encaje y seductora.

Le pasó a Brit el vestido por la cabeza; aún no le había cosido los botones, así que lo sujetó con alfileres.

Le quedaba perfecto, como si lo hubiese hecho para ella.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Brit con los ojos brillantes.

Abby, que no podía mirarla, le puso a su hermana el espejo de cuerpo entero delante.

Brit se miró ensimismada, pero poco a poco perdió la sonrisa y frunció el ceño pensativamente.

—¿No te parece curioso? —le dijo a Abby—. Me encanta este vestido, es como un sueño, pero no me gusta cómo me queda. Quizás es demasiado delicado. Pruébatelo tú.

—Yo, no —dijo Abby sonrojándose.

—Vamos. Es como si te disfrazases; lo habríamos hecho si hubiésemos crecido

juntas. No seas tan tiesa. Pruébatelo, será divertido.

Abby se encontró con el vestido entre las manos. No era ni mucho menos tan desinhibida como su hermana de California, así que se fue al cuarto de baño a ponérselo.

Fue como meterse en su propia piel; sentía el vestido como si estuviese hecho para ella. No quería verse con él puesto, pero Brit estaba al otro lado de la puerta exigiéndole que saliese.

Abby tomó aire y salió.

—¡Abby! —exclamó Brit—. Eres como un ángel; siento que voy a llorar, nunca había visto nada tan bonito —dijo mientras la tomaba de la mano y la arrastraba hacia el espejo—. Abre los ojos, tonta.

Abby abrió un ojo para echar un vistazo y después abrió los dos.

El vestido era todo lo que ella había deseado que fuese. Le quedaba perfecto y le hacía parecer una princesa.

No era solo un vestido, era un sueño hecho realidad, como un hechizo. Sus ojos tenían el brillo de una mujer enamorada.

Pero recordó que hacían falta dos personas para aquel sueño, y la última vez que había mirado a Shane aquella noche no vio nada bueno para el futuro.

Se dio la vuelta bruscamente y volvió al cuarto de baño con ganas de llorar. Aquel vestido le hacía sentirse tan bien, tan llena de esperanza y sueños...

Pero aquello no era la realidad.

La realidad y la fantasía se habían mezclado y resultaba doloroso.

Cuando volvió a salir del cuarto de baño, había eliminado de su cara las últimas huellas de las lágrimas. Su hermana la estaba esperando.

—Préstame un pijama, me he dejado la maleta en el hotel —dijo Brit—. Podemos pasarnos toda la noche hablando, como hacen las hermanas. Me muero por saberlo todo sobre ti.

Para Abby, aquello sería mejor que pasarse la noche pensando en qué habría pasado si Brittany no hubiese estado allí.

En seguida estuvieron las dos metidas en la cama, cuchicheando y riéndose.

—No puedo creer que tengas miedo de las arañas —dijo Brit.

—Desde que tengo uso de razón —dijo Abby.

—Yo también. Me desmayé en mi graduación porque había una araña en el cuello del chico que tenía delante. Le eché la culpa al calor, por supuesto. Imagínate, una chica famosa por su comportamiento irresponsable y con miedo a las arañas.

—¿Crees que nos pasó algo antes de que nos separaran? ¿Crees que a Corrine también la asustan? —preguntó Abby.

—¡Vamos a llamarla y a preguntárselo! —exclamó Brit.

—No. Es muy tarde —dijo Abby—. La llamaremos mañana.

—De acuerdo, pero preferiría saberlo esta noche.

Abby se dio cuenta de que su hermana era una persona que nunca había puesto las

necesidades de los demás por encima de las suyas, y sin embargo le gustaba. Era divertida, fuerte y no se callaba. Abby sentía como si la conociese desde siempre, como si la hubiese querido desde siempre.

Lo que Abby no sabía era que la rejilla del techo era un conducto de la calefacción.

La rejilla era exclusivamente decorativa.

Shane McCall, que estaba echado en la cama sin poder dormir, oyó todo lo que hablaron sobre sus vidas.

Capítulo 10

Tras un largo rato, las voces de Abby y Brittany se apagaron. Debería sentirse culpable por escucharlas, pero ¿qué podía haber hecho?, ¿dar patadas en el suelo?

¿Por qué un hombre debía sentirse culpable de estar echado en su propia cama?

Recordó la suave voz de Abby cuando, estando los dos en la playa, le descubrió toda la verdad.

No había honrado la memoria de Stacy, ni el amor que habían compartido, al darle la espalda a la vida. Pero ahora él podía permitir salir al hombre en el que ella le había ayudado a convertirse.

Y aquel hombre, entre otras cosas, siempre había sabido encontrar la verdad y siempre había actuado con integridad.

Aquella noche había una verdad en aquella oscura habitación: la verdad de su propia soledad. También la verdad de que Abby había cambiado aquello, devolviendo el sol a su vida.

En la oscuridad, admitió lo que más le había costado desde que ella apareció en su puerta en medio de la noche: que había estado cuidando de ella no porque ella lo necesitase, sino porque cuidar de ella y de Belle le había hecho sentirse vivo de nuevo. Quería cuidarla, protegerla, estar con todo su ser.

Y había una palabra que definía todo aquello y que él no quería admitir ni iba a pronunciar.

Se despertó a la mañana siguiente sintiéndose como si no hubiese dormido. Miró el reloj de la mesilla. De acuerdo con el horario que había elaborado, el cual iba a volver a poner en práctica, le quedaban diez minutos antes de que la cocina fuese de ella.

Se puso los pantalones cortos y una camiseta y bajó las escaleras.

Después de un rápido desayuno se iría a correr. Correría y correría hasta que su pensamiento se librara de ella, y cuando volviese empezaría a indagar.

Si descubría que alguien le había dado la casa con malas intenciones, no estaba seguro de poder controlarse. Tampoco aunque el motivo no fuese malo, sino simplemente fuera de lugar.

Aun así, resultaba extraño. Su hermana había mencionado una pastelería. ¿Estaría también sujeta a la misma condición? Brittany parecía la persona menos adecuada para encargarse de una pastelería.

Se detuvo en seco en la puerta de la cocina. Aun sabiendo que era su turno, Abby estaba allí.

Estaba de espaldas a él y llevaba la gorra de béisbol y los vaqueros que la quedaban demasiado grandes. ¿Acaso intentaba hacerle perder el control? Si era así, lo había conseguido.

Porque la palabra que había intentado evitar con todas sus fuerzas invadió de repente su pensamiento.

Amor.

La amaba a pesar de que ella lo había manipulado y le había tendido una trampa.

Quiso darse la vuelta y marcharse. Desayunaría en la cafetería y compraría el periódico. Y si era necesario se marcharía a un hotel con tal de salir de allí.

Pero su mente desobedeció la orden.

Cruzó la cocina silenciosamente hacia ella, la agarró de un hombro y le dio la vuelta. Ni siquiera vio la expresión de su cara.

La besó con todo su ser; fue un beso cargado con toda su frustración y humillación, un beso que castigaba.

Pero se dio cuenta de que algo iba mal. No se sentía bien, no notaba la dulzura que Abby le transmitía.

Aquel beso era como una mentira.

«Chica equivocada», se dijo a sí mismo, pero ya era demasiado tarde.

Al oír una exclamación detrás de él, se zafó de los brazos que lo rodeaban.

Vio a Abby detrás de él, quien, con el puño en la boca y las lágrimas asomando a sus ojos, se daba media vuelta y desaparecía.

Shane maldijo y miró a su hermana.

—¿Cómo te atreves? —dijo Shane.

—¿Que cómo me atrevo? —dijo Brit—. Yo no empecé esto.

—Pues desde luego no lo has zanjado. Creía que eras ella.

—¿Y cómo lo iba a saber? —preguntó Brit.

—¡Porque llevas su ropa! —contestó Shane—. ¿Y para qué te iba a besar? Eres una desconocida.

—Eso no importó la última vez que ella estuvo con un hombre. Y para que lo sepas, lo he hecho para comprobar si eras como él. Abby no lo soportaría —dijo Brit. La furia de repente desapareció de su cara—. Pero tú no eres como él, ¿verdad?

—¿Como quién?

—Como Ty. Anoche me lo contó todo. Él se aprovechó de su inocencia —dijo Brit—. Admito que cuando empezaste a besarme pensé «¡menuda forma de empezar el día!» Pero pasó lo mismo que con el vestido, no me quedaba bien. Cuando empezaste a besarme pensé que ella había vuelto a dar con un hombre que no se contentaría solo con ella.

—Un hombre así tendría que ser un completo idiota —le espetó Shane.

—Deberías decirle eso a mi hermana —dijo Brit.

—Lo único que quiere tu hermana de mí es la casa.

—¿Quién se comporta ahora como un completo idiota? —dijo Brit—. Tienes que creerla —añadió con suavidad.

Aquella verdad le dolía aún más. Amar era un riesgo que podía acabar en cualquier momento, sin garantías, y que podía dejar a un hombre fuerte hecho pedazos. Buscaba desesperadamente una última salida antes de arrojararse de nuevo al barranco.

Pero Brittany continuó.

—¿Crees que una mujer que solo quiere una casa habría reaccionado ante nuestro beso como lo ha hecho Abby?

Shane sintió como si saliera el sol, iluminando las oscuras nubes que habían cubierto su alma durante tanto tiempo.

Salió corriendo de la cocina.

—¡Abby! —dijo llamando a su puerta—. Déjame entrar.

Todo estaba en silencio.

Pensó tirar la puerta abajo, pero probó con el pomo y la puerta se abrió.

—Abby.

No hubo contestación. Corrió de una habitación a otra buscándola, pero no estaba.

Salió a la calle y miró a ambos lados. La vio a lo lejos empujando el cochecito, casi corriendo. Shane corrió tras ella y llegó a su lado casi sin aliento.

Las lágrimas cubrían las mejillas de Abby mientras seguía andando. Tenía la cabeza erguida, con un gesto arrogante.

—¡Abby!

—¡Aléjate de mí!

—Déjame explicarte.

—No quiero oír más explicaciones. Lo he visto.

La niña, con la cabeza vuelta hacia atrás mirando a su madre, también estaba llorando.

—¡Abby!

—¡Aléjate de mí, pervertido!

Aquello se parecía demasiado a su primer encuentro, y Shane sentía escalofríos por toda la espalda. Belle lloraba a lágrima viva y atraía la atención de todo el mundo.

—Creía que tu hermana eras tú —dijo Shane.

Por primera vez ella se detuvo y lo miró de reojo.

—¿Seguro? —dijo reanudando el paso de nuevo.

—Sí. Llevaba tu gorra y tu ropa. Es exactamente igual que tú, ¡por el amor de Dios!

Abby volvió a detenerse y lo miró.

—Su pelo es distinto al mío —le dijo.

—Lo llevaba recogido dentro de la gorra. Era exactamente igual que tú —dijo tomando aire—, pero no la sentí como a ti.

—¿Qué?

—Cuando la besé, no me sentí igual que cuando estoy contigo.

Ya se había ganado su atención.

—No me sentí como si la sangre de mis venas se hubiese convertido en fuego, ni como si el corazón se me fuese a salir del pecho —dijo Shane.

Incluso Belle había dejado de llorar.

—No lo sentí como algo verdadero —continuó—. Anoche, cuando te besé, fue lo más sincero que había hecho nunca.

—¿De verdad?

—Abby, no me sentí vivo cuando besé a tu hermana.

—¿Qué intentas decirme, Shane?

—Que estoy enamorado de ti.

De repente a Abby se le iluminó la cara, pero con la misma rapidez se volvió a poner seria.

—No lo estás. Lo que quieres es que me quede con la casa. Todo esto de comportarte como mi hermano mayor lo estás llevando a unos extremos ridículos.

—¿Comportarme como tu hermano mayor? —preguntó Shane.

—Sí. Llevarme al teatro, comprarle a Belle un columpio, protegerme de las arañas y de inquilinos indeseables.

—¡Nunca me he sentido como tu hermano mayor!

—¿No has decidido ayudarme con la casa como lo has hecho con todo lo demás? —preguntó Abby.

—La casa no me importa lo más mínimo —dijo Shane.

—A mí tampoco —dijo Abby.

Shane inclinó la cabeza hacia un lado y la miró.

—Por supuesto que la casa me gusta —explicó Abby—, y me gustaría tener una en la que criar a mi hija, pero, Shane, si por un segundo pensases que me enamoré de ti solo por la casa, se la daría a la primera persona que la quisiese. Se la daría a la chica del pelo morado con la iguana. Me marcharía de inmediato.

—¿Qué acabas de decir?

—Que me marcharía en seguida.

—Antes de eso.

—Que se la daría a la chica de la iguana.

—Antes de eso.

—Te quiero —susurró ella mirando a todas partes menos a él—. No quise enamorarme, ni de ti ni de nadie. No me casaría para conservar la casa, no podría hacerlo.

—¿Y si el amor apareciese de repente?

—No creo que sea buena idea decir que no al amor —susurró ella.

—¿Sabes, cariño? Yo tampoco lo creo.

—Shane, necesito que me beses.

—No.

—Por favor.

—No.

—¿Por qué?

—Porque sé dónde acabaría ese beso; en mi apartamento. Y eso no es lo que quiero de ti, Abby.

—¿No lo es? —preguntó ella. Shane negó con la cabeza.

—Quiero que sea algo sincero, profundo y comprometido. Quiero que sea para siempre y hacer las cosas bien. Quiero ser el mejor hombre para ti, y eso no implica meterte a hurtadillas en mi habitación.

—¿Qué implica?

—Implica verte caminar hacia el altar, con todas las miradas fijas en ti, y que lleves un vestido precioso y un ramo de flores.

Abby se rio con lágrimas en los ojos.

—Shane, pero si odias las aglomeraciones.

—No me importa si hay un millón de personas en la iglesia. Solo podré ver a una, a ti. Quiero casarme contigo y despertarme siempre a tu lado, y saber que las canciones que cantas se deben a la alegría que hay en tu corazón. Quiero ser un padre para Belle y unos cuantos niños más como ella. Quiero ser el mejor marido del mundo, y no creo que eso sea muy difícil con la mejor esposa.

Abby se echó en sus brazos y le cubrió la cara y el cuello de besos.

—Te lo advertí —gruñó él mientras la devolvía los besos y la abrazaba con fuerza junto a él.

Belle estaba de pie en el cochecito quejándose, intentando salir. Shane se acercó y la tomó en brazos.

Y en aquel momento él sonrió, sintiéndose completo.

Volvieron a la casa abrazados; él sujetando a Belle y ella empujando el cochecito.

Brittany esperaba ansiosa en el porche. Cuando los vio, los miró alternativamente a uno y otro y sonrió.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó.

—Shane me ha pedido que me case con él —dijo Abby sonriendo tímidamente.

—¡Estoy tan emocionada! —gritó Brit—. Quiero ayudar a preparar la boda, ¡es todo tan maravilloso! —exclamó, y bajó corriendo las escaleras a abrazar a su hermana, a Shane y a Belle.

Y Shane las abrazó a las tres. Eran su nueva familia.

Epílogo

Abby estaba de pie delante del espejo, con la respiración cortada. El reflejo le decía que los sueños sí se hacían realidad, aunque casi no pudiese creérselo. Era la primera vez que se probaba el vestido completamente acabado.

—¿Cómo podré agradecérselo, señora Pondergrove? —dijo Abby. La señora Pondergrove le había regalado el vestido, a ella, una completa desconocida—. Por supuesto le devolveré el dinero.

La señora Pondergrove parecía insultada.

—Querida, la expresión de tu cara es suficiente. Además, a medida que se iba terminando el vestido, no me parecía adecuado. No para la mujer para la que lo quiero. Dentro de un par de semanas me pasaré con la foto del nuevo vestido que he encontrado. Es muy bonito.

—Estoy deseando verlo —dijo Abby sinceramente.

Pero ella sabía que no hablaba sobre el vestido. Hablaba sobre la nueva vida que se extendía ante ella. Una vida maravillosa para compartir con un hombre maravilloso. Su vida se había convertido de repente en lo que toda mujer sueña que sea.

—Abby —dijo Brit entrando por la puerta, muy guapa con su vestido de madrina color melocotón—, ¿te lo has puesto ya?

Brit se detuvo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Nunca había visto nadie tan bonita como tú —susurró.

—Pues mírate en el espejo, hermana —dijo Abby sonriendo.

Corrine también entró, con la expresión iluminada. El vestido color melocotón que llevaba puesto no habría estado fuera de lugar en un pase de modelos. Cuando vio a Abby sus ojos también se llenaron de lágrimas.

—Ya está bien —dijo Abby poniéndose seria—. Vais a conseguir que empiece yo también, y las lágrimas estropearían el vestido.

—Tengo que llorar ahora —insistió Brit enjugándose las lágrimas con un pañuelo—, si no lloraré en la boda y estropearé todas las fotos. No puedo creer que falte tan poco para el sábado. Estoy hecha un manojo de nervios. ¿Cómo puedes estar tan tranquila, Abby?

—Porque tú te has ocupado de todo —dijo Abby.

—Corrine —dijo Brit nerviosa—, acabo de recordar que tenemos que cubrir el cochecito de Belle de blanco y colocarle las flores. ¿Cómo vamos a conseguir que no se ensucie el vestido hasta que lleguemos a la iglesia? ¡Ni siquiera me deja que le ponga las flores en el pelo!

—Te preocupas demasiado —dijo Corrine sonriendo.

—¡No! Es que necesitáis que alguien se ocupe de que todo salga bien.

Abby se rio y vio que Corrine también se reía, pensó que quizás no había demasiada alegría en su vida.

—Ya basta de pases de modelos —dijo Brit—. Tengo que ir a la iglesia a colocar las flores.

Por un momento, Abby se sintió transportada a la iglesia. Se imaginó caminando hacia el altar con el vestido y la larga cola flotando detrás. Todos los bancos tenían un lazo, tal y como Brit lo había descrito, y los jarrones al pie de las escaleras estaban llenos de flores.

Pero la iglesia estaba vacía. Solo estaban ellos dos.

Shane estaba de pie en el altar, y mientras ella caminaba hacia él, le pareció que hablaba con alguien.

Y entonces él la oyó y se dio la vuelta.

La luz que se reflejaba en su cara le dijo que el dolor del pasado se había convertido en fuerza. No sabía cómo había sido él con anterioridad, pero sabía que en aquel momento era más sabio, más cariñoso y más fuerte.

Uno de los pocos hombres que sabían que cada momento es un milagro. Y ella supo, en cuanto le tomó la mano, que estaba ante el mayor de todos los milagros.

El amor.

—Dijiste que llorar te estropearía el vestido —dijo Brit.

Su hermana se acercó y le secó las lágrimas con suavidad. Abby la miró y vio en sus ojos que ella también había empezado a cambiar.

Abrió los brazos y las tres hermanas se abrazaron, llorando y riendo al mismo tiempo.

Cuando se soltaron, Abby se dio cuenta de que la señora Pondergrove se había marchado en silencio.

Abby miró de nuevo a sus hermanas sintiendo, la presencia de los milagros en su vida.

—Brit —dijo—, tenías razón, el melocotón es tu color. Nuestro color. Y acertaste al hacer los vestidos ligeramente diferentes, de acuerdo con vuestras personalidades. Las dos estaréis bailando hasta el amanecer.

—¡Dios mío! —dijo Brit—. No me lo puedo creer. Entre los preparativos de la boda y los de la reapertura de mi pastelería se me había olvidado por completo. No tengo pareja para el baile. No puedo creerlo, ¡yo sin una cita!

Abby y Corrine se intercambiaron las miradas.

—¿Para qué crees que están las hermanas? —le preguntó Abby. Luego entrelazaron sus brazos y caminaron juntas hacia el futuro.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.